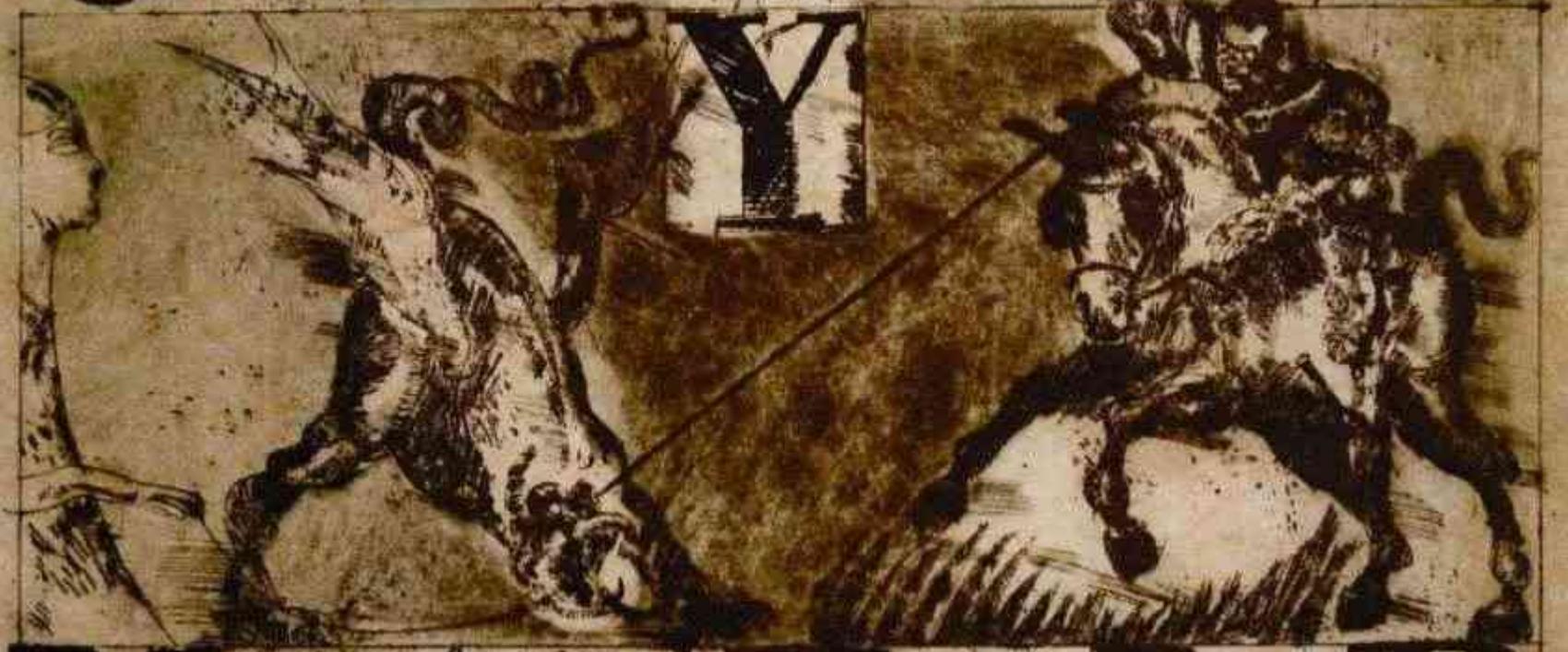


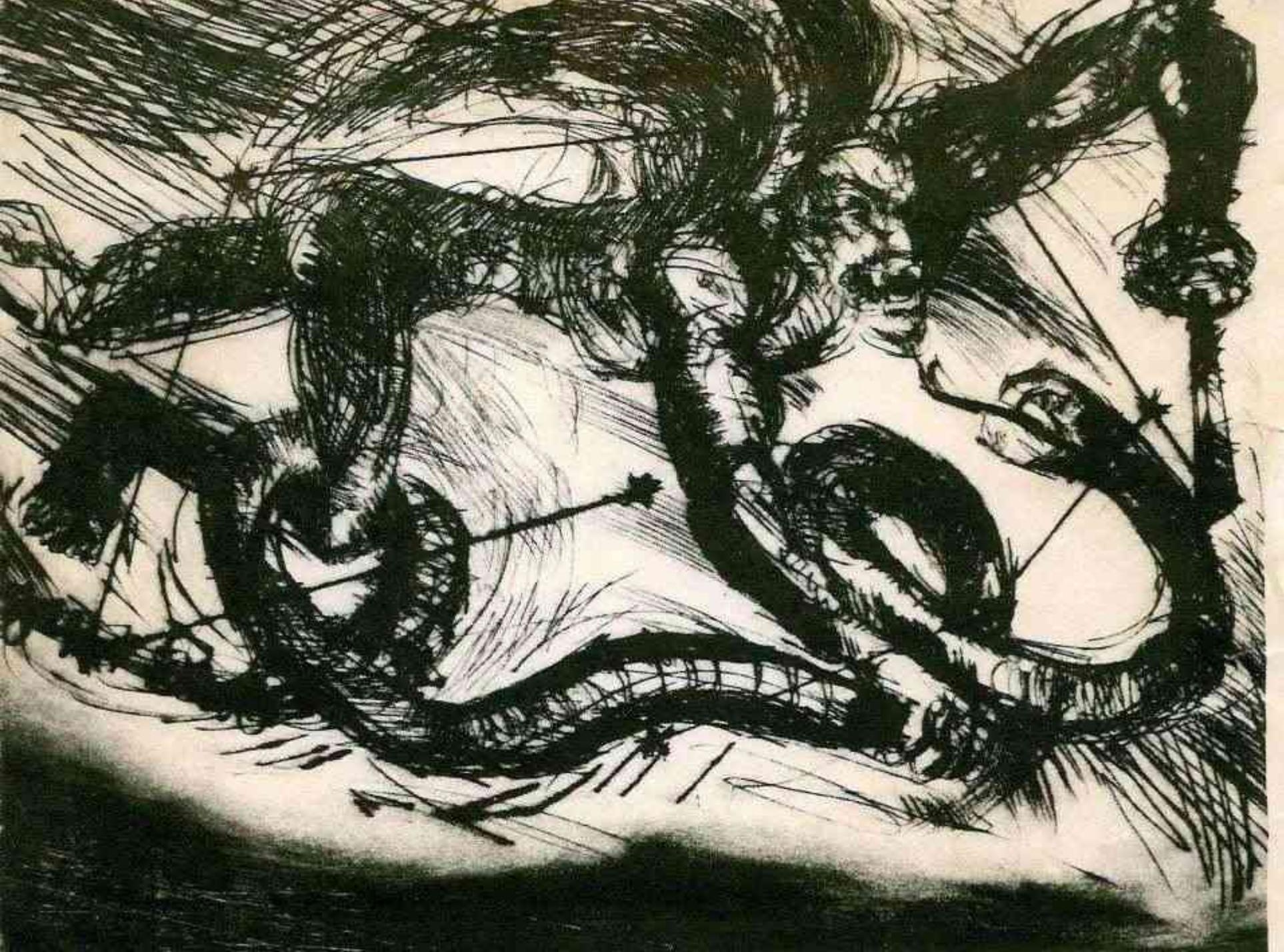
C E N I T



N A D I R

JORGE MANUEL MARGADELI

CENILY NADIR JORGE MANUEL MARGADELI



CENIT Y NADIR

JORGE MANUEL MARGADELI

• © Derechos reservados por el autor.
Hecho el depósito que manda la ley.
Diseño e ilustraciones: Erwin Guillermo
Impreso: Serviprensa Centroamericana

Hacia mucho tiempo que esperábamos que Margadeli publicara algo, y es por ello que ahora nos alegramos al ver que este libro se lanza al ruedo.

En "Cenit y Nadir" Margadeli con su lenguaje llano, podríamos decir coloquial, algunas veces nos obliga a pensar en las raíces y en las espinas de los rosales en flor.

¿Qué más podemos hacer constar? Pues, nuestra sincera felicitación porque con esta publicación Margadeli se ha ganado las orejas y el rabo en este coso. Y, por último, agregamos que nos sentimos orgullosos de haber sido los encargados de abrir el toril, para que saliera este libro-minotauro al laberinto de las letras guatemaltecas.

*Guillermo
Grajeda
Mena.*

*Marzo
de
1983.*



“Me enorgullezco de seguir las doctrinas
del filósofo Dionisio y preferiría mil veces
ser considerado antes sátiro que santo”

Federico Nietzsche
“Ecce-Homo”.
Prefacio II

MENSAJE DE UN SAN JORGE, HACIA EL FUTURO.

Respetable lector:

Te hago saber, por medio de estas líneas, que en el presente escrito tú estás captando el pensamiento de un hombre que ya no existe, porque mi cerebro ha desaparecido en el pasado, desde hace mucho tiempo.

Es por intermedio del arte mágico de la escritura que llegan mis ideas hacia tí, y lo hago para decirte mi mensaje, que ha de servirte para enfrentarte con los dragones de este mundo.

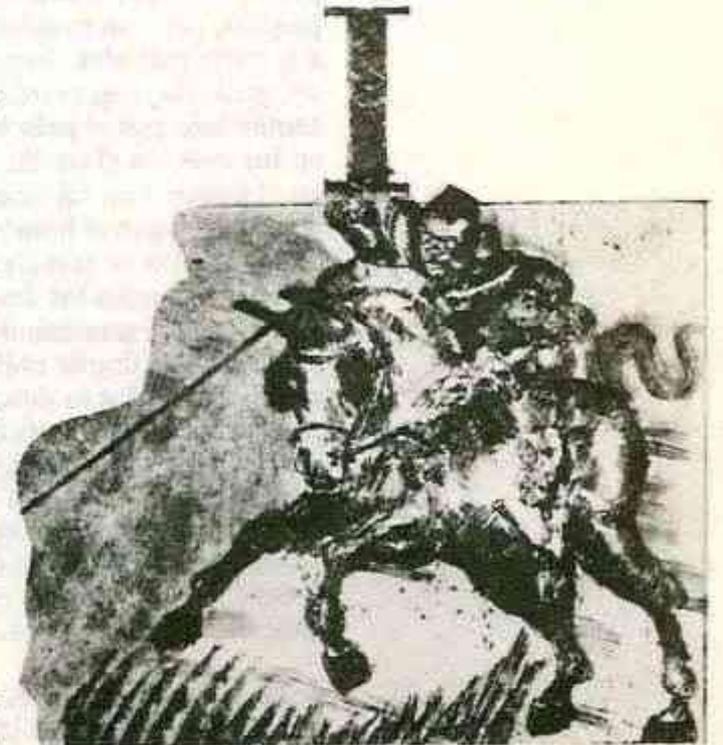
Todos los seres humanos, desde Adán y Eva, hemos aparecido aquí, misteriosamente, rodeados de dragones.

No le tengas miedo a nada porque de todos modos tú tienes que morir, recuerda que lo único seguro que tenemos, desde que nacemos, es el morir.

Aprovecha el tiempo para hacer alguna obra grande y fuerte, para proyectarte hacia el futuro; aprovecha lo bueno de esta vida esquivando la maldad, el dolor y la inmundicia, pero no te quites jamás tu armadura, no abandones tus armas, ni dejes que se oxiden; mantén ágil el cuerpo y el espíritu a efecto que la muerte te encuentre en plan de lucha, porque debes saber que toda tu vida estará amenazada por terribles monstruos, y ante todo, ten mucho cuidado, no te duermas en tus laureles.

porque algún dragón puede surgir, aún dentro de tí.

Esto es todo, no te escribo más porque en estos momentos oigo unos gruñidos espantosos.



MENSAJE DE UN SAN JORGE, HACIA EL FUTURO.

Respetable lector:

Te hago saber, por medio de estas líneas, que en el presente escrito tú estás captando el pensamiento de un hombre que ya no existe, porque mi cerebro ha desaparecido en el pasado, desde hace mucho tiempo.

Es por intermedio del arte mágico de la escritura que llegan mis ideas hacia tí, y lo hago para decirte mi mensaje, que ha de servirte para enfrentarte con los dragones de este mundo.

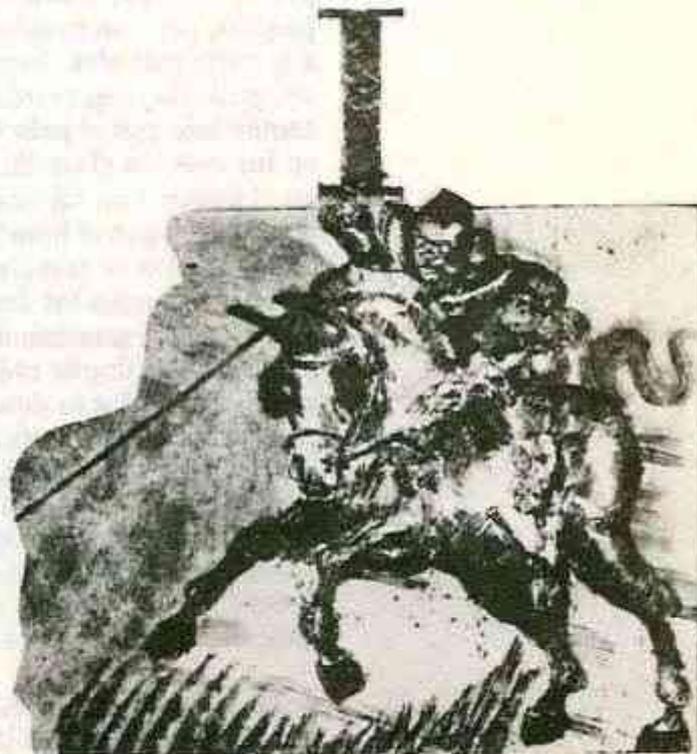
Todos los seres humanos, desde Adán y Eva, hemos aparecido aquí, misteriosamente, rodeados de dragones.

No le tengas miedo a nada porque de todos modos tú tienes que morir, recuerda que lo único seguro que tenemos, desde que nacemos, es el morir.

Aprovecha el tiempo para hacer alguna obra grande y fuerte, para proyectarte hacia el futuro; aprovecha lo bueno de esta vida esquivando la maldad, el dolor y la inmundicia, pero no te quites jamás tu armadura, no abandones tus armas, ni dejes que se oxiden; mantén ágil el cuerpo y el espíritu a efecto que la muerte te encuentre en plan de lucha, porque debes saber que toda tu vida estará amenazada por terribles monstruos, y ante todo, ten mucho cuidado, no te duermas en tus laureles.

porque algún dragón puede surgir, aún dentro de tí.

Esto es todo, no te escribo más porque en estos momentos oigo unos gruñidos espantosos.



EN UNA IGLESIA

Estamos en el año de 1826. Un anciano entra apresuradamente a la iglesia del pueblo, en medio de dos frailes, portando la chistera y el bastón en sus manos, en busca de auxilio. No hay ninguna gente en todo el templo. Atrás una turba entra persiguiéndolo y pronto se mira acorralado por la turbamulta que armada de palos, machetes y cuchillos grita: matémoslo, matémoslo, es un enemigo de la Iglesia, es un enemigo de Dios. Los frailes, impotentes ante la chusma, miran que el anciano, en su desesperación, intenta protegerse subiéndose a las gradas del púlpito, pero un muchacho que logra subirse a la parte más alta, trepándose por fuera del graderío, logra cortarle el paso, y tomándolo por el pelo le hunde un cuchillo en los ojos, en el cuello, en los hombros y en el pecho, con tal ferocidad que en unos instantes el pobre hombre queda convertido en una masa que se retuerce bañada en sangre, de allí lo agarran los demás energúmenos arrastrándolo por las gradas hasta el piso, donde múltiples machetes, cuchillos y palos lo descuartizan completamente. Los frailes quedan paralizados de horror, y cuando ya toda aquella gente endemoniada, sudorosa y babeando ha saciado sus instintos sanguinarios, entra el sacerdote acompañado del sacristán, quienes proceden a recoger los restos mortales y a lavar el piso del templo.

Todo se ha consumado. Los asesinos desaparecen de la escena y se riega la noticia por todo el pueblo, por toda la provincia, por

toda Guatemala, por todo el mundo: Gentes engañadas por malos patriotas asesinaron a un insigne filántropo, benefactor de los hospitales y prócer de la independencia, hombre honrado y justo, el Jefe del Estado de Guatemala, en la Federación Centroamericana: Doctor Don Cirilo Flores.

Días después, de esa misma iglesia salía una procesión precedida por la imagen del demonio, representada con la forma de un dragón, al que llamaban tarasca, la cual estaba hecha con una armazón de madera liviana, forrada de tela y decorada con una gran cabeza que parecía injerto de lagarto, tigre y toro. A esta tal tarasca la cargaban cuatro hombres que iban en el interior y de los cuales solo se miraban las piernas. Este espantajo, según decían, representaba el espíritu del mal, y era motivo de gran regocijo para todo el pueblo.

EL GLOBO

Esto sucedió hace mucho tiempo, pero lo recordamos porque tiene algo de interesante y porque refleja, aún en nuestros días, la forma en que piensa mucha gente.

He aquí el caso: Fue en la época en que gobernaba el General Barrios, era el año de 1874 y el espíritu de la vida colonial todavía sacaba las orejas por muchos rincones de Guatemala.

Un señor llamado Donaciano Escarreola, que en aquellos tiempos sentía la chifladura de la aeronáutica, dispuso, un día de tantos, volar en un globo que él mismo había fabricado. Pues bien, una mañana en que estaba el cielo despejado, en el centro de un llano, que poco después se llamó Campo de Marte, rodeado de admiradores y, naturalmente, de admiradoras, muchos curiosos y noveleros, este señor emprendió la tarea de inflar su globo, a puro humo, tal como se hacía en aquel tiempo, y se sigue haciendo ahora, en muchos lugares. Todo estaba perfecto: la canasta, las bolsas de lastre, las banderas, el catalejo, etc., etc. Y, después de los abrazos de despedida, el señor Escarreola, dentro de la canasta, procedió a quitar las amarras y... ¡Arriba muchacho! Pero nadie notó que un bromista (llamémosle así a ese burro), con la braza de su puro le había prendido fuego a uno de los cordeles.

El globo subía y subía, y allá desde lo alto el señor Escarreola contestaba el saludo que le hacía el público, en el

llano, con pañuelos, sombreros y sombrillas. De repente el globo empezó a echar humo y llamas y se fue torciendo poco a poco y, en un decir Jesús, se vino para abajo como una piedra, callendo despedazado en un barranco. Demás está decir que allí acabó sus días ese famoso Icaro.

Poco después, en el atrio de la iglesia de Capuchinas, una viejita le contaba, a una su conocida, el caso trágico del señor Escarreola, y esta señora, habiendo oído atentamente aquella historia dijo: Ay, pero que tonto el señor Escarreola, como no probó primero con un indio.

DIRECTOR DE ORQUESTA

Hace muchos años, un domingo por la mañana, cuando yo salía de la Catedral Metropolitana acompañado de mi tío Abelino, después de haber oído en la misa de diez "La Pasión según San Mateo" de Juan Sebastián Bach, tocada en el órgano por un músico francés, que, según decía, había sido contratado por Monseñor Luis Durón y Sure, vimos en el atrio a un Hombre alto, recto, algo viejo, en mangas de camisa, con cuello alto, corbata negra, chaleco gris, zapatos negros y pantalón de fantasía, todo abandonado y con la barba y la cabellera alborotadas por el viento, moviendo los brazos como dirigiendo una orquesta que solo él miraba.

Ya en el parque, movido por mi curiosidad le pregunté a mi tío sobre la identidad de aquel extraño personaje, a lo que él me contestó: Este señor es el maestro Ziguero, quien, desgraciadamente, ha perdido la razón. Toda esta gente, que está aquí y que parece ignorarlo, hace algún tiempo lo aplaudía frenéticamente en el Teatro Colón, cuando era gran compositor y director de orquesta.

El maestro Ziguero modeló, podemos decir, con talento y paciencia a la orquesta nacional, e hizo de ella una obra maestra, por él conocimos los secretos de Verdi, de Bizet, de Gounod, de Puccini y de tantos otros músicos geniales, y además pudimos oír su propia música, en aquel teatro tan hermoso.

Debes saber, siguió diciéndome, que los

pintores luchan con los colores, los escultores con sus maderas y sus piedras, y los escritores con las palabras, para lograr las expresiones que necesitan darle a sus trabajos, pero la lucha del director de orquesta no está únicamente con las notas musicales sino que también con el grupo de seres humanos que componen la orquesta y que, naturalmente, está sujeto a miles de sentimientos y emociones. La orquesta es una especie de monstruo de múltiples cabezas.

Y mi tío siguió hablando, quién sabe qué, pues yo ya no le oía, afortunadamente, a causa del ruido de las campanas de la iglesia y de los tranvías que pasaban en la calle, pero se me quedó muy bien la lección. ¿Ser director de orquesta? . ¡Dios me guarde! .

EL CICLON

En el año de 1931, creo que en el mes de septiembre, como a las once de la mañana, en el centro de la ciudad, a causa de que varios muchachos empezaron a gritar "Miren, miren, allá en el cielo, por Santa Cecilia, se ve una nube como embudo con unas cositas que brillan", poco a poco se fueron formando varios grupos de gentes atraídas por la curiosidad. Algunos chiquillos se subieron a los balcones de las casas, y luego surgió gran número de vecinos, en las ventanas, en los tejados y en las terrazas. El embudo gigante caminaba tétricamente sobre el pueblo, en un ambiente de pesadilla, cuando de repente una vieja gritó "es el fin del mundo", "es un huracán" dijo un hombre bigotudo que tenía un sombrero tejano metido hasta las orejas. Efectivamente era un huracán. La palabra se regó por toda la ciudad, hasta que alguien dijo ciclón; entonces la cosa se revolvió, pues mientras unos decían huracán otros gritaban ciclón. En ese momento se empezó a oír un ruido metálico como el que hace el granizo sobre los techos de lámina de zinc, en una tormenta de caída y avance de gran rapidez. El ruido era ensordecedor y venía en aumento, desde quién sabe dónde hasta nuestro derredor. Miles de gentes sonaban botes, cubetas, sartenes, ollas y bacinicas, con palos y hierros, diz que para ahuyentar a ese gigante espantoso, que, según supe muchos años después, los antiguos quichés llamaban Jun Racán, es decir: el de una sola pierna.

Pues bien, el torbellino este, que tanto asustó a nuestras gentes, se desarrolló y desapareció en unos terrenos que habían en lo que ahora es el mercado llamado "de la Terminal".

En 1970, es decir treinta y nueve años después, yo platicaba con un viejecito que vivía en una casa cercana a la Terminal; era el habitante más viejo de ese barrio, y, por lo que colegí en su charla, a él le tocó hacer la primera casa de adobe junto a unos ranchos de paredes de cañas y techo pajizo, que ya estaban allí, desde tiempos remotos, rodeados de cercos de izote, chichicaste y tapiales. ¿Usted vió el ciclón que hubo aquí en 1931?, le pregunté. Claro, me dijo, lo ví y lo recuerdo muy bien porque él vino a cambiar el estado en que yo vivía entonces. Aquella mañana había un bonito sol, aún cuando soplaba un airecito frío, propio de la temporada. Inesperadamente se oyó un ruido sordo, como producido por algunos petates que eran arrastrados. Al oír esto yo salí al sitio para ver de qué se trataba, y entonces ví que se había formado un remolino de tierra, hojas secas y papeles, contiguo al rancho de don Julián, y que rápidamente llegaban al gallinero, bailando como un trompo y llevándose lo que encontraba a su paso. Revoló unos cipresales y desmenuzó varios techos. Las mujeres corrieron a esconderse con sus hijos y los chuchos corrían ladrando como locos.

La Chila, la hija de mi compadre Juan, que en ese tiempo era una muchacha que empezaba a desarrollar, salió corriendo, tratando de agarrar una gallina, pero el remolino



a gran velocidad, se dirigía hacia ella. Esto sucedió como a media cuadra de donde yo estaba. En un instante el remolino tomó a la Chila y la elevó como a trescientos metros. Ella parecía un ángel, con su vestidito blanco, allá arriba, rodeada de objetos brillantes. Yo, abajo, era un loco gritando, pidiéndole a los santos que salvaran a aquella niña. En ese momento todo el mundo empezó a hacer ruido con cuanto trasto de metal tuvo a mano. Pocos minutos tardó este tormento, pero para mí eran siglos. Al final fue el milagro: En forma lenta, después de hacer un recorrido en forma de círculo, el huracán se fue asentando en el patio de mi casa, hasta dejar a la Chila, paradita frente a mí, y se deshizo el ciclón. La Chila estaba pálida, pálida como una muñeca de cera, y tenía la falda subida hasta la cintura; ni ella ni yo podíamos hablar ni movernos, del puro susto; al fin ella nerviosamente se bajó la ropa. Era preciosa la muchacha, yo nunca la había visto igual.

La entré a la casa y le di una taza de café para reconfortarla, y luego empezaron a llegar familiares, amigos, vecinos y cuanta gente creó Dios en este lugar. Cuando se cansaron de comentar el caso todos se fueron, menos la Chila porque yo le supliqué... Yo era soltero, y usted comprenderá... Por eso le digo que no se me puede olvidar nunca lo del ciclón. Por él me quedé con la Chila.

EL PALACIO

A mediados de 1941, ya casi se estaba terminando la construcción del Palacio Nacional. El Señor Presidente visitaba muy seguido los trabajos, y el arquitecto se sentía satisfecho de ver que su obra se realizaba con el visto bueno del mandatario.

Bajorrelieves, murales, lámparas y vitrales se colocaban como que hubieran sido relicarios. Hasta los andamios se habían hecho meticulosamente.

En las vecindades, a más de cien metros de distancia, se podía oír el ruido de martillos, serruchos y martelinas, que se mezclaba con las voces de los capataces. Toda la construcción era un hormiguero.

Así estaba la cosa cuando una mañana, en lo más alto de los andamios varios albañiles, colocando unos detalles en la cornisa, se movieron hacia uno de los extremos para maniobrar mejor. En ese momento surgió algo inesperado: primero se vio que un tablón se desprendió del andamio, viniéndose para abajo en forma vertical; luego, siguiendo al tablón venía una figura pequeña de trapos viejos, y un grito desgarrador que terminó con el estrépito de ambos al estrellarse en el piso del patio. Allí entre las astillas y los andrajos quedó deshecha una figura humana, en una mancha roja; era el cuerpo de un albañil de Patzún, que, según decían, tenía cinco hijos.

En un santiamén bajaron los compañeros a ver al pobre hombre, todos blancos como papel

de china. Entonces el maestro de obra, al verlos allí, gritó: ¡Cabrones! , ¿Qué hacen aquí? , vayan a seguir trabajando. ¿Nunca han visto un muerto? .

Inmediatamente la obra siguió su curso y el diez de noviembre se inauguró el palacio, tal como se había previsto: el día del cumpleaños del Señor Presidente.

MANUELEON

En realidad él se llamaba Manuel León, para los ladinos, y para los indígenas su nombre era Racancoj (pie de león, en lengua quiché). Sin embargo todo el mundo le decía Manueleón. Así pues, como vemos, su nombre completo debía ser Manuel León Racancoj, pero la casualidad y la costumbre lo convirtieron en Manueleón.

Era curandero, consejero y, naturalmente, brujo. Decía ser oriundo del occidente, pero jamás dijo dónde había nacido. Tal vez era de Totonicapán, o tal vez no, pero todos los años él encabezaba la romería que iba a encender los fuegos del Uaxaquib Batz, y luego desaparecía juntamente con el humo de las últimas fogatas de "La Gran Escoba" y de "La Pequeña Escoba".

¿Dónde vivía? . Ah, eso es otra cosa. Manueleón surgía por aquí y por allá: donde se le llamaba. Ahora bien, su lugar fijo era el rancho pajizo que tenía cerca de la Laguna de Chicabal, precisamente en las faldas del Volcán Chicabal. ¿Entonces Manueleón era de Chicabal? . Tal vez sí y tal vez no.

Tres veces había venido a la Capital, tres veces. La primera, cuando pasó rumbo a Esquipulas a ver La Piedra de los Compadres, la segunda cuando prestó sus servicios en el Fuerte de San José, como soldado, y la tercera, este año, cuando vino en busca de la raíz de la calaguuala (*Polypodium Loricum*).

Hoy en día, en el Occidente, por ningún lado hay calaguala, y mucho menos en la Costa Sur, donde los demonios que fumigan las plantaciones, la han matado.

Manueleón después de recorrer muchos pueblos, por fin se dejó venir a la Capital, y aquí, con los hierberos de la dieciocho calle, que disfrazados de achimeros venden oraciones, estampas de santos, piedra imán y amuletos, encontró la bendita raíz. Ya casi no hay, dicen, y es cierto.

Manueleón era indio, puro indio, él lo sabía bien, y por eso se sorprendió al ver que en la Capital habían indios que no eran indios. Vió indios que se avergonzaban de ser indios, y que por lo tanto eran indios a escondidas, y que habían indios que ignoraban ser indios y que sin querer andaban arrastrando lo indio como a un cadáver.

Esto lo pudo observar en los choferes de camionetas, camiones y microbuses, en los policías, en los buhoneros, en los sirvientes, en las prostitutas, en los vendedores de cigarros, billetes de lotería y escobas, en los lustradores y en los ladrones, en fin, en todos los que realmente eran como cáscaras de indio con trajes de ladino.

Algo de esto había visto antes, cuando estuvo en el cuartel. Muchos de sus compañeros, al vestirse de ladinos, ya no regresaron a sus pueblos y se quedaron en la capital, escondiendo sus idiomas y sus costumbres.

También muchas jóvenes indígenas, que venían de las provincias, a trabajar como sirvientas, preferirían volverse putas que regresar a sus tierras.

La Capital muestra la fascinación de la belleza ilusoria que tienen las zarabandas, cuando uno está bolo.

Pero lo peor de lo peor fué lo que pudo ver, en este último viaje, en un microbus: el chofer y su ayudante eran dos jóvenes indios vestidos torpemente de ladinos, peludos, sucios y harapientos; hablaban entre sí un idioma, mejor dicho una monserga, que no era español ni lengua indígena, exhibiendo desvergonzadamente, ante mujeres y niños, sus palabras degeneradas y asquerosas.

Ninguna instrucción de moral ni de urbanidad había pasado por sus mentes primitivas. Eran indios perdidos entre un mundo mecanizado, donde, indudablemente, habían sido amaestrados para manejar vehículos motorizados, a cambio de algunos centavos que les servían para medio comer y adquirir aguardiente o drogas. Sus almas estaban llenas de odio y sus cuerpos de mañas, enfermedades, parásitos y mugre. Estos muchachos eran carne de cañón para las cárceles y para los hospitales, y una amenaza constante para la sociedad.

Manueleón pensó en la labor de las iglesias y de las escuelas: recitación mecánica de oraciones y conceptos que nada tienen que ver con la realidad de nuestros problemas.

Los indios se están pudriendo poco a poco, igual que los ídolos, generación de degeneración. Nadie hace nada por salvarlos. "La grandeza de los Mayas", gritan los maestros y los guías de turismo, adentro de las escuelas, en los museos y en las ruinas arqueológicas; fuera de allí, para ellos, los indios son, no los descendientes de aquellos mayas, sino que una pura desgracia, unos indios babosos.

Los inditos bonitos, con sus trajes típicos, son ideales para ser fotografiados por los turistas porque estos dejan dólares, y nada más.

Manueleón pensaba estas cosas, aparentemente adormitado dentro de la camioneta llena de indios, cuando regresaba a Xela.

¿Es posible que todos los indios degeneren? ,
¿es posible que toda la raza se pudra? .
¿Qué pasará si estos indios degenerados llegan, algún día, a tener del cuello a los ladinos?

Matarán, destrozarán lo que tengan a su alcance.

Todo desaparecerá, así como desaparecieron los antiguos dioses y así como está desapareciendo la raíz de la calaguala de las manos de Manueleón, el último de los Racancoj, brujo de Chicabal.

EN LA CATEDRAL

En el azul del cielo matutino, campanas y más campanas, campanas que van y campanas que vienen entre el escándalo de los cohetes y de las bombas voladoras, pájaros de fuego que revientan estrepitosamente, dejando en la bóveda celeste pequeñas nubecitas con pretensiones de ángel.

La Iglesia celebra el Corpus Cristi. Ante la arquitectura gigante del templo los fieles resultan ser unas pobres hormigas locas, que siempre andan buscando tablitas de salvación.

El interior de este templo asemeja el interior de un gran animal pétreo, antediluviano, que se ha tragado enormes lámparas, cortinajes, altares, pinturas y esculturas doradas.

En el Altar Mayor los obispos offician dentro de sus caparazones multicolores, entre el humo del incienso, y las voces del coro de niños, acariciadas por el órgano; también, de vez en cuando se siente el olor del tabaco de algún cigarrillo clandestino.

Mientras en los escaños, las mujeres ancianas susurran sus oraciones, a la sombra de los pilares los hombres ponen sus miradas en el subir y en el bajar de los turgentes pechos de las muchachas rezadoras.

Desde afuera, es decir desde el atrio, entra la gritería de la chusma de las ventas de golosinas, candelas, juguetes, billetes de

lotería y reliquias, entra también el fuerte olor a orines y se mezcla con el incienso y el humo de las velas.

Y en los silencios que deja el coro, el órgano y la chusma, se dejan oír claramente los toques tristes del tambor y de la chirimía de los indios, que sueñan allí a la sombra del Corpus Cristi, con Mashimón, que aún vive allá lejos, en las montañas de occidente, entre sus frascos de aguardiente, sus puros y su pom.

EL EXVOTO

Ese cuadrito de caracter popular, del cual me recuerdo ahora, lo vi hace mucho tiempo, en un pueblecito del occidente de Guatemala.

El interior de aquel templo era pobre y bastante rústico.

Las imágenes, de los pocos santos que mirábamos en la penumbra, eran rígidas y toscas, casi todas estaban cubiertas con unas cortinas empolvadas y desteñidas.

Los altares parecían cabeceras de cama antiguas y rústicas, pintadas con "sapolin", pero había un altar, en uno de los laterales de la iglesia, que tenía una mesa de madera con el tablero cubierto con hojalata, la cual estaba llena de candelitas de sebo, todas encendidas, derritiéndose unas a otras; este altar era el de San Honorato, lo decía bien claro un letrero pintado en el retablo.

La imagen de San Honorato era como de media vara de ancho, tallado en un solo leño, barbudo, calvo con un gran libro en la mano derecha, y, al igual que los altares, pintado de "sapolín".

A pesar de no ser este altar el altar mayor, que era ocupado por la Virgen del Rosario, a simple vista se notaba que era el preferido de los feligreses. Las paredes que lo rodeaban estaban llenas de exvotos pintados sobre pequeñas tablas y láminas de hojalata, bastante ahumados. El más grande se miraba bien, gracias a que se encontraba bajo la luz de una de las ventanas, en él aparecía

pintada la figura de un hombre hincado en el suelo, con su sombrero de petate entre las manos, ante la imagen de San Honorato, quien flotaba sobre de un colchón de nubes. Abajo tenía la leyenda que explicaba su razón de ser: "Hace años mi compadre Aurelio me dio prestados dos mil pesos, y como yo no podía pagárselos vivía atormentándome con cobrármelos, entonces clamé con San Honorato, quien me oyó; pues a los pocos días murió mi compadre Aurelio. Yo, Justiniano Leal, aquí dejo la constancia de mi agradecimiento. Enero de 1940.



MI CORONEL

En sus buenos tiempos, mi coronel borró del mapa a muchos campesinos, obreros y estudiantes que no estaban de acuerdo con la dictadura. Ahora mi coronel es un viejo cascarrabias y enteco que mira la vida opaca a causa de sus ojos de pescado seco. Hoy vive retirado, en su silla de ruedas, con gorra de lana, sueter, pantuflas y escapulario, teniendo su gran finca como escenario.

Ah, si Dios le permitiera, siquiera por un instante, ser otra vez comandante y tener una buena ametralladora para matar friamente; ser de nuevo la fiera, para matar a esas gentes que ya no aguanta, por ejemplo: al doctor y a la enfermera.

—Tómese su medicina, mi coronel, tómese su leche no se orine en el pantalón, salude a la Meches (Viejo cabrón).

¡Ah, si Dios le permitiera, por un instante, ser otra vez comandante!

VIAJEROS

Yo estaba en un comedor de la Terminal de Camionetas, tomando una taza de café, cuando me dí cuenta de que, sentados en el suelo y con las espaldas recostadas en la pared, del lado de la calle y contiguo al comedor, dos hombres alcohólicos, peludos, mugrientos y andrajosos, exactamente iguales a los tipos que colecciona la Madre Teresa de Calcuta, platicaban entre sí.

Los dos eran color de lodo seco y sus vestimentas también. Uno de ellos, el más joven, permanecía taciturno, metido dentro de un poncho como el que usaba Juan Diego, el de la Virgen de Guadalupe, y el más viejo, con una barba entrecana, que parecía echa de telarañas, era el que hablaba.

—“Vos decís que has viajado mucho cargando y descargando bultos en las camionetas que van y vienen de los pueblos, pero que, ahora, el “guaro” te ha dejado anclado aquí en esta terminal. Pues yo también he viajado, trabajando en el ferrocarril, en la colocación de durmientes. Y para tu saber y entender he viajado hasta sin moverme de un lugar a otro. Sí, aunque no lo creas. Antes de dedicarme a tomar esta maldita “Charamila” yo tomaba buenos licores pero poco a poco fui cayendo en desgracia por meterme a fumar marihuana. Por la “mota” perdí mis empleos, la casa, la familia, todo, todito.

Con la “mota” yo me transportaba a unos

lugares imaginarios, increíbles, que unas veces eran buenos y otras, espantosos.

Las mujeres que yo miraba, en esos delirios, eran preciosas, como ángeles; las flores y los pájaros, encantados, y las casas como de cristales multicolores con adornos de oro y piedras preciosas. Todo era de maravilla.

Pero en otros “viajes” conocí cuevas inmundas, entre montes y peñascos llenos de basura y alimañas, donde vivían gentes más feas y sucias que nosotros, tal como estamos ahora.

Yo ya no sé si estos recuerdos son de cosas reales, o si la realidad que nos rodea, en este instante, es un sueño, una pesadilla.

Asímismo me atormenta el no saber por qué he resultado viviendo en este mundo. Aquí aparecí repentinamente en un estado que se funde entre la realidad y el sueño.

Para ajuste de penas, presiento que dentro de pocos días he de morirme sin saber jamás de dónde diablos salí y hacia donde iré a caer.

Al oír esto, pagué el café que había tomado y salí, más corriendo que andando, de aquel lugar de la Terminal, pensando que en cualquier esquina yo podría encontrarme frente a la madre Teresa de Calcuta con sus rebaños de ovejas negras, pues ya solo eso me faltaba en ese mundo de espanto.

EL ASALTO

El pastor evangélico don Prudencio Suchit, a quien conozco desde hace varios años y a quien admiro por su labor religiosa, el día de ayer, al encontrarnos en una de las calles de esta ciudad, entre otras cosas me contó que el martes, es decir antier, había sufrido un asalto.

Don Prudencio es un hombre dedicado a predicar el evangelio en el seno de la iglesia presbiteriana, en una pequeña aldea de Zacapa. Pues bien, aquél día, ya casi de noche, cuando regresaba a su casa, después de despedirse de los hermanos que lo acompañaban, estando ya solo, fue sorpresivamente asaltado por dos malhechores que, con amenazas de muerte, lo golpearon y lo despojaron del poco dinero que portaba, de sus bolígrafos, de su reloj y de la santa biblia.

El atraco fue tan sorpresivo que el pastor no podía hilvanar bien lo sucedido, y además la cosa era tan inaudita, ¡increíble!

Pero había algo más que no llegaba a comprender: durante ese día él estuvo tan tranquilo y tan contento en su iglesia, que muy bien se podía pensar que Dios estaba al lado suyo; sin embargo...

Y no se le quitaba de la mente la escena aquella. Los ladrones eran hombres jóvenes, no mal parecidos, fuertes y sanos, y no estaban ebrios ni drogados pero la maldad la tenían dentro de sus almas; tenían espíritus bestiales.

Nunca este pastor se había imaginado que existieran, tan cerca de él, seres humanos poseídos por el demonio; él sabía que en este mundo existen, y han existido siempre, ladrones y asesinos, pero pensaba que estos eran algo así como personajes lejanos a su vida.

Como afiebrado, este don Prudencio, narraba el asalto a sus familiares, quienes tampoco atinaban a comprenderlo; y con ellos se puso a rezar, dándole gracias a Dios por no haber perdido la vida. Poco después, quién sabe por qué le vino la idea de preguntarse que ¿si Dios, que es el autor del universo, es por lo tanto también creador de los criminales? ¿Es Dios el que hace mansos a unos hombres, como ovejas, y a otros como bestias feroces? Si es así ¿vale la pena predicar la salvación por medio de los santos evangelios? Y ¿debemos dejar que nos atropellen los hombres malvados? ¿qué hacer? ¿acaso no es justa la defensa personal? ¿qué dice Dios de esto? ¡Quién sabe! Lo que pasa es que nosotros no comprendemos los designios del Señor.

Así es pues, —pensó don Prudencio— si no comprendemos los designios del Señor, lo mejor será, en estos casos, manejar un revolver Smith & Wesson calibre 38 especial, mientras averiguamos por qué Dios hace todo esto que no comprendemos.

Ah, tantas cosas que se quedó pensando don Prudencio Suchit.
¡Un revolver Smith & Wesson!



LAS MUERTES DE TECUN

Amigo, ¿recuerdas aquél día cuando hablamos del futuro, tomando café y fumando puro? ¿Recuerdas que estábamos llenos de ilusiones y de fe?

Después, para nosotros, hasta el cielo perdió su gracia cuando de lejos nos vino la desgracia.

Sin son, sin flores, sin una sola canción enterramos nuestra libertad, nuestra esperanza, añorando nuestros días de bonanza.

Con tus ojos de zahorí y de chimán viste el corazón sangrante de Maximón y de Tecún Umán entre los dientes de la muerte y de la maldición. ¿Pero, del humo del pom y del sonido del tún volverá a levantarse el espíritu de Maximón y el de Tecún, en Xelajú, Quiriguá, Tikal y Uaxactún?

Dos veces han matado a Tecún, dos veces. Dos veces al indio libre, a sus alas de quetzal y a su piel de tigre.

Dios verde entre los colibries verdes, serpiente con plumas de quetzal, líbranos de todo mal; Maximón, recibe el humo de nuestro propio corazón. Eso dijimos, ¿recuerdas? Solos, entre las piedras.

LAS TRES MARIAS

Eran tres hermanas solteras, Agueda, Benigna y Virginia. Ninguna de ellas se llamaba María, no obstante todo el mundo las conocía como Las Tres Marías, que sonaba algo así como nombre de tienda. Eran altas, delgadas, de color cetrino, de pelo negro y lacio, peinado con rodete; casi siempre se ponían trajes iguales, con cortes y colores muy austeros. Estaban en una edad en que no eran jóvenes ni viejas. Unos vecinos decían que eran santas, otros, que eran santurronas.

Vivían solas en una enorme casa colonial, bien conservada, pues los daños ocasionados por el terremoto fueron tan bien restaurados que ya casi ni se notaban con el verde musgo que los inviernos venían colocando año con año.

Este caserón hubiera sido una tumba de no haber existido allí el canario, los geranios, las begonias y las colas de quetzal, que le daban un poco de vida al patio y a los corredores, quién sabe desde cuando.

Diez años hacía que había muerto el padre de ellas, el coronel don Herculano Matamoros, quien fué, muchos años, director de la Penitenciaría Central, y de quien algunas gentes decían que, en su juventud, fue guardaespaldas de Don Manuel. La madre había muerto muy joven, por todo esto ellas tomaron el mando de la casa, con una seriedad rayando en lo monacal.

No eran feas pero tampoco eran bonitas; eso sí, muy serias y con un orgullo de grandes señoras, porque tenían entre sus antepasados no solo a los Matamoros sino que también a los Cabeza de Vaca. Varios fueron los mancebos que pretendieron sus manos pero el incienso, las novenas de los santos y la recitación continua del árbol genealógico los fue espantando, tal como lo hace la natfalina con las polillas, y así las tres se fueron quedando para vestir santos.

Agueda tenía una debilidad: le daban lástima los ratones. Todas las noches, después de rezar el rosario, iba a la cocina a dejarles comida, en un rincón donde ellos solían llegar como niños hambrientos, nerviosos y desconfiados. Conforme fue pasando el tiempo ella fue conociendo los gustos, las gracias y las manías de estos animalitos. Así, muchas veces, los miraba tan parecidos a los niños, que más de una vez estuvo tentada de enseñarles la doctrina, pero llevar a cabo esta idea era imposible porque para eso primero había que bautizarlos, y el padre de San José, con el carácter tan severo que tenía, de seguro que rechazaría de plano esta idea; era tan terco que en su cabeza, los ratones serían ratones y nada más.

Lástima, la intención de Agueda no era mala, y, además, los ratoncitos se lo merecían todo.

Benigna era la más social de las tres hermanas, le gustaba hacer dulces para

obsequiárselos a sus vecinas, que eran dos o tres porque las otras siempre le habían parecido repelentes. Ella hacía turrónes, huevo chimbo, alfajor, nuégados, alfeñique, buñuelos y mazapán. Por supuesto, estos dulces no los hacía muy seguido, sino solo cuando las campanas de la iglesia repicaban recio, es decir, cuando eran días de dos cruces.

Una mañana, cuando Benigna barría la banqueta, por pura casualidad se puso a platicar con una de sus vecinas, la de la casa de color azul, quien entre otras cosas le contó que su gatito, aquél blanquito que solía asolearse en la ventana, estaba muy malo porque el albañil, que estaba arreglando el tejado, "ese burro, porque no se le puede llamar de otro modo", al bajar de la escalera le había puesto el pié en el espinazo, dejándolo imposibilitado de las patas traseras. Verlo caminar, arrastrándose y maullando lastimeramente, era una cosa horrible.

Así estaba el pobre gato, y ella y sus demás familiares no hallaban qué hacer con él.

Habían pensado en varios procedimientos para solucionar el problema, pero todos llegaban a la conclusión de que con ellos el gato no tenía salvación, lo único era matarlo. Pero, ¿cómo? . Además, ¿quién podría hacerlo? .

Benigna lamentó mucho el caso y dijo que ella arreglaría el asunto, porque sabía

de un procedimiento con el que se podía matar al animal sin que sufriera.

Aquellas palabras fueron un alivio para la vecina, la cual le rogó que por favor lo hiciera, porque con ello sacaría muchas almas del purgatorio.

Benigna aceptó, como era de esperarse, y quedaron de efectuar la operación esa misma tarde.

Llegado el momento, Benigna se presentó a la casa vecina donde encontró reunida a toda la familia; los papás, quienes eran dos ancianitos bastante sordos, la hija, que por cierto se llamaba Piedad, y quien era la amiga de Benigna y tenía dos años de haber quedado viuda, y una india vieja que tenía muchos años de trabajar como sirvienta en esa casa; era algo así como una parte integral de la familia, hermana de la silla mesedora y de los cofres, pero con la facultad de hablar como los loros y la fidelidad de un perro.

Benigna pidió una toalla y se puso a buscar un lugar adecuado para realizar la bendita operación. En el último patio encontró lo más adecuado: el asoleadero para la ropa en jabón.

Luego se dirigió al gato, el cual se encontraba semioculto cerca de unas ollas viejas llenas de geranios. Ven, le dijo, esto es tan rápido que no sentirás nada. Lo envolvió en la toalla, dejándole libre únicamente la cabeza y lo acostó sobre las baldosas del asoleadero.



Todos, a la expectativa de aquel acto, en silencio y con el corazón en la mano, tenían pendientes sus miradas en los movimientos de Benigna. Entonces ella, con una seguridad y tranquilidad asombrosas, con su larga y huesuda mano, tomó una piedra redonda, como del tamaño de un coco, y con fuerza la estrelló sobre la cabeza del gato, aplastándole los ojos y los sesos, como chicle. Ya lo ven, dijo, esto es todo.

Ninguno oyó nada; todos estaban en el umbral de un vahido, agarrados unos a otros para no caerse.

Y en el silencio de la tarde quedó vibrando el grito de la india: ¡A la puta! .

Virginia, la última de las tres marías, todas las noches sentía que un calor sofocante le subía desde los pies hasta la coronilla, manteniéndola en una tensión nerviosa muy agitada por unos instantes, y luego le iba bajando poco a poco, hasta que volvía a subirle. Ese calor era como un demonio sudoroso que le envolvía todo el cuerpo, de arriba hasta abajo y de abajo para arriba, hasta agotarla.

Un día de tantos, no pudiendo tener esto en secreto, y antes de decírselo a cualquiera de sus hermanas, dispuso contárselo a su amiga Teresita de Jesús, la cual, después de oírla, le dijo: Sin querer ofenderte, yo creo que eso que te pasa se debe a tu edad. Al llegar la menopausia surgen pequeños desórdenes en el

cuerpo. Años atrás no había remedio para ello, pero ahora existen medicinas a base de hormonas. Anda con el médico para que te ponga unas inyecciones de hormonas, y asunto arreglado.

A esto contestó inmediatamente Virginia: Esas son babosadas, yo no quiero medicinas, yo lo que quiero es hombre.





LA FLOR DEL CHINIQUE

Chinas, cuadraditas, de dos trenzas adornadas de listones, bañaditas, perfumadas, con chachales de chalchihuites y un huipil blanco bordado con alegres flores, donde tiemblan sus hermosas chiches, las patojas cobaneras vienen a la zarabanda "La Flor de Chinique", y allí entre besuqueos y más besuqueos con los cuques, estas nolas bailan y chupan, acabando bien bolas. ¿Vamos al monte? Y allá van, risa y risa, para quedar, después, abandonadas bajo de un pino o de un ciprés. Así quedan estas pobres nolas, abandonadas, deshechas y solas.

EL COHETERO Y EL CAMPANERO

En el pueblecito de indios, llamado San Cristobal Cucho, el campanero Narciso Chanjón, desde el campanario de la iglesia, unos minutos antes de que saliera la procesión de San Cristobal, vio la tragedia.

Pedro el cohetero y los dos patojos que lo ayudaban pusieron, en el atrio, el tubo de hierro con su pata de dos reglas en cruz, y empezaron su trabajo. Un patojo le dió una bomba al cohetero y el otro, el tizón, luego los patojos se retiraron y el cohetero encendió la mecha y arrojó la bomba dentro del tubo, retirándose también; pero la bomba no salió. Unos chuscos empezaron a silvar entre el montón de feligreses allí congregados. El cohetero se acercó a ver lo que pasaba con la bendita bomba, tal vez la mecha se había apagado; entonces fué la cosa: un fogonazo y el estruendo de la bomba hizo gritar a todos, y la cabeza de Pedro el cohetero voló a manera de un coco seco, por encima de la tremolina de indios, su cuerpo cayó acostado con las piernas y los brazos temblando como patas de araña, y arrojando, por el cuello, borbotones de sangre, semejando racimos de amapolas y claveles rojos bañados de remolacha.

Las gentes gritaban queriendo huir, pero el imán de lo morboso las apretujaba, haciéndolas formar una gran corona al rededor del cadáver.

Así miró todo, Narciso Chanjón, desde el

campanario. Este Narciso, desde hacía mucho tiempo, estaba enamorado de la Lupe, la mujer del cohetero, quien ahora quedaba viuda y sola. San Cristobal es muy milagroso.

UNA PLATICA CON EL DIABLO

Casi nunca sueño, por eso me extraña que anoche haya soñado este asunto. Soñé que yo iba viajando en un autobús urbano atestado de gente, y que un individuo, que apareció sentado a mi lado, empezó a platicarme, comenzando por comentar el mal servicio que prestan los autobuses, el frío que se ha desatado en estos días, lo intrincado de nuestra política y lo caro que está todo en el comercio; luego me dijo, de zopetón, que, aunque me pareciera raro, él era el diablo, y que ya estaba aburrido de serlo. Esta manera de presentarse me pareció muy extraña, por lo cual, lo primero que pensé fue llevarle la corriente, y en caso de que su chifladura empezara a molestarme, me bajaría en la próxima esquina, pero como este hombre continuó hablando tranquilamente y en forma razonable, yo seguí oyéndolo sin inmutarme.

En lo que él hablaba yo lo pude ver bien, y físicamente lo que menos parecía era ser el diablo, aunque bien sabemos que las apariencias engañan. Cuántas muchachas parecen ser unos ángeles y luego descubrimos que son unos diablos hechos y derechos.

La cosa es que este personaje no tenía la figura del diablo que nos han pintado en el mundo cristiano. Era viejo, calvo y gordo, a tal extremo que el doctor Fausto no lo hubiera reconocido. Oyéndolo platicar confirmé aquello de que más sabe el diablo por viejo que por diablo, pues me dijo que estaba en espera de su redención, por haber cumplido, de sobra, con el papel que le habían

encargado: hacer de malo en este mundo, igual que el personaje inevitable de casi todas las películas; y no poder seguir presentándose así porque está muy viejo, como quien dice al borde de su jubilación. Haciendo un poco de historia me fué contando que su edad de oro fué la antigüedad, cuando bailaba alrededor del fuego, abrasando a las ardientes juventudes del mundo primitivo.

Los primeros cristianos me disfrazaron de sátiro, dijo, poniéndome todos los atributos del dios Pan, menos la flauta, que fué cambiada por un tridente. En la Edad Media me convirtieron en astronauta al colocarme enormes alas de murciélago. Dante, el ilustre florentino, dijo haberme visto en un lugar de frío intenso (una refrigeradora) y no en las llamas del infierno.

Años después, Lutero se peleó conmigo, lanzándome un tintero a la cabeza.

El Bosco, Durero y Bruehel pintaron mi figura representándola en una mezcla de tubérculo e insecto, pero debo confesar que en esos tiempos yo gocé con las brujas sirviéndoles como palo de escoba para que en sus vuelos nocturnos se masturbaran de lo lindo. Yo hice pactos serios con los hombres serios poniéndoles la tentación de grandes tesoros. A San Antonio le mostré mujeres hermosas y manjares deliciosos.

Miles de veces me introduje en los conventos, y por las noches, entre las sábanas, como incubo yo fuí la sabrosura de las monjas, y como súcubo fuí el encanto de los frailes.

A cientos de doncellas desvirgué y a otro tanto de mancebos prendí fuego por todos lados.

Goya me retrató en medio de aquellarres con figura de cabrón. Y viví feliz con la Inquisición Española, con quien fui una persona muy importante, los inquisidores hasta me trajeron a la América, para tentar a los indios (y a las indias, naturalmente).

Pero, después, la época moderna vino a cambiar mi situación. Edison me arrojó de las tinieblas y deshizo mi figura misteriosa, con esa su bendita luz eléctrica. Freud dispuso que yo me colocara las máscaras llamadas instinto, complejo, sugestión y autosugestión, y así me convirtió en un triste caso clínico.

Allan Poe me robó importancia diciendo que al hombre no lo pierde el demonio sino que su propia imaginación. Papini no me supo escuchar, no entendió bien mi mensaje, pues por un oído le entró y por otro le salió. Miguel Angel Asturias no dejó que yo le hablara largo y tendido; en cuanto empecé a hablarle él sacó de su cartera una estampa de Jesús de Candelaria y me hizo un exorcismo.

Para ajuste de penas con la edad avanzada he perdido la fuerza y la fama. Como un hecho ridículo aparece mi retrato, sofisticado, en las latas de jamón, y yo que era antes una persona respetable y temida ahora resulto ser un personaje imaginario hermano de Mickey Maus, de Blanca Nieves y de Pinocho.

No hay duda que esto me pasa por estar viejo y enfermo.

Y poniéndose muy serio exclamó: La verdad es que yo no existo ni he existido nunca como un ser independiente, yo soy la sombra de algo superior. ¿Qué opina usted de todo esto?

Bueno, le dije, pues...

Y en eso desperté nervioso, agitado y sintiendo un fuerte olor a azufre y a incienso.

EL ARQUEOLOGO

Ante los objetos arqueológicos el público común y corriente, así como los entendidos en la materia, artistas, maestros, historiadores, filósofos, etc, etc, tienen diferentes reacciones y maneras de apreciarlos. Esto lo pude constatar con las pláticas que tenían varios visitantes de un museo, frente a una vitrina que mostraba unas piedras de moler precolombinas. Uno de ellos decía: Es denigrante que estos instrumentos continúen en manos de las pobres mujeres del campo; desde niñas, muy de madrugada, comienzan a sufrir la tortura de moler el maíz en estas piedras. Hay que hacer que desaparezcan y que venga la civilización moderna a la mujer campesina, por medio de molinos eléctricos.

Cuando se fueron los visitantes, yo me quedé contemplando aquellas piedras y meditando sobre lo que había oído. En eso estaba cuando llegó otro individuo con otro grupo, al parecer de alumnos, y empezó diciendo: Estamos ante uno de los instrumentos más útiles y más antiguos, inventados por el hombre. Si algún día llegan a desaparecer los molinos eléctricos, si algún día las centrales eléctricas son destruidas por guerras apocalípticas, que desgraciadamente se anuncian para el futuro, la piedra de moler seguirá siendo, como siempre, fiel compañera del hombre. Es casi increíble pero debemos admirar y respetar este implemento que ha sido testigo de la trayectoria humana. La piedra de moler vio nacer la noria, el molino hidráulico, el molino de viento y, hoy en día, los molinos

eléctricos, así su función humilde y primitiva sigue vigente a la par de la era electrónica, por ser práctica y segura. Y es muy posible que esta piedra se introduzca en el futuro, sin sufrir ningún cambio, tal como viene desde los tiempos prehistóricos.

Luego, en una reunión, tuve la oportunidad de charlar con el joven que se había expresado en esta forma, y supe que era un arqueólogo extranjero. Su aspecto era atlético, dinámico y sencillo, de carácter jovial y dueño de una cultura general bien cimentada.

Me contó que hacía poco tiempo que estaba en este país el cual le encantaba por múltiples razones. En esos días estaba trabajando en la extracción de piezas arqueológicas del fondo de un lago que presentaba una riqueza asombrosa. Junto con cientos de piezas de cerámica había recuperado, precisamente, varias piedras de moler. Estaba feliz con su trabajo, y además estaba recién casado. Irradiaba vida, salud y optimismo.

Años después, leí en un periódico que este joven arqueólogo había fallecido, en otro país, muy lejos de su lago tan amado y de sus queridas piezas arqueológicas, y supe también que, de acuerdo con su voluntad expresada en su testamento se trajeron a aquel lago sus cenizas, las cuales, dentro de una cajita fueron arrojadas en el centro de las aguas para que se unieran con los objetos que estaban en su fondo, piezas de barro, de jade, obsidiana, pedernal, y piedras de moler.

EL CHIMAN DE TUCURU

Entre ramos de ruda, albahaca, romero y semillas de pito, Julián el chimán de Tucurú, adentro de su cueva, hace girar un muñeco de tusa que pende de un lazo que viene desde arriba donde hay un hoyito que deja pasar, muy delgado, un rayo de sol; rayo que en el piso se convierte en una moneda de oro, cada año, el día 21 de junio.

Julián tiene que meditar, pero el ruido de los aviones que pasan asustando a los pájaros y que irrita al dios del viento, hace que pierda su concentración.

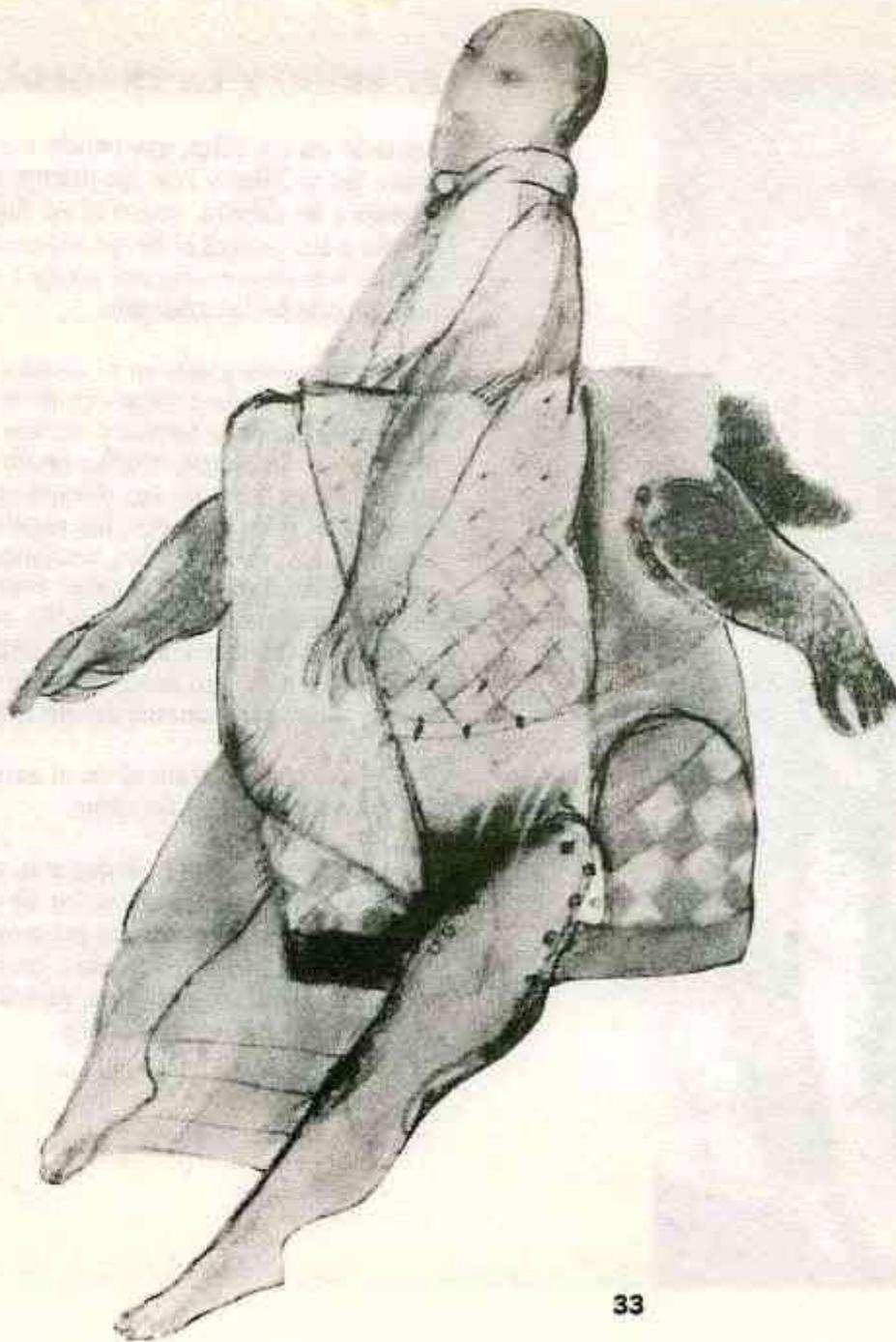
¿Por qué solamente a los indios se les trata de salvajes cuando se salen de su cauce? Los españoles de La Santa Inquisición eran cristianos y, a pesar de ello, esclavizaron, torturaron y mataron sin compasión. Los nazis quemaron judíos, y eran gentes muy instruidas que amaban a Wagner y a Beethoven; y los gringos que mataron con napalm, en Viet Nam, no eran indios de Totonicapán.

Un puro con alfileres, la piedra imán, un pañuelo rojo para que Dios nos libre del mal de ojo.

Una cabeza de ajos, una cuenta de jade y un poco de tierra de muerto dicen que todo eso es muy cierto.

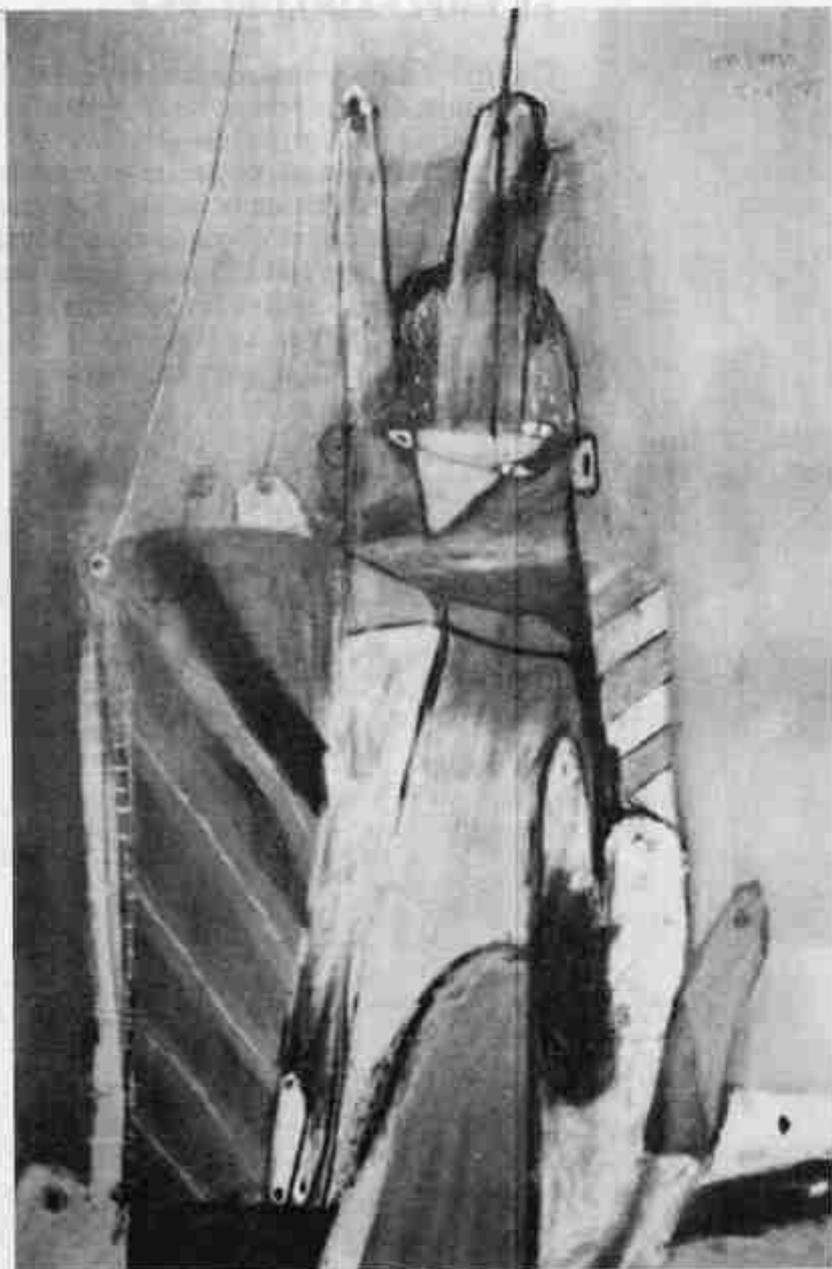
Y esta moneda de oro, hecha por el padre sol, cada 21 de junio, puede ser mañana, a su juicio, otra vez, una gran piedra de sacrificio.

Así vemos a Julián, sentado, como todos los años, pensando en moros y cristianos, con una interrogación entre sus manos.



EL EMPLEADO DEL REY

Con qué cariño y cuidado, aquél padre de familia, camina con su hijito, entre los setos del jardín, cortándole al niño lindas flores, persiguiendo mariposas y jugando con el agua de la fuente. Pues bien, ese padre cariñoso es el empleado especial del Rey, es el que trabaja en las masmorras del castillo, castigando a las personas que critican la política de Su Majestad, desollándolas vivas o quebrándoles los huesos.



EL BRUJO Y LA TRAGEDIA

Sentado en cuclillas, apoyando sus codos sobre las rodillas y con las manos dándole vueltas a su cabeza, como si no fuera de él, le dijo a sus gentes el brujo Manuel: No asistan a la concentración porque los ladinos nos harán traición.

Allí estaban reunidos en el zanjón todos los kekchíes de la población, pero como ellos querían pan, tierras y techos al brujo no le dieron mucha razón, y se fueron en defensa de sus derechos. El alcalde, los alguaciles, los regidores, los mayores, los cofrades, ancianos, mujeres y niños, toda clase de vecinos fueron recibidos, en la plaza del pueblo con el fuego de las ametralladoras, dejándolos tendidos, en lo que antiguamente fue bautizado como Verapaz, muertos así no más.

Tal como lo dijo Manuel en el zanjón: los ladinos hicieron traición.

Ahora Manuel, ante el dolor y la tristeza, le dá vueltas a su cabeza color de papel: Pensándolo bien, mientras no tenga el pueblo suficiente fuerza para hacerse respetar, Dios, ningún dios, estará de parte de los indios de Panzós.

ELISEO Y SUS OSOS

Eliseo era un patriarca viejo que vivía dedicado a sus oficios religiosos, a su familia y a su pueblo, según cuentan las escrituras.

Un día de tantos, cuando este buen hombre subía la pendiente de una montaña, un grupo de muchachos insolentes hicieron mofa de él, insultándolo por su calvicie, a lo cual respondió Eliseo lanzándoles una maldición. Inmediatamente aparecieron unos osos, quienes en un santiamén dieron muerte a cuarenta y dos de aquellos mancebos.

Don Antonio, quién oía, juntamente con nosotros, este relato que nos hacía Aparicio, quien era gran conocedor de asuntos bíblicos, nos dijo: "Hace poco tiempo yo fui testigo de un acontecimiento muy parecido a este. Resulta que en una calle de un pueblo de oriente, del oriente nuestro, naturalmente, un grupo de patanes dispuso divertirse a costillas de un viejo "Eliseo", arrojándole piedras, pero, como en el caso bíblico, para desgracia de ellos, atrás del viejo aparecieron dos hombres fornidos, quienes eran sus guardaespaldas y que portaban ametralladoras automáticas. Casualmente, también, por su corpulencia estos hombres parecían osos, y en un dos por tres, en forma muy práctica, a balazos terminaron con el problema.

Como era de esperarse, en ese pueblo oriental, nuestro Eliseo se convirtió en un tipo respetable, ya que desde entonces todos

los jóvenes, que quedaron para contar el cuento, fueron con él muy atentos y respetuosos.

Por eso nosotros creemos que para vivir en paz, ya que en todo el mundo existen patanes, en todas partes deberían haber osos, hasta que desaparecieran los patanes, dijimos. Y luego nos quedamos pensando: ¿y después que habría que hacer con los osos? .

Realmente don Antonio nos echó a perder la gracia de la historia bíblica.

EL GIGANTE Y LA NIÑA

Hace muchos años vivía, en un país lejano, un gigante gordo y glotón y una niña muy linda que gustaba andar siempre sin calzón.

Como ambos eran vecinos, el gigante andaba loco de amor por aquella dulce niña y porque además de ser bella era buena cocinera.

En un arranque de pasión le declaró su cariño; ella que desde hacía varios años había notado el efecto que su arte culinario y su agraciada figura causaban en el gigante, lo aceptó de inmediato como su prometido. Feliz y dichoso, él fue a hablar con los padres de la jovencita y les pidió su mano, a lo cual accedieron, aunque refunfuñando, tal como lo hace la mayoría de los padres, en esos casos. Luego se casaron y se fueron a vivir a una casa grande y a una chiquita, de acuerdo con el gusto de la niña; esas casas estaban una junto a la otra, comunicadas por medio de una puerta interna; en la casa grande dormía el gigante y en la pequeña, su adorada esposa. Por esa puerta mantenían sus contactos, caricias, pasteles y platos deliciosos.

El, a más de ser goloso, era terco, violento y algo tonto; siempre estaba llamándole la atención por andar sin calzón, pero ella, con paciencia y comilonas, lo puso manso poco a poco y le quitó esa idea de la cabeza.

Todo el mundo sabía que el gigante era estéril, pero como la niña era tan linda, y una vez tuvo en sueños, por medio de un ángel, la noticia de que ella tendría

hijos por la gracia de Dios, siempre que los amigos de la casa fueran bien atendidos, luego aquél dulce hogar se vió lleno de niños, y los esposos fueron muy felices; además debemos saber que el Rey de ese hermoso país, que en realidad era un reino encantado, llegó a ser el principal amigo de ellos, les obsequió muchas cosas, a ella en especial, le regaló una gran talega de oro.

Así pudieron vivir, estos esposos, felices y dichosos; él goloso y glotón y ella, siempre sin calzón.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado.— ¡Elba, por el amor de Dios, tú también no usas!

EL PESCADOR Y LA NIÑA POBRE

Un viejo pescador que favorecía a una niña pobre, vecina suya, muy bella y muy triste, proporcionándole una porción de pescado fresco diariamente, cierto día le dijo a la niña: tienes que valerte por tí misma porque ya eres una mujercita. Quien recibe un pescado se alimenta un día, pero a quien se le enseña a pescar, se alimenta toda su vida, por eso yo te enseñaré a pescar.

Ella por contestación colocó su cabecita rubia sobre el recio hombro del pescador y sonriendo lo miró dulce y tiernamente.

Así fué como él se enamoró de ella. Era tan grácil, tan inocente, tan bella.

Y pararon casándose, a pesar de la gran diferencia que había en sus edades, y fueron muy felices.

Ella nunca se decidió a pescar, pero en cambio todos los días tenía su buena ración de pescado fresco, gracias a que su amante esposo era un gran pescador.

Bueno, en realidad ella también era una buena pescadora...

¿No es verdad señora mía?

Sus redes eran de maravilla.



SEPELIO

Al entierro de Pedro fuimos muy pocos: María, su mujer, con los cinco patojos que él le dejó, y que caminaban mezclados entre don Roque el alcalde, Poncho el carpintero, Chilano el chiflado del pueblo y yo, que agarrado del brazo de la Chabela y de mi bastón, caminaba cojeando, como ese chucho que fue, podemos decir, la sombra de Pedro.

Como cosa rara, sobre nuestras cabezas flotaba una nube negra, muy negra, que parecía ser una reproducción gigante del ataúd donde llevábamos a Pedro.

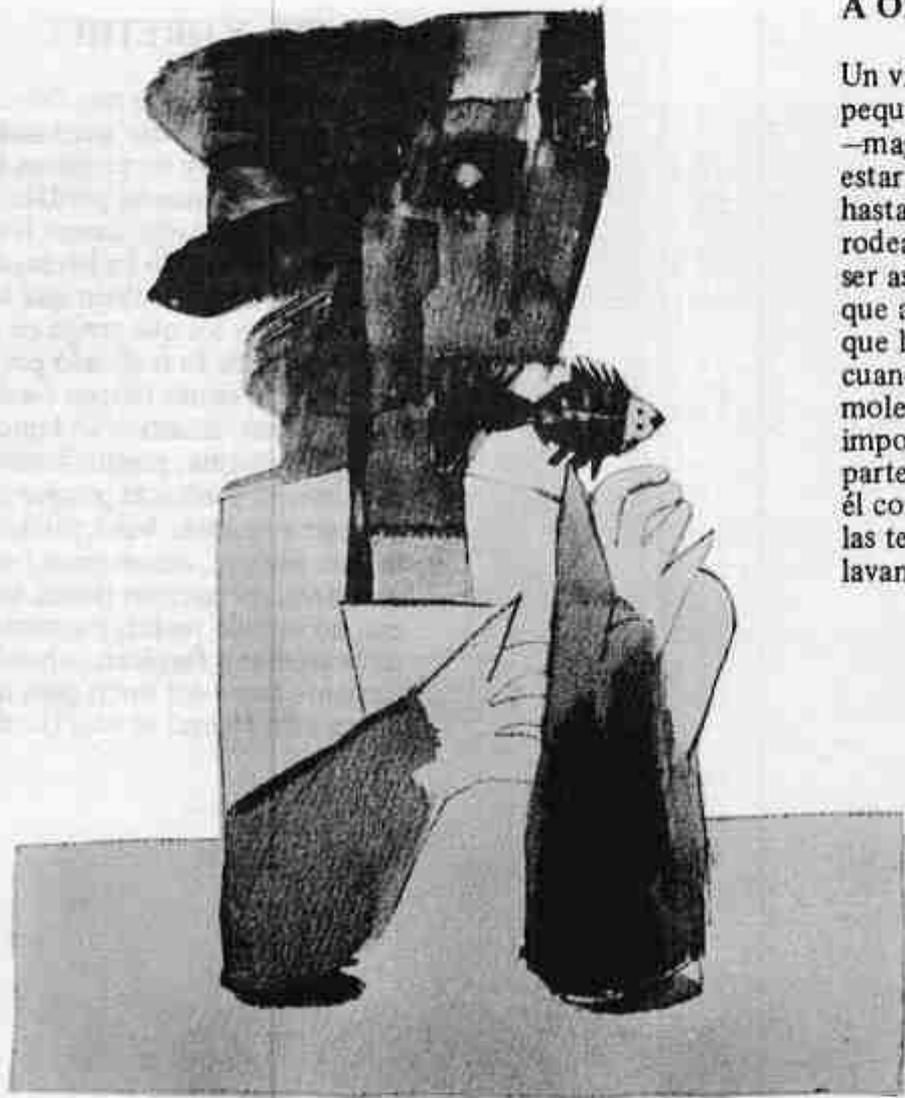
Allá, en el poblado, quedaron llorando la Teresa, la hija del alcalde, y la Juana, la hija del carpintero. Yo creo que este Pedro se las...

Bueno, ¿y esta babosa de la Chabella por qué llora también? . Tal vez por eso me parecía oír, algo así, como que una risita salía del cajón de Pedro.

En fin, que le vamos a hacer. Yo también con la María... y con la..., pero eso es aparte.

HANSEL Y GRETHEL

Nuestro Padre quiere que lloremos y que le pidamos misericordia, pero nosotros aceptamos nuestro destino y no pedimos misericordia. Bien sabemos que él nos ha perdido aquí en el bosque para que nos coman las fieras y sabemos que esto lo ha hecho con todos sus hijos, y sabemos también que lo seguirá haciendo con los que tenga en el futuro. Pero al contrario de lo realizado por nuestros hermanos, quienes tiraron piedrecitas en el camino, nosotros andamos sin nada, conscientemente, porque hemos descubierto su misterio, y además porque no queremos regresar a su casa. Aquí, mientras nos llega la muerte, comeremos frutas silvestres, cortaremos flores, soñaremos con un mundo mejor, jugaremos y nos dedicaremos a fornicar, echando la simiente fuera del surco para que no nazca otro Hansel ni otra Grethel.



A ORILLAS DE LA VIDA

Un viejecito de ojos de bacalao y cráneo pequeño y alargado, mondo y lirondo, —magnífico modelo para el Greco— no aceptaba estar viviendo en un asilo de ancianos, donde hasta los árboles estaban chochos, rodeando una fuente sin agua. El no quería ser asilado, sino visitante. Era muy cierto que a él le temblaban las manos y la cabeza, que la pierna se le acalabraba de vez en cuando y que una tos, demasiado terca, le molestaba en la madrugada, pero eso no importaba, porque su corazón y algunas otras partes de su organismo repicaban recio cuando él contemplaba las piernas de la enfermera, las tetas de la doctora y las nalgas de la lavandera.

ALGO RELACIONADO CON NUESTRA EPOCA

Vivimos en una situación de angustia, de incertidumbre, de inseguridad y de terror.

Grupos de criminales, organizados, armados y patrocinados por gentes que luchan por obtener el poder político y económico del país, asesinan diariamente, con entera impunidad, a estudiantes, intelectuales, campesinos y obreros que, según ellos, pueden ser obstáculo para sus fines.

Dentro de este estado de cosas ¿cómo es posible lograr un punto de apoyo para pensar en la creación de obras de arte? . Bueno, pues únicamente uniéndose a los poderosos burgueses que dominan nuestro mundo, o bien, tomando el camino del aislamiento y del anonimato.

Así vivimos aquí, sin Dios, sin fé y con la esperanza sentenciada a muerte.

¿Cómo no! , dirán desde sus tumbas nuestros antepasados y nos preguntarán: ¿Cómo creen ustedes que era la vida en la antigüedad? . Y quizá oiremos que alguien diga por allí: ¿Se acuerdan de cuando pintamos las cuevas de Altamira? .

EL SIQUIATRA

Era un hombre ni muy joven ni muy viejo, alto, fuerte, ágil, inteligente y de buenas maneras; de arte no entendía mucho, cosa que también le sucedía en el terreno de la política, no así en lo tocante a la religión, donde estaba su mero fuerte. De no haber abrazado la carrera científica es seguro que hubiera sido religioso rematado.

En su clínica, sobre unos libros de Patología, este doctor, mantenía colocado un pequeño busto de Beethoven, hecho en yeso, pero nunca había pasado por su mente que este gran músico hubiera oído mentalmente sus grandes composiciones, antes de trasladarlas al pentagrama. El paciente, músico de la Orquesta Sinfónica Nacional, que en la charla de la consulta, hacía poco se lo contó, le había dicho que él también oía su música en esa forma, y esto que dijo el músico le acarrió al doctor unas preguntas: ¿Los pintores y los escritores sentirán sus obras antes de trasladarlas a lo material? ¿Hasta dónde llega el límite que debe existir entre la fantasía y la locura? ¿Y el mundo de lo místico tiene límites con el mundo real?

De pronto sintió que estaba entrando en un terreno que no era firme, donde su fé podía perderse, ya que él creía en la existencia de Dios, en la de los ángeles y en la de los santos, a quienes rezaba diariamente, y hasta creía también en la existencia del diablo. Muchas veces había reñido con este espíritu maligno por haberlo instado a cometer pecado.

Si, él hablaba con los espíritus, pero San Francisco habló con los pájaros, Santa Teresa platicaba con Jesús, y la Bernardita lo hacía con la Virgen, Juana de Arco oía voces... ¿Entonces que de raro había en él, que un médico siquiatra, hablara con Dios y con el diablo? .

EL ESCAPULARIO

En una finca de la Costa Sur, Juan miraba la tranquilidad del campo: de un lado el interminable cerco de cocales que cadenciosamente se movían como mujeres orgullosas de sus turgentes frutos y de sus cabelleras sueltas; del otro lado se extendía la alfombra verde de los cañaverales que empezaban a crecer. A lo lejos, las grandes ceibas se hermanaban con las montañas, recortando sus formas, bajo un cielo inmensamente azul. Eran, más o menos, como las tres de la tarde.

Juan tenía dieciocho años, era delgado, alto, fuerte y de un color moreno como de barro quemado, estaba descalzo, cubierto únicamente con un pantalón de lona bastante raído, y presentaba el torso desnudo en el que pendía un escapulario, pequeño, de la Virgen del Carmen; este escapulario se lo había dado su madre, cuando él era muy patojo, con la condición de que no se lo quitara nunca porque era milagroso.

A pesar de la tranquilidad de aquella tarde, algo presagiaba que el tiempo iba a cambiar; en el oriente surgieron unas pequeñas nubes grises que fueron avanzando hasta llegar a ser grandes nubes negras, que cubrían todo el panorama. El aire soplaba con fuerza y enfriaba dando escalofríos; era seguro que ya venía la lluvia, se sentía el olor a tierra húmeda, los pájaros pasaban volando bajo, buscando la protección de los árboles.

Pronto se vieron relámpagos lejanos y al

instante, junto a unos goterones, se oyeron varios truenos. Una cortina de agua venía amenazando invadirlo todo, y así fue, pues la lluvia azotó con furia la zona entera.

Juan se dió cuenta de que ya no le daba tiempo para llegar a su rancho y corrió a guarecerse debajo de la ceiba más próxima.

Una gran luz encandiló todo, en medio de un trueno gigantesco. A la ceiba se le rompió una enorme rama que quedó vencida y desgajada y, abajo, entre un charco, estaba Juan, retorcido como un cuero de lagarto, quemado por el rayo.

Los vecinos y las autoridades identificaron a Juan por el dicho de Don Chalo, quien presencié la tragedia, desde lejos, y también por el escapulario aquel, el cual quedó intacto. Si señores, así como lo oyen: intacto.

SERES EXTRATERRESTRES

Yo me había quedado sólo en el Hotel Nimajay, porque mis compañeros se habían ido a visitar a unos sus conocidos y, además, porque yo no quise acompañarlos. Me sentía muy cansado a causa del viaje, esa era la verdad. Tanta lluvia, el camino tan malo y... las botellas de coñac.

Recuerdo que en el trayecto, cuando veníamos en el carro, salió a plática el asunto de la posibilidad de que puedan existir seres extraterrestres entre nosotros. Esto lo dijimos al calor de los tragos, pero bien me acuerdo del asunto.

Me reí mucho e hice varias bromas al respecto, porque para mí esas cuestiones eran puras babosadas.

Pues bien, aquella noche, sintiéndome aburrido en el cuarto del hotel, dispuse salir a la calle para distraerme un poco y para conocer la vida nocturna de Chichicastenango.

Gozando del fresco de la noche fui caminando hacia la plaza; ya eran como las nueve, pero parecía, dado el silencio y lo desierto de las calles, como que era bastante más tarde.

En las gradas del atrio de la iglesia, la cual estaba cerrada, chisporroteaba el fuego del quemadero de pom, fuego que era alimentado por un indio viejo que, estando de pie, balanceaba un incensario de hojalata, y lanzaba pom al quemadero.

Ante ese viejo chimán estaba hincado un matrimonio indígena; tan juntos se encontraban los jóvenes esposos que parecían tener un solo cuerpo, entre sus trajes multicolores, pero con dos caras que, entre el humo y bajo el resplandor del fuego, surgían como dos máscaras de cobre bruñido.

La figura del viejo se recortaba, bien definida, en el blanco calizo del templo, y su sombra gigante se movía sobre las piedras carcomidas.

Yo era el único espectador de aquella escena. Y desde un rincón, donde por las mañanas, cuando es día de mercado, se coloca el peluquero con su silla y su espejo, yo miraba que el brujo tomaba aguardiente de una botellita y al mismo tiempo echaba unos pocos de licor sobre el fuego, pronunciando, entre dientes, algo que me era inteligible; susurraba sus oraciones en quiché.

No dirigía sus palabras a los devotos allí presentes, ni a los santos que estaban dentro de la iglesia, sino que, según lo decía su mirada y sus ademanes, era para los oídos de alguien que estaba entre el humo del pom, entre las llamas y las chispas que se retorcían con el viento.

Yo hubiera querido permanecer más tiempo presenciando esos ritos, pero el frío me mordía a causa de que no me encontraba bien abrigado. Y entonces, pegado a la pared, procurando no hacer ruido, me dirigí al hotel para aprovechar



el calor del fuego de la chimenea y el poco de coñac que me estaba esperando.

En el recorrido, que en realidad era muy corto, se me vino a la mente que el chimán hablaba con seres espirituales, de esos que se mezclan con nosotros.

En ese momento recordé las misas de las iglesias católicas, los cultos evangélicos, los ritos judáicos y las costumbres budistas.

Mi abuelita rezaba el novenario de varios santos y asistía a muchas procesiones, y yo mismo, a la par de aprender el catecismo aprendí un montón de oraciones; le rezaba hasta al ángel de mi guardia, porque yo tenía ángel de la guardia, aunque realmente nunca supe cómo era y si en realidad se preocupaba de mi persona, o nó.

Total es, según parece, que vivimos rodeados de seres extraterrestres a quienes hablamos diariamente, sin estar seguros de que ellos nos escuchan.

Sí, así es, pero no sé si el coñac...

Y yo hice bromas hoy en la mañana...

Bueno...

A RAIZ DEL TRIUNFO

El dictador ha sido expatriado, la revolución ha triunfado, la alegría popular es enorme. Todos los periódicos hablan, desde sus grandes titulares, de la caída del tirano y del triunfo del pueblo. Hasta los periódicos de origen conservador ya no dicen "su excelencia" cuando se refieren al expresidente, ahora lo muestran como un déspota sanguinario.

Juan, en el interior de su casa, todavía fatigado por el penoso trajín guerrillero, mira a su mujer que entra y sale de la cocina preparando el café.

Ahora él tomará otra vez ese café saturado con la paz del hogar; ese hogar que hacía poco era solo un recuerdo que caminaba pegado a su corazón, entre las montañas, los ríos y los valles.

El está allí, feliz, al lado de los suyos, pero flotando queda el recuerdo de los mártires que quedaron perdidos en los montes sin cruces y sin flores.

Las manos finas de su esposa le tienden la dulce taza de café.

El excombatiente habla lentamente, casi consigo mismo: —el dictador ha desaparecido, la revolución ha triunfado... Los hombres que explotaban a los trabajadores con el fin de vivir en grandes mansiones de lujo, entre joyas, mujeres bellas y coquetas, manjares, vinos delicados, automóviles de último modelo, obras de

arte y múltiples diversiones, han desaparecido, ahora somos nosotros los que vamos a gobernar...—

La esposa, le interrumpe con cariffo: —¿quieres más café? —

Juan extiende el brazo, con la taza fuertemente sostenida por su mano negra de sol y cruzada de cicatrices.

Su hijo más grandes, un efebo imberbe, se le acerca y con la cara alegre le lanza; así a quemarropa, la idea que tiene en mente: — ¡entonces, desde hoy, nosotros seremos ricos y viviremos felices porque los indios trabajarán para nosotros! —

EN EL PARQUE CENTENARIO

Voy a sentarme un rato en este escaño.
Me siento cansado; ¿pero por qué razón
estoy cansado? , si en realidad he caminado
muy poco.

Bueno, la cosa es que ya no soy aquel
muchacho que antaño venía al parque a ver
patojas y a oír los conciertos de la Banda
Marcial; ahora soy un viejo jubilado, como
muchos que están aquí, medio dormidos a
fuerza de vivir medrando.

¡Ah! , las tablas de estos benditos escaños
son de lo más incómodo, pero no hay otro
remedio que usarlas.

La mañana está magnífica, el sol es
delicioso.

¡Caramba! , que hermosura de mujer, es
fantástica.

Muy bien, ya que estoy aquí, voy a
aprovechar el rató para que este hombre
mugriento me lustre los zapatos.

No, gracias, billetes de la lotería, no.

Ojalá que éste no me manche los calcetines.

Aquí viene a sentarse otro viejo; vamos a
ver si no empieza a platicarme de lo malo
que está la situación actual comparada
con la vida regalada de la época de Ubico.
También puede ser que me hable del
maldito reumatismo y de lo degenerada que
está la juventud en este tiempo. Bueno,

yo no he sido un santo pero...

Buenos días. Siéntese, siéntese.
Está limpio, son unas hojitas de este
árbol. Sí, a veces los pájaros...

Pues sí, por fortuna desde el sábado ya el
tiempo se compuso, pero los últimos días
del mes pasado con tanta agua... puro
temporal.

Sí, lo principal es la salud, lo demás,
poco a poco lo vamos pasando.

No, yo no trabajé allí.

Ah, pero que bueno.

Yo también estoy jubilado.

No, no crea. Igual me tocó a mí.

Hay que hacer milagros para que alcancen los
centavos.

Sí, cada día todo se pone más caro.

¡Qué esperanzas! , al contrario, es
posible que los precios suban más.

Eso que dice usted sería bueno; lo malo
está en que si aumentan los sueldos, las
pensiones, las jubilaciones y los montepíos,
inmediatamente los comerciantes le suben
el precio a todos los productos.

También eso sería muy bueno, pero es un
sueño, no lo veremos nunca porque ellos
tienen el sartén del mango.

Sí, si me recuerdo. Antaño nuestro país era tranquilo, mejor dicho: era muy tranquilo, completamente tranquilo y ordenado. Pero por lo que vemos, ahora que aquello pertenece al pasado, la gente era correcta por temor a la cárcel y al látigo.

Es triste decirlo, pero la verdad es que, como decían los antiguos egipcios: la plebe tiene los oídos en la espalda y es el látigo lo único que oye y puede entender.

¿Cómo dice? , ¿hasta 1940? .

Sí, el quiosco estaba en el centro, allá enfrente, en el parque, y adelante de él se encontraba el monumento a Cristóbal Colón, que ahora fue a parar a la Avenida de Las Américas.

¿Las fuentes? . Eran unos espejos de agua muy hermosos y...

¿Cómo no! nenúfares. Ya no me acordaba de eso.

Faroles de bronce y estatuas de mármol. Quién sabe...

Todo lo quitaron, creo que algo de eso está en Quezaltenango.

Los terremotos hicieron mucho, pero la negligencia y el vandalismo... usted sabe, es peor.

Pero por suerte no todos.

Han pasado tantas cosas en este lugar, desde cuando se llamaba Plaza de Armas.

Aquí donde estamos sentados era el Palacio Nacional, antes llamado Palacio de los Capitanes Generales.

Hasta principios del presente siglo esta plaza estuvo empedrada. Bueno, así eran también todas las calles, y el tranvía recorría la ciudad, de norte a sur. El norte terminaba en el Parque Morazán y el sur en la dieciocho calle, esto, como es natural, hablando del centro de la Ciudad, porque lo demás era suburbio.

¿Una pila? , ¿en la época colonial?

Era la dedicada a Carlos III, por cierto, el monarca más inteligente y culto que ha tenido España. Es la misma que vemos ahora allá en la zona nueve, en el centro de la Plazuela España, precisamente.

Frente a la catedral estaban, hasta el siglo pasado, los cajones del mercado, los cuales, en realidad, eran unas barracas donde los mercaderes vendían sus mercancías. Atrás de la iglesia no existía mercado alguno, pues allí estaba el cementerio.

Este lugar ha sido, muchas veces, escenario de actos que han conmovido al país.

Si señor, aquí enfrente, se dieron los gritos de independencia el 15 de septiembre de 1821, por el grupo de ciudadanos encabezados por doña Dolores Bedoya.

Claro, maguer el movimiento venía desde mucho tiempo atrás, pero este día fue cuando reventó.

Hubo marimba, cohetes y bombas voladas. Ese día, según dicen, unos individuos exaltados rompieron el retrato de don Pedro de Alvarado, retrato que era propiedad municipal.

Aquí, a nuestra derecha; en la esquina, más o menos, estaba la sala de sesiones del Palacio de los Capitanes Generales, donde se firmó el acta de la independencia, y, en este lugar, en la puerta principal se efectuaba diariamente el cambio de guardia y era donde se celebraba la retreta.

Si, también pasaba aquí el Jefe de Día, montado a caballo. Pues sí, se llamaba Jefe de Día aunque era de noche cuando desempeñaba sus funciones. Iba, acompañado de su asistente, en aquellos corceles que eran el orgullo de la época.

Perdone, ¿cómo dice? .

Usted tiene razón, los viejos vivimos del pasado, y por vivir soñando no nos damos cuenta del presente.

Pues claro, ya lo ve usted.

Muchos acontecimientos interesantes, buenos y malos, porque este sitio también ha visto escenas de sangre y muerte.

Exacto, en 1870 aquí desfilaron los conservadores con la cabeza ensangrentada de don Serapio Cruz.

A este Mariscal lo habían decapitado en Palencia.

Don Federico Hernández de León en sus famosas efemérides... "El libro de las Efemérides", cuenta tantas cosas.

En aquellos tiempos la ciudad era chata y todas sus casas eran de techo de teja, los balcones eran de hierro forjado y los portones enmarcados en piedra.

La fachada de la catedral y su atrio han sufrido algunos cambios a causa de los terremotos.

Sí, en el atrio se mantenía un montón de limosneros, eran los que dormían en el Portal del Señor. Miguel Angel Asturias lo cuenta en "El Señor Presidente".

Muy bien recuerdo que allá por el año treinta todavía dormían varios pordioseros en el Portal del Comercio.

No, Pipo, no era mendigo, ese enano era el campanero de la Catedral

¿La fachada de la iglesia? .

Entre el tímpano y los campanarios estaban las esculturas que representaban a Santa Rosa y a Santa Clara. Si, de piedra arenisca, igual que lo es el resto de la fábrica. Dicen que esa piedra vino de la finca El Naranja, que era propiedad de los Aycinena.

En el atrio estaban cuatro grandes estatuas,

también de piedra, sobre unos pedestales, que se intercalaban con columnas rematadas por unas ánforas decorativas. No, no eran apóstoles, eran los evangelistas.

San Juan tenía levantado el brazo derecho, y en el izquierdo sostenía un libro. Al pie del pedestal de este santo fue donde una señora mató a balazos a un individuo que le decían el negro. Esto fue a raíz de la caída del gobierno de don Manuel.

En esos días fueron los famosos linchamientos. La cosa empezó en la séptima avenida y octava calle.

En el Colegio de Infantes tenían, los unionistas, arrestados a muchos cabreristas, y al sacarlos de allí para llevarlos, quién sabe a dónde, el populacho se apoderó de ellos y los linchó.

A unos, después de lincharlos los ataron al parachoques de un automóvil y los arrastraron, dándoles varias vueltas alrededor del parque.

En todas partes se cuecen habas. El hombre en cualquier lugar es el mismo. En cuanto hay una oportunidad salta la bestia.

Si pues, era la misma gente que asistía a las procesiones de Semana Santa, a la procesión del Corpus y...

¿Recuerda usted, como eran de alegres las festividades del Corpus?

De patojo, a mí me traían a todas estas procesiones y actos litúrgicos.

Recuerdo que a la procesión de la Virgen del Socorro la llamaban de Rogación, se hacía en el mes de mayo y decían que era para que lloviera. Los indios, para el mismo asunto, en lo que es ahora los Estados Unidos de América, bailaban tocando unas sonajas.

Aquí, hasta hace poco, bueno, no tan poco, en tiempo de Ubico, en el Portal del Comercio tocaba la marimba de la Policía, para las fiestas nacionales y para el cumpleaños de él. Esto era frente al almacén de los Buonafina. Los alrededores eran adornados con banderas y faroles de colores, generalmente de azul y blanco.

La Banda Marcial tocaba en el quiosco y por las noches había fuegos artificiales.

¿Cómo dice? .

Emilia se llamaba ella. Creo que desde el terremoto de 1917 se quedó vendiendo fruta allí, frente a la entrada del pasaje Rubio.

Sí, así es.

A pesar del tiempo que ha pasado y de todos esos nuevos edificios, que han ido apareciendo vemos que el Palacio Nacional mantiene su elegancia, igual que la Catedral, aún no teniendo ella sus famosas esculturas.

Esto es porque sus valores formales son de gran calidad.

El arquitecto que hizo el Palacio fue don Rafael Pérez de León.

también de piedra, sobre unos pedestales, que se intercalaban con columnas rematadas por unas ánforas decorativas. No, no eran apóstoles, eran los evangelistas.

San Juan tenía levantado el brazo derecho, y en el izquierdo sostenía un libro. Al pie del pedestal de este santo fue donde una señora mató a balazos a un individuo que le decían el negro. Esto fue a raíz de la caída del gobierno de don Manuel.

En esos días fueron los famosos linchamientos. La cosa empezó en la séptima avenida y octava calle.

En el Colegio de Infantes tenían, los unionistas, arrestados a muchos cabreristas, y al sacarlos de allí para llevarlos, quién sabe a dónde, el populacho se apoderó de ellos y los linchó.

A unos, después de lincharlos los ataron al parachoques de un automóvil y los arrastraron, dándoles varias vueltas alrededor del parque.

En todas partes se cuecen habas. El hombre en cualquier lugar es el mismo. En cuanto hay una oportunidad salta la bestia.

Si pues, era la misma gente que asistía a las procesiones de Semana Santa, a la procesión del Corpus y...

¿Recuerda usted, como eran de alegres las festividades del Corpus?

De patojo, a mí me traían a todas estas procesiones y actos litúrgicos.

Recuerdo que a la procesión de la Virgen del Socorro la llamaban de Rogación, se hacía en el mes de mayo y decían que era para que lloviera. Los indios, para el mismo asunto, en lo que es ahora los Estados Unidos de América, bailaban tocando unas sonajas.

Aquí, hasta hace poco, bueno, no tan poco, en tiempo de Ubico, en el Portal del Comercio tocaba la marimba de la Policía, para las fiestas nacionales y para el cumpleaños de él. Esto era frente al almacén de los Buonafina. Los alrededores eran adornados con banderas y faroles de colores, generalmente de azul y blanco.

La Banda Marcial tocaba en el quiosco y por las noches había fuegos artificiales.

¿Cómo dice? .

Emilia se llamaba ella. Creo que desde el terremoto de 1917 se quedó vendiendo fruta allí, frente a la entrada del pasaje Rubio.

Sí, así es.

A pesar del tiempo que ha pasado y de todos esos nuevos edificios, que han ido apareciendo vemos que el Palacio Nacional mantiene su elegancia, igual que la Catedral, aún no teniendo ella sus famosas esculturas.

Esto es porque sus valores formales son de gran calidad.

El arquitecto que hizo el Palacio fue don Rafael Pérez de León.

Muy bueno. Esto fue en 1940. Caramba, cómo se pasa el tiempo.

¿Qué? , Ah, sí, eso sí, no solo ha aumentado sino que la mayoría es admirable. Mire pues, a esa mujer. Es increíblemente bellísima.

Ahora todo está malo en nuestro país: la economía, la política, las ciencias, las artes, las religiones, la justicia... las costumbres en general, todo, completamente todo, menos las patojas.

Lastima grande es que nosotros ya vamos cuesta abajo.

No, no crea, no estoy muy bien de salud. Las apariencias engañan. Siento que me estoy acercando al ataud.

Usted tiene razón: mientras hay vida, hay esperanza.

Ya son las once, es hora de salir corriendo.

No, no tengo. Yo no puedo comprar ni siquiera una bicicleta, menos un automóvil. Voy a buscar la camioneta. Tomarla es una verdadera lucha. Hoy en día todo es incomodidad.

Estos muchachos no lustran bien los zapatos, pero qué le vamos a hacer.

Ahora le toca a usted. Tenga cuidado, no sea que le manchen sus calcetines.

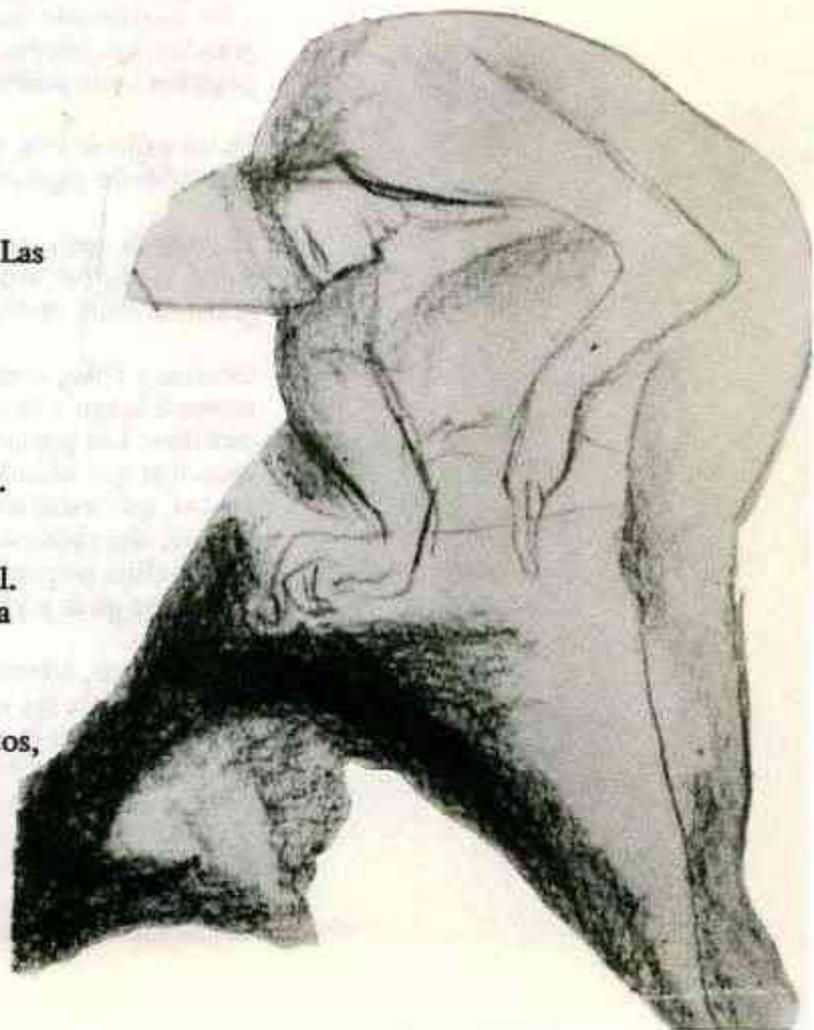
Bueno, me voy, si nó, se me hace tarde.

Encantado de conocerlo.

Muchas gracias...

Sí, muchas gracias, que pase buen día.

Gracias, muchas gracias.



LA CAMIONETA

En un pueblecito de Quezaltenango, una madrugada muy fría, bajo neblina espesa y chapoteando el agua de los charcos, de la lluvia de la noche anterior, muchas gentes subían, enchamarradas, a una camioneta; eran pasajeros que iban a Chiantla. Los niños pequeños bien entrapajados dormían entre los brazos y los perrajes de sus madres, y los más grandecitos, medio dormidos, caminaban pegados a sus padres o a sus abuelos.

Ni un gallo se oía, solamente las toces rejodidas de algunos viejos.

Cuando la camioneta ya estaba llena, subió el chofer, con chumpa de poncho y gorra de lana, metida hasta las orejas.

Gracias a Dios, el motor, arrancó luego y la camioneta empezó a caminar. Las gentes se persignaron y las lucecitas que alumbraban los cuadrillos de los santos, que estaban junto al puesto del chofer, alumbraron el letrero, pintado en una cortina pequeña, que decía: "Dios me guía y yo manejo".

Poco a poco, a través de los vidrios empañados de las ventanillas, se fueron viendo las luces mortecinas de la carretera. El chofer con la palanca de velocidades, adornada con flecos de tela plástica de vivos colores, manejaba a su gusto y metía más y más gasolina, para ganar tiempo, porque estaban muy atrasados. Arriba de la camioneta, en la

parrilla, las lonas tremolaban bien mojadas, como grandes aletas de pescado.

La camioneta corría a cien kilómetros por hora. Fue la camioneta que se desbarrancó.

LA ESTAMPITA DE JESUS DE CANDELARIA

En el cuartel de policía donde prestaba sus servicios, Esteban López Tucur, procuraba siempre ser atento y fiel cumplidor en todo lo que se le ordenaba. Tres años tenía de estar de alta, aquí en la capital, donde la vida era mejor que estar sembrando maíz en el campo o criando gallinas con aquellos viejos cabrones que lo hacían trabajar como animal, y que le pagaban muy poco. No, no había vuelta de hoja, en la capital estaba mejor y además era agente de la autoridad.

Ahora estaba en su casa, gozando su día de franco, en espera de que su mujer le diera de almorzar un pedazo de carne asada con chirmol y el plato de frijoles con cebolla, ajo, apazote, sal, queso fresco y chile verde, que tanto le gustaba a él.

Acostado, todavía con la ropa de fatiga, sobre su cama de hierro, miraba su chumpa, colgada de un clavo en la pared llena de hoyos y grietas, y su gorra boca arriba, sobre un cajón de madera, que dejaba ver la estampita de Jesús de Candelaria, que él mismo había pegado en el forro, poniéndole encima un pedazo de plástico. ¡De tantos peligros que le había salvado esa estampita! La Lupe se la regaló cuando él se la estaba cantineando. Su mujer no sabía nada de esto, ella creía que era un regalo de su mamá. Caramba, cómo se pasa el tiempo, entonces él vivía en la finca La Morena; han pasado ya casi diez años, talvez más... era un

jovencito y la Lupe, una patoja. Quien sabe como estará ella a estas horas, y él es un hombre cansado, casi agotado.

El día de ayer había estado muy fregado, pues en la mañana fue lo de la caminata en los barrancos, buscando a unos hombres que, según decía el jefe, eran peligrosos, y total: después de tanta vaina, no hubo nada, se hicieron humo. Y en la tarde, aquellos dos patojos babosos que fueron sorprendidos pegando carteles en las paredes de un puente. Mejor se hubieran entregado, pero salieron corriendo y no hubo más remedio que meterles los plomazos.

En esto estaba pensando cuando entró al cuarto su mujer, quien puso el plato de frijoles sobre la mesa, junto a las tortillas; regresó a la cocina para traer la carne, el café y los cubiertos. Cuando volvió con las cosas, ella le dijo: Bueno, levántate a comer, sino se te va a enfriar todo esto. Esteban se incorporó, dejando la pistola en un rincón de la cama, y con los zapatos sin amarrar y el cincho desabrochado, jaló un banco y se dispuso a comer. Las tortillas están buenas... o tal vez las siento buenas por el hambre que tengo, dijo.

La mujer se sentó en la orilla de la cama y limpiándose las manos con su delantal le habló: Se me había olvidado contarte que, según dicen, ayer mataron al hijo de la Lupita, ¿te acordás de ella? , aquella muchacha que vivía allá en la finca, junto a nosotros, la hija de don Justo, quien te curó el brazo.



Claro que te acordás, si hasta creo que ella te gustaba. Pues bien, ayer mataron al patojo, dicen que por pegar papeles en las paredes de un puente.

La mirada de Esteban se quedó fija en la estampita de Jesús de Candelaria. La..., dijo. ¡Ah, que mierda! , ¿Por qué me contás eso ahora? , ¿Qué jodidos me importa a mí? .

ALMAS PERDIDAS

En aquella isla del diablo, llamada de las almas perdidas, yo ví que el Doctor Moreau hacía injertos extraños en el cuerpo de unos animales, uniendo partes de otros, muy diferentes de tipo y de tamaño, obras delicadas pero monstruosas de este cirujano genial, que loco luchaba con la ciencia por llegar a construir seres humanos con varios miembros de animales.

Después de muchos esfuerzos por fin logró construir algunos monstruos a los que mantuvo a raya, con el miedo al látigo y a los mandamientos severos que él les inculcaba.

Recuerdo que de su laboratorio salió un rinosaurio, un jirafoso, un sierperro, un tortugallo, una chimpancebra y un burrocan, a la par de una damayegua, mezcla de mujer y yegua. El cuerpo de esta hembra era precioso pero su cabeza era torpemente caballar. A escondidas del doctor ella tuvo que ver sexualmente con todos los machos de la isla; yo mismo tomé parte de esas orgías de lujuria.

Y, cierto día, en un ataque de celos quise matarla.

Hoy temprano, dí gracias a Dios de que todo haya sido solo un sueño, resultado a causa de la lectura que hice, hace algunos días, de la obra del escritor inglés Herbert George Wells, pero me ha quedado un sabor amargo, como el del recuerdo de unos pecados que, quizá, hace siglos que

yo cargo; y oigo, allá lejos, unos relinchos que me llaman.



MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Sí, querida amiga, este alicate es bello al igual que lo son los martillos, los yunques y las pistolas.

Muchas veces hemos soñado con una pistola, tal como sueñan los niños con los juguetes y los muchachos con las piernas de las sirvientas. Debes saber que son muchas las ocasiones en que admiramos las formas de un automóvil con la misma admiración con que vemos a una mujer bella.

Recuerdo que una vez una niña besó un reloj, al recibirlo como regalo de cumpleaños, con la dulzura con que se besa a un ser amado. Así también, un amigo, al calor de unas copas de vino, confesó que, en su juventud, había estado enamorado de una bicicleta.

Hoy tengo entre mis manos este alicate, solo para gozar lo fuerte y lo flexible de sus formas que se hermanan con las tuyas, esas formas que muchas veces me aprisionan con fuerza, cuando en el amor se apasionan.

EL TIEMPO

**Aquella mujer que yo amé con locura
era para mí la más bella de las bellas.**

**¿Qué tienen los ojos de los enamorados,
que logran transformar a las mujeres
comunes y corrientes en bellas dulcineas? .**

**Pero, con el tiempo, la presencia diaria
de esa mujer fue borrando la aureola de
ilusión e hizo surgir la cruda realidad.**

**Si nos hubiéramos separado a tiempo,
ella viviera en mi mente como un sueño
agradable, sin embargo esto no pudo ser,
y ahora que el fuego se ha apagado, las
cenizas molestan el ambiente, y,
lo que es peor, el invierno avanza.**

EL MIEDO Y LA MUERTE

Leticia, ¿tú dices que le tienes miedo a la muerte? ¿pero, por qué temerle si ella desde un principio ronda nuestras vidas? Nacemos con la muerte a nuestras espaldas; mira un parto y comprenderás lo que quiero decirte, además piensa que de ella únicamente vemos su acción sobre el mundo que nos rodea, pues cuando la muerte llegue a tocarnos, nuestra consciencia dejará de existir, ¿a que temerle entonces, si jamás hemos de verla?

Esta idea no es de hoy, ni es nuestra, es de Epicuro, un viejo griego que se preocupó de este asunto; él fué el que dijo "cuando nosotros vivimos no existe la muerte, y cuando llega la muerte, nosotros ya no existimos".

Eres muy hermosa Leticia, pero no te pongas tan pensativa, mejor hablemos de otra cosa, de tus ojos, de tus labios, de tu cuello, de tu pecho... de una rosa.





¿SANTOS?

¿Que si yo nunca he visto a un santo?
Pues bien, he conocido dos o tres hombres
buenos, modestos, generosos, amables,
atentos, sencillos y serviciales, que,
además, eran grandes trabajadores y fieles
cumplidores de su deber, hombres de fé
y respetuosos con sus creencias y
costumbres.

Claro está que también tenían algunos
defectos, como todo ser humano, pero estos
se empequeñecían ante sus virtudes.

Ellos creían en Dios, sin malicia alguna,
impartieron el bien y amaron la belleza
aún en las cosas humildes: "Estrellita"
de Mozart, "El Conejo" y "Aquilegios",
de Durero, el "Himno al Sol" de San
Francisco y los versos de Gabriela Mistral.

Esos hombres buenos conocí, pero
¿serían santos? . Quizá lo eran, y es posible
que con la miopía de mi ignorancia yo los
haya visto solamente como hombres buenos.

Pero, eso sí, si se llegan a cruzar,
nuevamente, en mi destino, algunos otros
santos, les hablaré con respeto y les diré
que tengan cuidado en su camino porque la
mayor parte de los hombres y de las mujeres
no son seres humanos, son fieras.

S.O.S. SIDERAL

Apreciable lector: estoy seguro que al leer este escrito mío pensarás que estoy loco o que he tratado de escribir algo así como lo que llamamos realismo fantástico, pero si meditas, un poco, te darás cuenta de que lo escrito pone en tus manos un caso aparentemente extraño, pero terriblemente real.

No sé por qué razón hasta ahora me doy cuenta de que hace pocos días, en este viaje sideral que llevo a cabo, he ajustado sesenta vueltas al rededor del sol, pero que esto no me sirve de nada para averiguar el rumbo y destino del viaje en general. Sé que el planeta en que voy es uno de tantos que caminan arrastrados por el sol, hacia el misterio de otros soles, pero no tengo noticias del lugar de donde salimos ni cuando y por qué fué eso, además no recuerdo nada de lo que yo mismo fuí antes de emprender este extraño viaje. No sé si yo solicité hacerlo o si contra mi voluntad estoy metido en esta aventura. Algo o alguien quitó de mi memoria el registro de mi pasado. No soy el único, aquí hay millones de viajeros que están en las mismas condiciones y que tienen un organismo muy parecido al mío, digo parecido porque no son iguales pues la mayoría de ellos no está consciente de su situación, viven como puros robots. Me parece que esta es una cárcel donde existimos después de haber sido desconectados con el pasado y donde se nos hace vivir sin antena alguna para captar el porvenir.

En este planeta, aparentemente vivimos en libertad, ya que podemos movernos de un lugar a otro, en su superficie, pero existe una fuerza, que viene del interior del globo, que nos mantiene sujetos a él. Además, el aparato donde estamos metidos y que se llama cuerpo humano es muy frágil y blando por ser un recipiente de cinco litros de líquido, más o menos, un sistema eléctrico y una armazón ósea. Podemos reproducirnos ayuntándonos los machos con las hembras, pues la humanidad está dividida en hombres y mujeres, pero no estamos seguros de que nuestros espíritus también se reproduzcan. Ahora bien, lo espantoso, en este lugar, es que durante miles de miles de años, que según parece tiene de vida la humanidad, nadie, absolutamente nadie, ha sabido por qué estamos aquí ni adónde diablos nos llevan.

Si por casualidad, algún día, seres seguros de sí mismos llegan a encontrar este mensaje, les ruego que por favor hagan algo por nosotros que nos encontramos perdidos en el espacio.





ORACION AL SOL

Homenaje al Faraón Amenofis IV.

Salve oh rey de la luz,
señor de la vida
y de la muerte.

Salve oh rey del cielo,
señor de lo que existió,
de lo que existe
y de lo que ha de existir.

Salve oh rey de la gracia,
señor de lo bello
y de lo horrendo.

Salve oh rey del universo,
señor del placer
y del dolor.

Señor
de las cosas divinas,
dadnos, por favor,
unas rosas sin espinas.

Señor,
por piedad,
borrad nuestro dolor
y nuestra fealdad.

Tú, fuerza y calor,
que nos das la vida
entre alegría y sinsabor,
tú, interrogación sin salida,
círculo cerrado,
abismo infinito,



misterio de todo lo creado,
realidad y mito,
señor,
ten compasión,
inspiradnos amor
y controlad la aberración
de nuestra animal
pasión
por el mal.

Oídnos señor
aunque sea por última vez,
escuchadnos por favor;
de lo contrario, sin el talvez,
romperemos tus rutinas
y haremos, de cualquier manera,
rosas sin espinas.



A NEFERTITI

Lirio
movido por el viento
sobre las aguas
cristalinas
del antiguo Nilo.

Junco
delgado y flexible,
dorado por el sol
y las arenas
del desierto.

Pájaro
cadencioso
en vuelo, suave
y tierno,
en un cielo
de lapislazuli,
lino y tul.
Lirio, junco y pájaro,
mujer divina
que después
de más de tres mil años
aun vives
inspirando amor.

Mujer,
pájaro
y flor
deja que yo deposite,
a tus pies,
entre el libro
de los muertos,
mi candor momificado,
donde pronto
ha de unirse
mi sombra



con tu sombra,
a la sombra
de las sombras.

HACIA LA MUERTE"

La mano
soporta con firmeza
el vaso
que contiene la bebida
que ha de ser
la última bebida.

Los ojos,
que se miran reflejados
en el líquido
del vaso,
llevan una vez más
a la mente
la idea
de "conócete a tí mismo".

Y, recordando con tristeza:
"solo sé que no sé nada",
cerrando los ojos
Sócrates
se lleva la copa a los labios
y toma la cicuta.

POPOL-VUH

Libro sagrado
de los indios,
de primer grado,
del quiché.

Dioses de jade
y de pedernal,
y de plumas
de quetzal,
fueron sus autores.

Dioses de fuego,
de lluvia,
de sol,
de luna
y de estrellas,
sus personajes buenos.

Terremotos,
huracanes,
inundaciones
y muerte,
sus personajes malos.

Hermanos gemelos,
sus jóvenes héroes
—dioses brujos—

Aves de rapaña,
murciélagos,
tigres
y lagartos,
sus animales malos.

hombres de palo,
de cibaque,
de tzite

y de maíz,
los primeros humanos.

Santos patronos
de los artistas
son dos monos
hermanos.

Una virgen preñada
y tres por preñar
son sus heroínas.

Varios encuentros
de juego de pelota,
en el infierno,
ilustran las luchas
entre el bien
y el mal.

Cuatro capitanes
dirigen a las tribus
venidas del oriente.

Y al final de este libro
surge
el puño castellano
que borra
el sabor
del ayote
del maíz
del chocolate
del chile
y de la chicha
de jocote,
el aroma
del pom
y del ocote,
dejando el olor
del incienso

y el sabor amargo
del hierro
y del tormento
sobre del cuerpo
y del alma total
de la serpiente
con plumas
de quetzal.

LAGO DE ATITLAN

Gran espejo verde y azul
coronado de volcanes,
rodeado de pueblos indios,
de cristianos y chimanes.

San Pedro con Panajachel,
verdes; San Lucas Tolimán
y San Antonio Palopó, azules,
y rojo Santiago Atitlán.

Lago claro y hechizado
entre rojos zutujiles
de atractivos refajos,
tocoysales y güpiles.

Jadeitas y esmeraldas,
azulinas y turquesas;
mágico esplendor del agua:
belleza entre bellezas.

Joya de plata brillante
sobre del pecho sereno
de una india fascinante,
de cuerpo dulce y moreno.

EL QUETZAL

Largo cometa
verde-jade
y verde-selva,
corazón de amapola.
Tú integras, felizmente,
con dignidad y entereza,
lo indio y lo ladino
en símbolo
de libertad
y de belleza.

JUN JUN AJPU E IXK-IK

Tú,
mi pequeña
y tierna luna,
la de los dulces pistilos,
extiende tu mano
hacia mí
para que recibas
la semilla
de mi alma,
que ha de revivir
en tí.

Y la mano morena
y diminuta
recibió la cimiente
que llegó a ser raíz,
flores y fruta
del Quiché.

HERMANO FRANCISCO

Fuiste niño mimado,
hijo de gran comerciante,
que tenía las arcas
llenas de monedas de oro,
buen ojo para captarlas,
buena mano para pesarlas
y buen diente para probarlas.

Pujantes fábricas
de paños finos,
carretones
y barcos
de transporte,
y muchos trabajadores
harapientos,
raquíticos
y hambrientos,
su soporte eran.

Jóvenes juglares
cantaban en tu mesa,
llena de vinos
y manjares,
a cambio de medrugos
y pequeñas monedas
lanzadas al aire.

Grandes lebreles
dormían a tus pies
y lindas jovencitas
bailaban, como ángeles,
cubiertas de cefiros,
flores y diamantes.

Efebos bellos
y delicados,



como los infantes
de las sotas
de los naipes,
tocaban dulcemente
citaras y mandolinas.

Lámparas y antorchas
iluminaban
tus aposentos;
gobelinos
alfombras
y cortinas
de Persia y de Damasco
lucían asociados
con objetos
de Venecia y de Catay.

Todo esto
era para ti
común y corriente;
era
el pan vuestro
de cada día.

Pero
quien sabe
por que razón,
repentinamente
abandonaste
esta molicie.

¿Quizá fue
algún fracaso
provocado
por el ogro
de tu padre,
al separarte
de alguna jovencita
clara y rubia



de belleza
primaveral? .
¿o una enfermedad terrible?
quien sabe.
lo cierto
es que algo
cambió tu destino
y abandonaste
el mundo
del placer,
abrazaste la pobreza
y la castidad,
oíste voces
y hablaste solo,
buscaste a Cristo
y sangrando
cantaste al sol.

Así saliste
de lo normal
abogando
por unir al mundo
con un lazo
de amor
y fe.

Dios fue para ti
infinitamente bueno,
e infinitamente piadoso;
el no tenía nada que ver
con las pestes,
con los huracanes,
con los terremotos,
con nada que dañara
al hombre.

Y hablaste
con las estrellas,
con las aves
y con las fieras.

Junto a los arroyos,
junto a las violetas,
contemplando
a los pájaros,
contemplaste a Dios.

¿Pero en la figura negra
del lobo,
en sus dientes
carniceros
y en sus ojos
de fuego,
lo viste también?



EL GRECO

Domenico Theotocopuli, el pintor
apodado "El Greco",
fue un gran soñador,
caballero seco,
cristiano furibundo,
dueño de la mujer
más bella del mundo,
y que pintó en su taller
al Conde de Orgáz,
hombre de hierro
e inquisidor tenáz,
en el momento de su entierro.
El Greco miró a la naturaleza
en llamas multicolores
elevándose sobre su cabeza
como oraciones, como clamores.
Este artista, igual que el caballero
de la Triste Figura,
idealista y fiero,
aun al pie de la sepultura
soñó despierto
con una vida llena de hermosura
y el cielo abierto.

LA CONQUISTA DE AMERICA

Los conquistadores,
al no más
poner el primer pie
en el cuerpo moreno
de América,
empezaron el saqueo,
en nombre de Dios
y de los reyes de España,
y a cambio
de oro,
tierra
y mujeres,
que robaron,
a los indios
les dejaron
la religión cristiana
con un cielo de mentiras
y un infierno de realidades,
infierno que llega hasta nuestros días,
con todas sus calamidades.

DON QUIJOTE"

Pescado seco
entre una armadura.
Viejo temerario y enteco,
soñador y cabezadura,
creador de aquella cosa,
de "la razón de la sinrazón",
pero con una rosa
sembrada en el corazón.

MESTIZAJE

Y el señor de América,
se fue para España
a buscar los huesos
de sus señores abuelos,

Pero no encontró nada
en aquel cuero
de toro
estirado al sol,
por más que alargó
sus pasos
con botas
de siete leguas.

A su regreso,
hablando
consigo mismo
ante el cofre
de sus recuerdos
descubrió,
sorprendido,

que los huesos aquellos,
desde su tierna infancia,
el los tenía puestos,
y que hacían una jaula
en donde vivía
un indio,
junto a plumas
y flechas
que se mezclaban
con los trebejos
de España.

CONFESION A DON QUIJOTE

No puedo criticarte
ni reírme
de tus locuras.
Te confieso, padre mío,
que muchas veces,
mientras tú dormías
me puse tu armadura,
oxidada y fría,
y recorrí
los campos de Montiel,
montado en tu Rosinante.
De esas salidas
conservo los trofeos:
cicatrices,
chinchones
y moretes.
También,
entre mis libros
de caballería
guardo

unas flores secas
que dicen
de mis arrumacos
con Dulcineas
rubias,
morenas,
gordas
y enjutas,
unas cuantas
santas



AL OIDO DE BERNAL

Bernal,
viejo soldado,
noble, fuerte y sano,
sincero y valiente,
tú que escribiste
la historia verdadera
del indio y del español,
en las guerras
de la Conquista,
a la luz del día,
sin tapujos
y con tu moral en alto,
dinos qué es peor,
si ver
a un tirano vivo
o a un santo muerto;
dinos qué sabor
tenfan las tortillas
y las indias
cuando se las quitabas
a su señor,
y dinos claramente
si viste, alguna vez,
que la conciencia
les hablara fuertemente
a los conquistadores,
por tanto atropello
y tanta muerte.

Si eres cabal,
híncate con nosotros
para pedirle a Dios
que nos libre de las conquistas,
de las pestes,
de la muerte
y de todo mal,

porque la ruta
que con tus compañeros
abriste,
aún existe.
Todo lo malo
que tú viste,
persiste.

A MORAZAN

En el cielo
azul y blanco,
bajo el sol
de la libertad,
quedaste en nuestra historia,
montado
sobre tu coraje
de estadista y de caudillo,
sosteniendo el ideal
de mantener unidos
a tus cinco volcanes
tan queridos.

Pero debes saber,
noble Capitán,
que unidos
tus volcanes ya no están.

Lo único que existe,
aunque a la deriva,
es el ansia de ser libres.
Sí, esa sí está viva.

A BOLIVAR

Los latinoamericanos
vemos de sol a sol
tu figura apolínea
sobre el pedestal del Chimborazo
y oímos tus mensajes
que serpentean continuamente
entre la selva amazónica,
sobre el espinazo de los Andes,
en el Camino del Inca
y en la ruta de los mayas.

Te vemos erguido,
tal como guiaste
a los hombres que lucharon
contigo
por la paz y la libertad
de América.

Brilla tu imagen
de gigante
con alas de cóndor
y cuerpo de centauro.

Político y guerrero
sin igual,
libertador entero.
Caballero andante
valiente y justiciero,
poderoso y galante.

Sobre tu pecho,
en tu casaca azul y oro,
refulgen tus condecoraciones:
Caracas,
Cartagena,
Popayán,
Angostura,

Ayacucho,
Pichincha,
Carabobo,
Junín y Bolivia,
como tus mejores medallas,
y María Teresa,
Manuelita,
Fanni,
Emilia,
Mirta
y otras tantas bellezas angelicales,
como tus mejores laureles,
rosas y jazmínes.

San Jorge
latinoamericano,
triumfante ayer
sobre el dragón de España,
óyenos en esta encrucijada
en que luchamos
contra el mal del siglo XX:
la opresión de la maquinaria de consumo.

Ayúdanos Bolívar.
Trecientos millones
de latinoamericanos
formamos tu columna,
en espera de enarbolar
nuevamente tu bandera
para hacerla tremolar,
como tú la hiciste otrora,
con el grito al viento
de libertad o muerte.

CARTA A BEETHOVEN

Maestro:

Discúlpame por escribirte
desde este mundo tan lejano
y tan diferente
al que tuviste entre tus manos,
pero es el caso
de que tengo necesidad
de decirte algo
que otros no te han dicho
por temor o por respeto
a tu gigantesca figura.

Yo lo hago ahora
en vista de haber encontrado,
entre mis papeles viejos,
una anotación
que es interesante
porque se refiere a la casualidad,
esa casualidad
que domina tanto en la vida
de los genios
como en la de los humildes,
pobres y sencillos.

Maestro,
es cierto que casi todos
los que te conocemos,
admiramos la gracia
que recibiste de los dioses
con la cual hiciste
las joyas musicales
que conmueven al mundo entero,
igual que conmovió a las fieras
la magia musical de Orfeo,
pero también nos sorprendemos
al ver las sombras
que proyecta tu imagen
en tu recia biografía.

Tu obra es grande,
muy grande,
tanto como la de todos
los que han hecho
una naturaleza nueva
saltando todas las barreras
de lo común y de lo corriente.

La pirámide de Keops
sería el mejor retrato
a tu obra genial,
o la gran muralla china,
si estas fueran de alabastro.

Sin embargo,
tú no viste en la cabeza
de los tontos
y en la de los genios
la mano del creador.
En cierta ocasión
¿recuerdas?
—y esto es lo que está
entre los papeles viejos—
tú le dijiste
al príncipe Lichnowsky:
“Lo que es usted, príncipe,
lo es por casualidad,
lo que soy yo,
lo soy por mí mismo”.

Y al margen
de los papeles viejos
veo esta anotación mía:
Tú, querido maestro,
le dijiste eso al príncipe
porque no te diste cuenta
de que el talento
no es una obra humana,
no viste que el misterio

es quien reparte ese don,
sin contar con la voluntad nuestra.

Y por eso es que creemos
que no hay razón
para ufanarnos por nuestros méritos
ni motivo para avergonzarnos
por nuestras incapacidades.

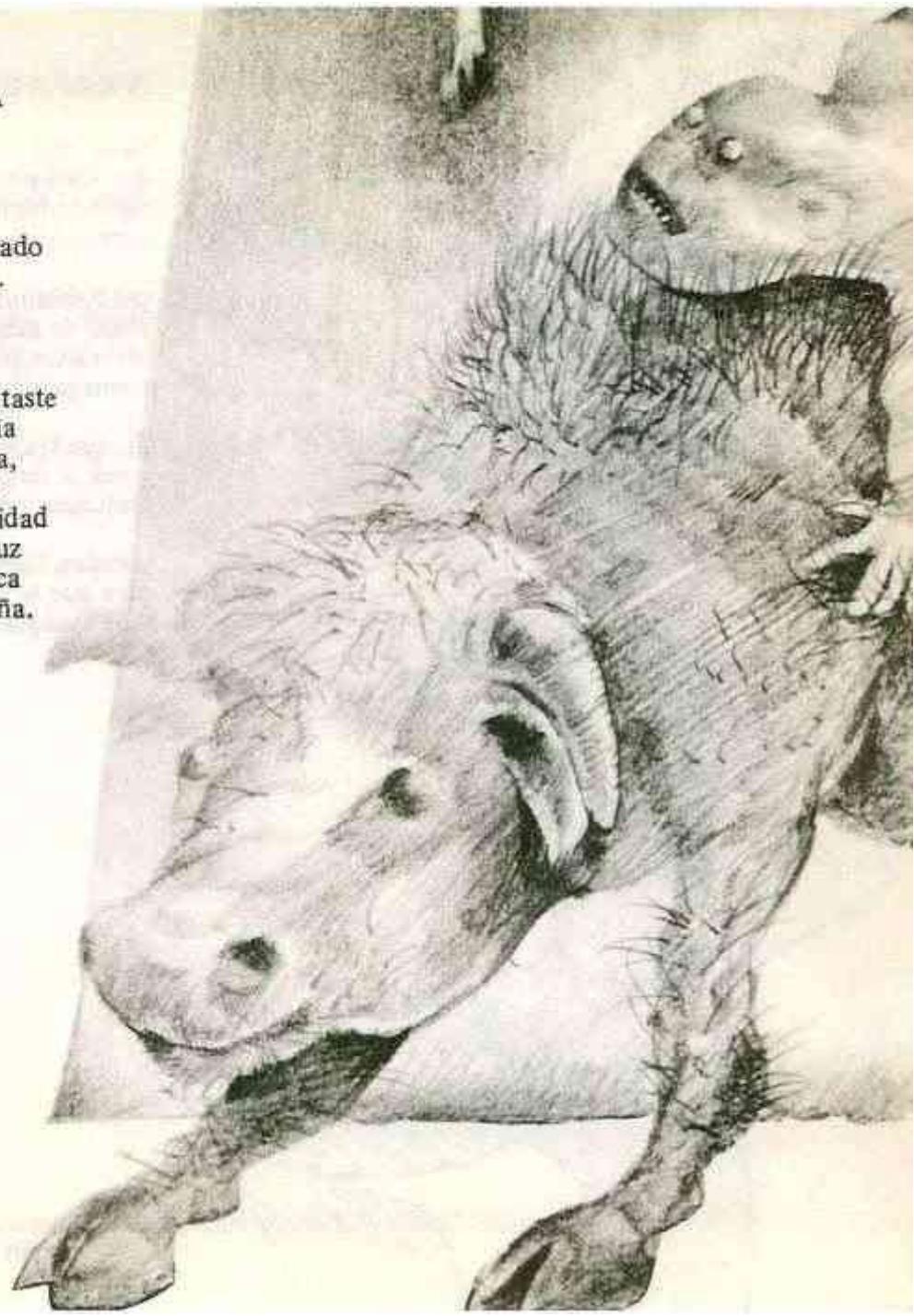
Perdona que te distraiga,
pero debo confesarte
que no soporté la tentación
de dirigirte esta nota
con los pensamientos
encontrados
entre esas páginas marchitas.

Y con mis respetos,
ruégote recibir mi atento saludo
y mi admiración constante
hacia tu música
bella y fascinante.

GOYA

Pintor
genial,
viejo,
enamorado
y brujo.

Sordo
y terco
que pintaste
a España
desnuda,
con luz
de santidad
y con luz
diabólica
y extraña.



A RAFAEL GARCIA GOYENA

Entre una corona de querubes,
que Dios premie al gran García Goyena
con una hermosa virgen morena
sobre un suavcito colchón de nubes,

por habernos dado las fábulas
llenas de sabias y bellas lecciones,
con varios sanates, loros y leones
como grandes maestros y rábulas.

Sí, que Dios lo tenga en santa gloria
y que le dé placeres a montones,
bufuelos y dulces de pepitoria;

tamales, fiambre y muchos turrone
para que se olvide de nuestros males
y de esta gran pandilla de cabrones.



NIETZSCHE

A un hombre serio, inteligente y taciturno,
vemos caminar por el mundo, sólo y con valor.
Sin más compañía que su genial meditación,
cual Diógenes, busca al hombre superior.

Es Federico Guillermo Nietzsche, con traje negro,
quien enterró a los viejos dioses y al cristianismo,
para que el hombre futuro, en plena libertad,
construya su destino, de fuerza y optimismo.

LA MUSA DE BAUDELAIRE

Encantos de hoy sin ayer,
sueños de hoy sin mañana:
la cabeza de Baudelaire
entre los brazos de Juana.

Hermosa serpiente negra,
templo de amor y de placer
que bellamente se integra
a la vida de Baudelaire

Diosa Venus hecha mujer,
sueño, amor e inspiración
para ese grande Baudelaire,
llena de fe y de pasión.

Salve oh grande Baudelaire;
ah, quien tuviera tu suerte:
una hermosa negra tener
y gozarla hasta la muerte.

VICENTE HABLA DE VICENTE

Me doy cuenta
perfectamente
de que el sol
es el mismo sol
de todos los veranos,
que el dorado
de los trigales
es el mismo
que en este tiempo,
allá en el horizonte,
se une con el azul
del cielo,
y que los cuervos
vuelan
en bandadas
como cuando
pasaban
arriba del sombrero
de Vicente,
antes y después
de que él
se cortara la oreja
para entregársela
a su amor frustrado.

Sin embargo
este sol
que antes entraba
hasta mis huesos,
lleno de alegría,
ahora
es para mí
sin expresión alguna

Te digo,
mujer,

que he perdido
la razón de mi existencia,
que camino sin fé
y sin amor,
llevando entre mis brazos
a la esperanza muerta,
y que mi corazón
ya no se emociona
al verte,
ni me causan enojo
tus mentiras,
ni me importa
el caso de perderte.
Ya todo me es igual:
la vida y la muerte.

Es triste
llegar a este punto
donde
ya no existe
el amor
ni el odio,
donde
todo es indiferente.

Vivo muriendo,
viendo en el espejo
la cara verde
y la oreja roja
de Vicente.
Tú dices
que todavía
puedo dar
un paso atrás,
pero el cuervo
de Edgar
dice:
nunca jamás.

SANDINO

Tú dijiste no
a los invasores,
no le dijiste,
también,
a los traidores,
y los paraste en seco.
Nicaragua
te vió pelear
en la tierra,
en el aire
y en el agua.

Y en todo terreno
siempre
fuiste bueno.

Por esa razón
eres de Centroamérica
brazo, cabeza y corazón.

BOCETO PARA UN RETRATO

Gabriela Mistral,
como una flor
con finura de cristal,
expresó su amor
al agua, al barro y al viento
con todo su corazón,
con todo su aliento
y pasión.

Era
fervorosa,
valiente, sincera
y amorosa,
en el verso
y en la prosa,
dejando inmerso
sutil aroma de mar, de cielo y de rosa.



A JOSE CLEMENTE OROZCO

Salud, trágico mexicano,
salud, trágico latinoamericano,
salud, artista sobrehumano.

Orozco,
pintor veraz, valiente,
franco y hosco.

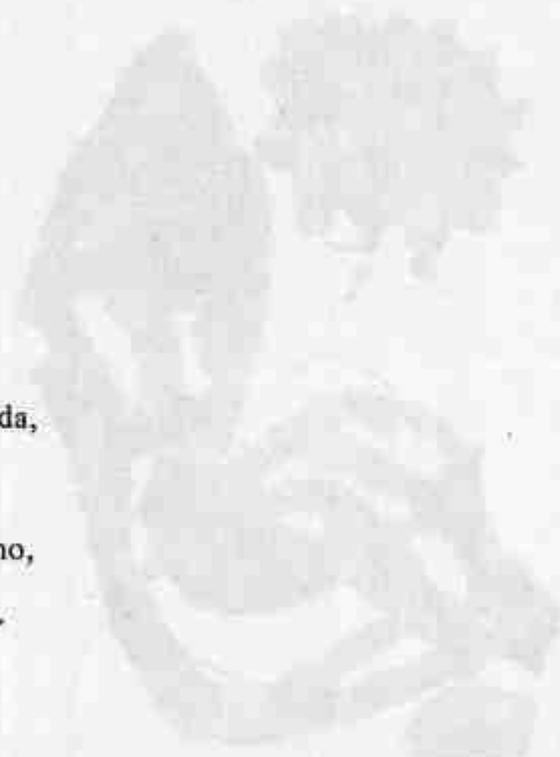
Manco
como el famoso
de Lepanto.

Tú pintaste tus murales
no con pinceles
sino que con puñales,
con trazo seco
y colores ácidos
como los de El Greco,
mostrando la verdad desnuda,
salvaje,
feroz y ruda.

Pintaste al hombre mexicano,
mas bien dicho:
al hombre latinoamericano.

Rechazaste
los temas dulzones,
y desechaste
el arte de abstracciones.
Tu paleta no fue calidoscopio
como ese que se hermana
con el opio
y con la mariguana.

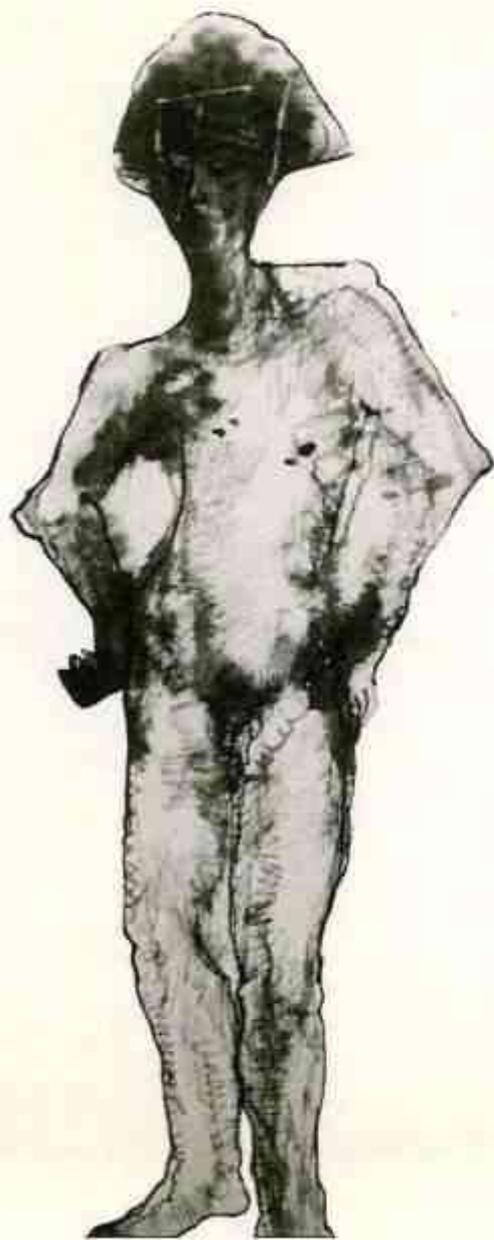
Fuiste pintor combativo,
expresionista de gran temple,



no pintor decorativo.

En tus murales-proclamas
mostraste al hombre
en llamas,
buscando su propia superación,
aun a costa de sus huesos,
de su sangre y de su corazón.

Salud, José Clemente Orozco,
pintor veraz, valiente,
franco y hosco.



LUTHER KING

Predicador pacifista
nunca oíste
las lecciones del bautista,
el profeta del fuego.

Tu fuiste
gigante de bronce negro
con alma de algodón
y azúcar,
y moriste
queriendo
salvar al pobre
y al triste.

Por eso, millones
de puños
se unirán mañana
como antorchas
de fuego libertador,
para vengar tu muerte,
gigante negro,
digno de mejor suerte.

Trágica fue tu partida
como la han sufrido
miles de pacifistas.

Por eso te digo,
gigante de bronce negro,
que mañana
millones de puños
como un solo nudo
será tu mejor saludo,
y el fuego
de San Juan Bautista.

AMIGHETTI

Los grabados,
los dibujos
y las pinturas
del maestro
son serenidad;
su taller,
tranquilidad,
y su pueblo,
paz y sosiego.

Pero cuando llega
la primavera,
las rosas,
las margaritas
y las violetas
le recuerdan
muchas cosas,
santas
y pecaminosas.

Y vienen
a la memoria
los perfumes
de las flores
de antaño.

Etna,
la negrita
de Carolina del Sur,
que fue su ángel
de bronce,
allá en el Harlem
del Nueva York
de aquel tiempo,
surge ahora,
como negativo
fotográfico,

pegado al álbum
de sus recuerdos.

Allí está,
a su lado,
a estas horas,
en el barrio
de la Paulina;
cincuenta varas
al norte
de la mejoral.

Nadie la puede ver,
solo él,
en la pared,
en el papel,
en la cartulina
en la tela
o en la tinta china.

¿Qué será
que se nublan
los anteojos
y que se agita
el corazón?

Hay que cerrar
la ventana,
el aire
está muy frío
esta mañana.

PATRICIO LUMUMBA

Una manada
de elefantes blancos,
dos de antilopes dorados,
tres de avestruces rojos
y cuatro cataratas
de negros sacrificados.

Congo,
Congo,
Congo.
Tumba,
Tumba,
Tumba
de Lumumba.

GRITO

Mi verso libre
yo quiero
que vibre
severo
y con belleza,
aunque no tenga pies
ni cabeza.

EL RETORNO DEL GUERRERO

1945.

La guerra ha terminado.

El soldado regresa

pensativo;

no canta,

no ríe

ni reza.

Millones de cadáveres

cubren la tierra,

dejando truncados

muchos amores,

risas y cantos

entre

llantos,

y dolores.

Seis años

dejaron en el alma

del guerrero

un mapa

de cicatrices,

cuatro medallas

de Francia

y la bendición

del Papa.

El pensamiento

del guerrero,

está puesto

en llegar

a su lugar de origen:

la América Central,

esa tierra

que en Europa

y en Africa

tomó una aureola

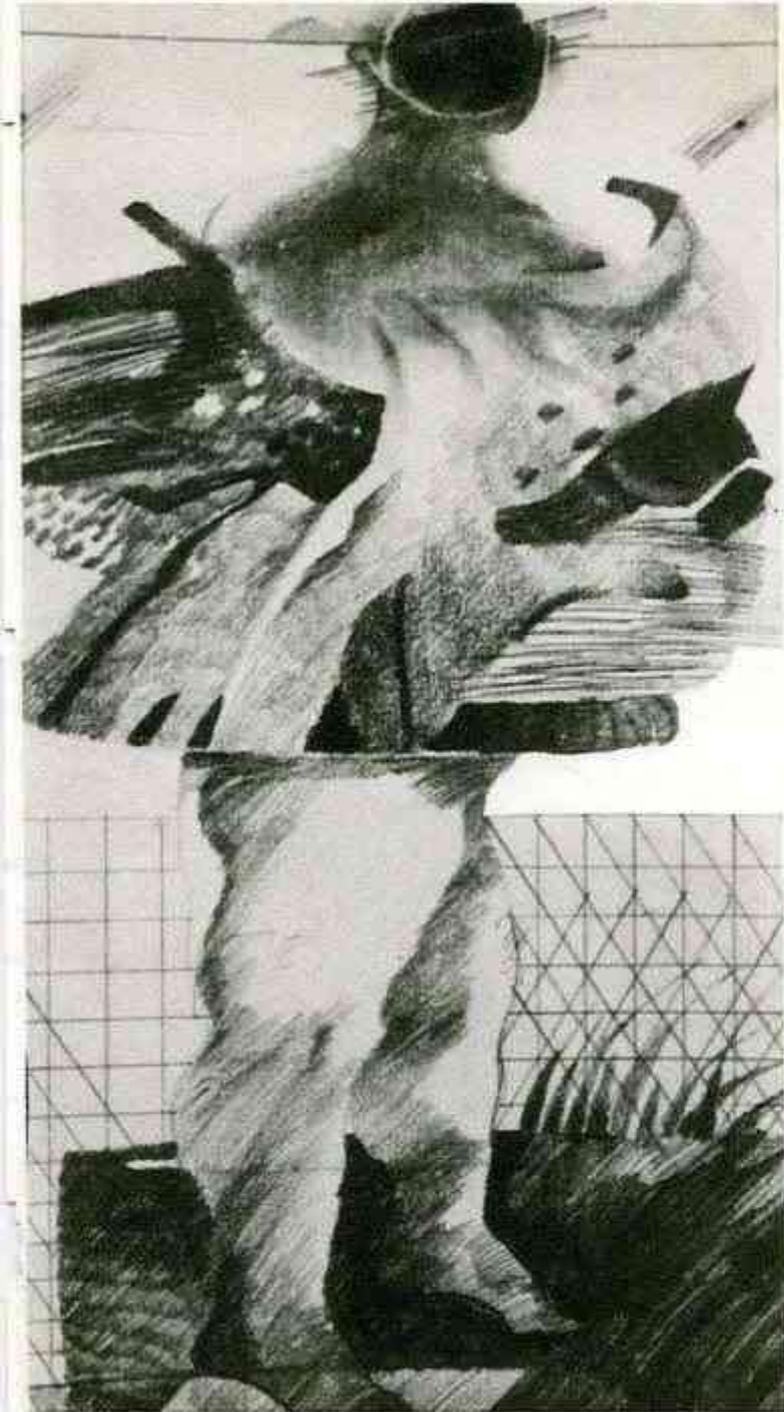
de mundo mágico,
lugar de brujos,
de sol y de pájaros,
lagos,
volcanes
y ríos
azules
verdes y violetas,
tierra de bosques
frondosos y feraces,
llenos de tigres
y serpientes,
flores de fuego
y palmeras sensuales,
donde las mujeres
son de barro perfumado
y los hombres de cedro
y de caoba,
que viven
como los ídolos
coronados de hiedra
entre símbolos de maíz
y de piedra.

Seis años hace
que este guerrero
salió de América
rumbo a Francia,
a luchar
en las filas
de la Legión extranjera.
Joven moreno,
fuerte
valiente e idealista.
Poeta tropical
que soñaba
con la libertad,
la igualdad
y la fraternidad,

sin saber
que él mismo era
parte
de una humanidad
fiera.

El viaje de regreso
por el mar Atlántico
fue largo y fatigoso.
La ginebra,
el ajenjo,
el coñac
y los vinos,
esos grandes amigos
que ayudan
a los corazones
afligidos
a encontrar paraísos
artificiales,
amortiguaron,
en parte,
su ansiedad
de llegar luego
a su tierra natal,
pero no lograron
borrar el recuerdo
del fragor
de los cañones,
el estruendo
de las bombas
ni el tabletear
de la metralla.

Al dejar el barco
y tocar tierra firme
centroamericana,
el deseo eterno
de los Ulises
saltó a su corazón:



besar la tierra,
esa tierra
que besó también
el viejo navegante
Balún Votán,
y que fue cuna
de aquel guerrero,
antepasado suyo,
Tecún Umán.

Ahora
bajo el sol
de la costa tropical
de Guatemala,
sube el guerrero
al ferrocarril
que ha de conducirlo
de Puerto Barrios
a la capital.

El padre sol
lo recibe
con toda su fuerza
y le mete el paisaje
en los ojos
como un puñal.

Puerto Barrios,
naturaleza
de maravilla.
Puerto destartado
por el tiempo,
que lleva el nombre
de un gran militar
que tiene los pies
enraizados
en los montes
Cuchumatanes
y la cabeza coronada

por las estrellas
de un ideal
centroamericano.
Puerto que ahora recibe
a este hijo pródigo
y héroe,
de quien
es abuelo,
padre y hermano
aquel general,
sino
que está hermanado
también
con el del general
Sandino.

En la historia moderna
de Centro América
no aparece
un solo soldado
que haya guerreado
como lo hicieron
estos tres civiles
que estuvieron
al frente
de refriegas verdaderas
en favor de los ideales
y de las gentes.

¿Se podrá decir
que estos guerreros
fueron Quijotes?
Quizá, pero valientes.

El tren
empezó su marcha.
Con el calor,
que ponía
todo el ambiente

al rojo vivo,
en el interior
del vagón,
y con el ruido monótono
del rodar del tren,
el guerrero,
entornando los ojos,
empezó a soñar
unos caminos
lentos de flores
y otros
de abrojos:
en plena guerra
en las arenas
del desierto africano
desaparece
todo lo bueno
que puede tener el hombre
aun estando
frente a la figura
recia y noble
del general de Gaulle.

Las luchas encarnizadas
contra las tropas
del general Rommel,
"el zorro del desierto",
resultan ser
un modelo fiel
del cuadro
pintado por Churchill:
un monstruo
hecho de "sangre,
sudor y lágrimas".

En aquél entonces,
ante los ojos
del guerrero,
al retirarse,

triumfante,
de los frentes
de batalla africanos,
surgen
los poblados moriscos
que le brindan
unos días
de descanso,
poblaciones
que son oasis
caídos del cielo,
aunque marcados
fuertemente
con sellos terrenales:
licores,
mujeres,
música,
amor y vicio.

En el interior
de un cabaret,
en Casa Blanca,
a la luz
de unas lámparas
de bronce
y sobre alfombras
de mil y una noches
de placer,
baila desnuda
una hurrí morena
rodeada
por una corona
de hombres ardientes,
al compás
de una orquesta
de encantadores
de serpientes.

Al amanecer

aquella serpiente
morena
y exótica,
queda dormida,
entre alfombras
y cojines,
sobre el pecho
de bronce
del joven hijo de
Tecún Umán.

Esto de Casa Blanca
también sucede
en Trípoli
y en Tetuán.

Sin embargo
ni el licor
ni las mujeres
le quitan
el pasado amargo.

Acto seguido
le vienen
las visiones
de París.

Allí, el cuerpo virginal
de una jovencita
blanca y fina
como la doncella
de Orleans,
de ojos celestes,
igual que los cielos
de Alsacia y de Lorena,
con una cabellera rubia,
desparramada
al viento,
se rinde

bajo del cuerpo
del guerrero
que ha estado
peleando
en Normandía.

En el frente,
muchos aviones
se venían en picada
y al caer,
entre las llamas,
arrojaban hierros,
sangre de pilotos
y fotos
de alguna mujer amada.

El tren
seguía su marcha
y con su vaivén
el joven indio
seguía soñando
cosas del mal
y cosas del bien.

Por pura suerte
él se había salvado,
muchas veces,
del fuego
y de la muerte.

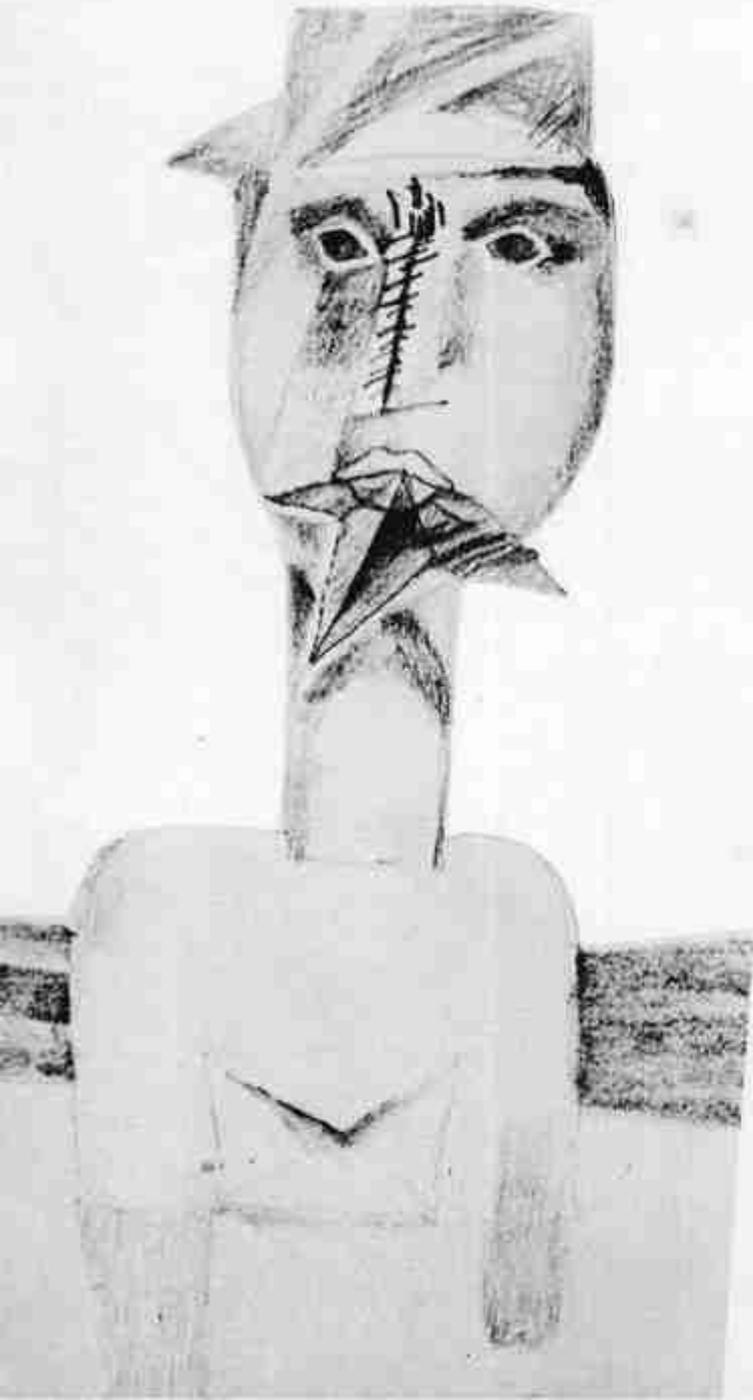
En su cartera,
con su corona
de laurel
y sus plumas
de quetzal,
traía aquella
postal
donde aparece
la linda francesita

frente
a Nuestra Señora
de París,
cuando dos veces,
cerca del corazón,
dulcemente
lo llamó garzón.

Y aquella
negrita reluciente...

En ese instante
el tren dio,
de repente
una sacudida,
al aminorar
velocidad,
y despertó
el guerrero.
Al fin,
entre pitazos, humo
y gran ruido
de ruedas
y carriles
entró el tren de pasajeros
a la estación central.
—Señoras y señores:
estamos
en plena capital.

El guerrero,
ahora simple pasajero,
entre pasajeros,
con inquietud
espera ver,
entre del público
parado en el andén,
a la muchacha india
de las montañas



de Los Altos
quien fuera
su primer amor.
Espera también
el saludo
del señor alcalde
y del cacique
del pueblo.
Espera el abrazo
de los amigos
y parientes,
los niños,
las mujeres
y los viejos;
total,
las caras familiares
con el olor
de las montañas
de los ranchos
y de los pinares.

Alguien
tiene que venir
de Xelajú
a recibirlo,
no es posible
que puedan olvidarlo.

Precipitadamente
salen de los vagones
otros viajeros,
a dar a los brazos
de amigos y parientes,
alegres,
sonrientes.

Pero al soldado
nadie lo recibe,
poco a poco

fue quedando solo
apoyado en su sombra,
entre sus maletas
en el cemento frío
de dos banquetas.
¿Qué pasó?
¿Qué fue del radiograma?
¿Nadie supo
que en este día
el guerrero
llegaría?

En eso estaba
su pensamiento
cuando vio venir
a tres personas
desconocidas
y que se fueron
acercando
cautelosas:
dos caballeros
y una joven
con un ramo de rosas.

El de más edad,
sombbrero en mano,
le preguntó:
¿perdone, es usted, acaso,
el señor
que viene de Francia,
de luchar
al mando
del general Degaulle?

Servidor
de ustedes,
contestó el guerrero.
Entonces,
aquellas gentes

lo abrazaron
y le dijeron:
sea usted bienvenido
en nombre
de la república
de Francia.
Y pusieron
en sus manos
el ramo de rosas.

Elos eran:
el cónsul,
el secretario
y la mecanógrafa
de la Legación
Francesa
en Guatemala.

En ese momento
el ramo de rosas
se juntó
con las cuatro medallas,
sobre las cicatrices
de las batallas.
Y del rostro
de ese hombre
victorioso y sincero,
salió una lágrima
de poeta
y de guerrero.

A LEILA JALED

Nunca la he visto
y tal vez jamás
mis ojos la contemplan,
pero se que existe,
que no es un ángel
de los que viven
con Alá,
ni hurí de Mahoma,
ni sultana misteriosa,
sino que es
una mujer
de carne y hueso,
bella entre las bellas,
valiente,
inteligente
y generosa,
que lucha
por la alegría,
la paz
y la justicia
para todas las gentes.

Para todas
las que miran
de frente
y sin rencor,
en pos
de la belleza
y del amor.

A ella remito,
a sus ojos
de encanto
y a su corazón
de oasis,
un saludo

de mi voz
que grita
en el desierto.

UN POETA

En la calle
un hombre
camina solitario
llevando escondida
una lucecita,
entre la multitud
que alocada hormiguea,
llena de inquietud.

Nadie ve su luz
pero él la siente
y la lleva, allí
en la décima avenida,
para una niña
linda y desconocida.

El viento agita
las cabelleras
de unas mujeres bellas,
al pasar por el atrio
de la iglesia de Santa Rosa,
como bate sus alas,
de terciopelo, la mariposa.

Y con la mirada
de sus ojos verdes
una mujer lo saluda,
en la esquina

donde se toma
el transporte urbano,
y otra, muy discreta,
con el marfil de su mano.

Algunos dicen
que es un loco,
otros, que es un sabio,
pero ninguno está en lo cierto;
la verdad es que él puede
hablar con una flor,
con una fuente o con un pájaro
con un doctor o con un analfabeta,
porque él, en realidad,
es un poeta.

Pero, preguntadle
quién le dió esa luz,
y veréis que no sabe
si fue el demonio o si fue Jesús.

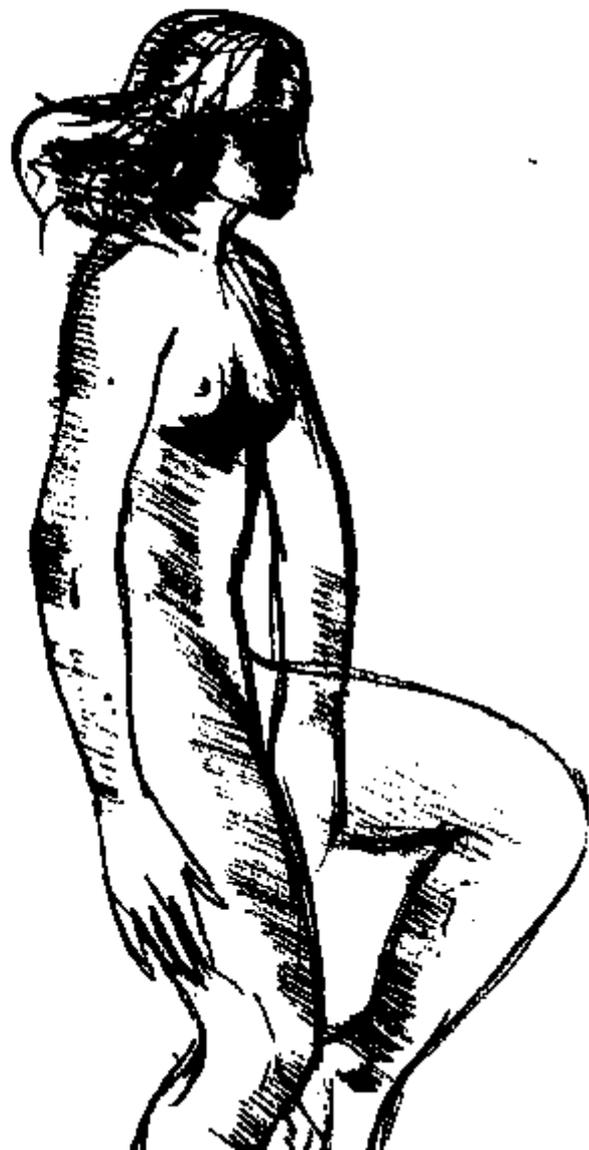
EN LA TARDE

El inmenso
azul del cielo
besa el inmenso
azul del lago.

El sol
es apenas
un tenue recuerdo
en el horizonte
de la tarde
que muere.

No hay nubes,
no hay garzas,
no hay viento,
solamente
una especie de Libélula
navega solitaria.
Es Pedro Pablo
en su piragua,
que atraído,
desde la playa,
por una lucecita
titilante,
lucha lentamente
por ganar la orilla.

La lucecita
lo espera y lo llama,
en la playa dorada,
entre las manos morenas
de su amada.



JUANNIO

Niño desnutrido
de grandes ojos
interrogantes
y medrosos.

Con débiles muslos
tatuados
en estrillas
de latigazos
de padres
y de maestros.

Niño
siempre colocado
en el centro
de una rueda
de muchachos pillos
protegidos
por ángeles
de la guardia.

Docenas de dedos
acusadores,
como afilados
tenedores,
lo señalan:
retrasado mental.

Dios lo dejó venir
cordero,
a este mundo
de lobos,
sin más consuelo
que el reino
de los cielos
que se le ofrece
a los pobres

de espíritu,
y mientras tanto
las bestias
disfrazadas
de niños inocentes,
han de morderlo,
viviendo
igual a las palomas,
que se rigen
por la ley del picotazo,
y se disfrazan
de símbolo de paz.

Juannio
sin conocer jamás
la caricia
de un ángel
de la guardia,
de esos
que cuidan
a los torturadores,
ha de sufrir
la desgracia
de ser Juannio.

TRAGEDIA

Era un hombre
dueño de un espíritu
que vivía solitario,
en una ciudad
de un millón
de habitantes.

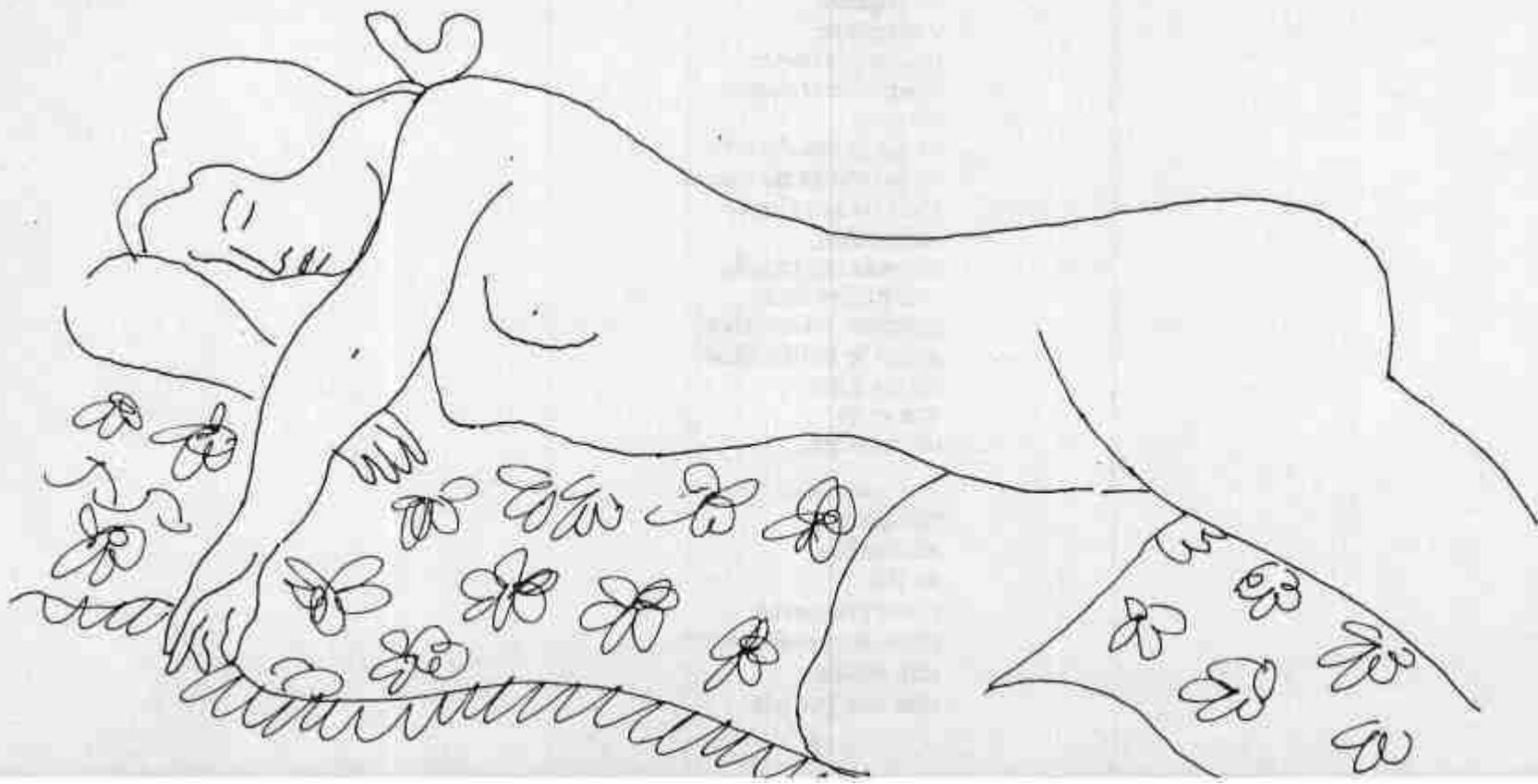
Hablé con él
varias veces.

Era joven,
amable,
inteligente
y elegante,
rico profesional,
buen comerciante,
amante
de las obras de arte,
de los viajes de placer
y de las reuniones
culturales;
además era casado
con mujer fina,
graciosa y atractiva,
quien le había dado
varios hijos
que eran
un encanto.

Por todo eso,
sus amigos
admiraban
su vida
y sus progresos,
pero, sorpresivamente,
una noche
con una pistola

se reventó
los sesos,
posiblemente
porque vivía solo
entre tanta gente,
llevando
en su alma
un pensamiento
amargo y fijo
que era su tormento.

¿Me estás oyendo?
Por favor, Zonia,
tú te estás durmiendo.



METAMORFOSIS

Esto que recuerdo
sucedío
en una reunión social.
El salón
estaba lleno de luces;
flores,
viandas,
música
y licores.
El humo
de los cigarrillos
enmarcaba
entre un nimbo
a los asistentes;
en su mayoría
gente adinerada,
culta
e inteligente,
aunque un poco mordaz
e hiriente.

Vi dos casos
de metamorfosis:
entre un grupo
de mujeres
jóvenes y bellas,
y otras de mediana edad,
una señora
arruinada
por los años
mostraba
tres retratos suyos,
de diferentes épocas,
el primero
era de cuando niña,
parecía una muñequita
vestida de mariposa;

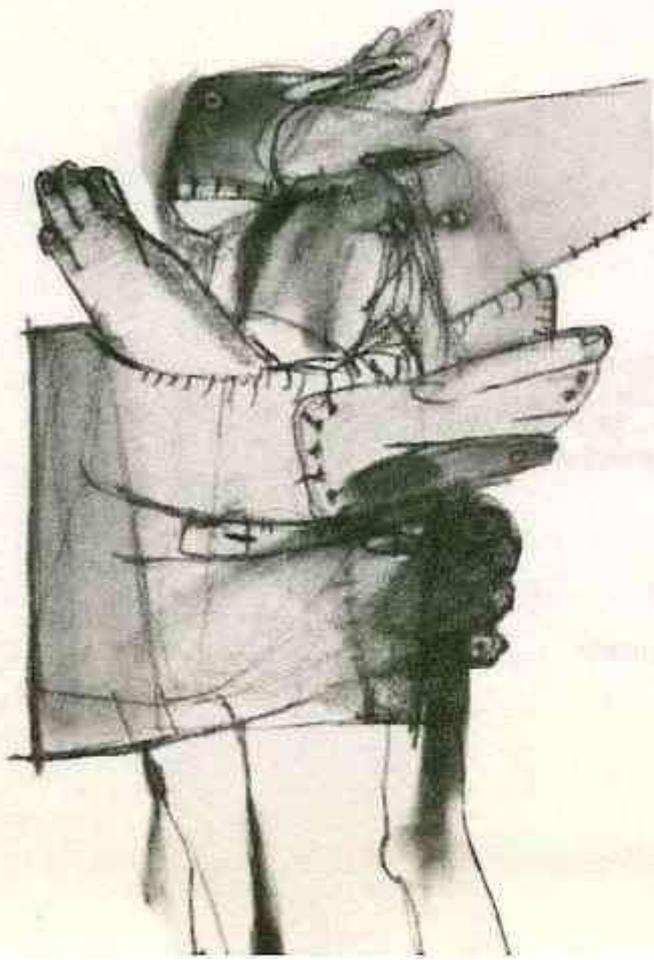
el segundo
presentaba a una jovencita
de gracia primaveral,
semejante
a un jazmín
y a una rosa
con una corona
de diamantes
de rocío,
y oro solar;
por último,
el tercer retrato,
una señora
endurecida
por los años
pero de mirada
serena
y generosa.

Un hombre patituerto
y macrocéfalo
que observaba
el caso,
dijo, en sùn de broma:
y si viéramos
un retrato
más reciente, "madam",
¿no miraríamos
a alguien
montada en una escoba?

Para usted,
dijo "madam",
tengo una sorpresa,
un retrato suyo,
y le colocó,
entre las manos,
un objeto.

Aquél hombre
quedó perplejo,
la señora
había puesto
en sus manos
un espejo:
allí estaba él,
cadavérico,
cabezón,
encorbado
y viejo.
Todo intento
de borrar su imagen
era vano,

El era un monstruo
amargado,
un vil gusano
y aquella señora,
que en realidad,
ante nuestros ojos,
parecía bruja,
volvió a ser
mariposa,
jazmín
y rosa.



ECCE HOMO

Las turbas,
señalando a Jesús,
le gritaban a Pilatos:
¡crucifícadle! ¡crucifícadle!

Y Cristo,
medio desnudo
y atado de manos,
sangrando,
por los golpes
que le diera
la soldadesca,
miró profundamente
a la chusma,
compuesta
de esa misma gente,
que ayer iba tras él,
implorando
que les multiplicara
el pan,
que sanara a sus enfermos,
que le diera vista a los ciegos,
que levantara a los paráliticos
y que resucitara a los muertos.
Sí, ellos eran
los mismos
que casi cargado
lo entraron a Jerusalén,
vitoriándolo
como a un líder muy amado.

Encima de la piel
de la ciudad
están los palacios,
las sinagogas
y los jardines,
pero al pie de ella,

las ratas,
la basura,
la cloaca,
la podredumbre.

CAMPOSANTO

En el camposanto,
en silencio las cruces
dicen tanto,
sin flores y sin luces.

Campo de hierba buena
y de hierba mala,
escenario de gran pena
es toda Guatemala.

Miles de cruces
de pasión y de muerte
hablan de Jesuces,
con su presencia inerte,

Y dicen de los puñales
y de los clamores,
de todos los males
sufridos por Vírgenes de Dolores.

¡Cuántos muertos, señor!
¡Sin una flor!

EL RUSTICO Y EL PATRIARCA

—¿Venerable patriarca, podeis decirme de qué está hecho Dios?

—Pues bien, te diré que en él existe, eternamente, tanto lo bueno así como lo malo, lo bello y lo horrendo, el amor y el dolor, la vida y la muerte.

—¿El es dueño y Señor del Universo?

—El mismo es el universo, el es el infinito. Y tú, desdichado, no eres más que una partícula de ese universo, y conténtate con tu destino de parásito terrestre. No oses poner tu vista más allá de tus narices, recuerda que el que mira profundamente al sol, se queda ciego.

LA PURA MUERTE

Oh, muerte,
absurda muerte,
tú estás embarazada
y parirás mil muertes,
miles de miles,
porque el crimen
te ha preñado
para perdición del mundo.

Pero tu destino
está marcado
con que has de matar
la vida toda,
el último día
de este mundo,
y al lograr matarla,
por inerte,
tu misma
te darás tu muerte.

CONSEJO Y DESTINO

Amigo, camina erguido,
levanta la frente
aunque estés herido
y sonre indiferente.
Mañana quizá venga
otra esbelta mujer
que te convenga
y volverán los días de placer.

Entonces procura entrar en razón
aprovechando la oportunidad,
no entregando el corazón
a ninguna otra beldad.

Pero si el dios de la pasión
te arrastra al desatino,
y esa ha de ser tu misión,
cierra los ojos y acepta tu destino.

RAMA

Sí,
una rama
fina y morena
adornada de flores
y perfumada
de selva.

El embrujo
surgió para mí
cuando por casualidad,
una puerta
se abrió suavemente
movidada por el viento,
en casa de una amiga,
estando yo solo
en el silencio
de una espera.

Desde entonces
creo
en los milagros:
una joven
delgada y morena
con grandes ojos
de obsidiana
y cabellera
de fuego negro
se bañaba
desnuda,
en una fuente.

Rama flexible
que besaba
el agua
dulcemente.

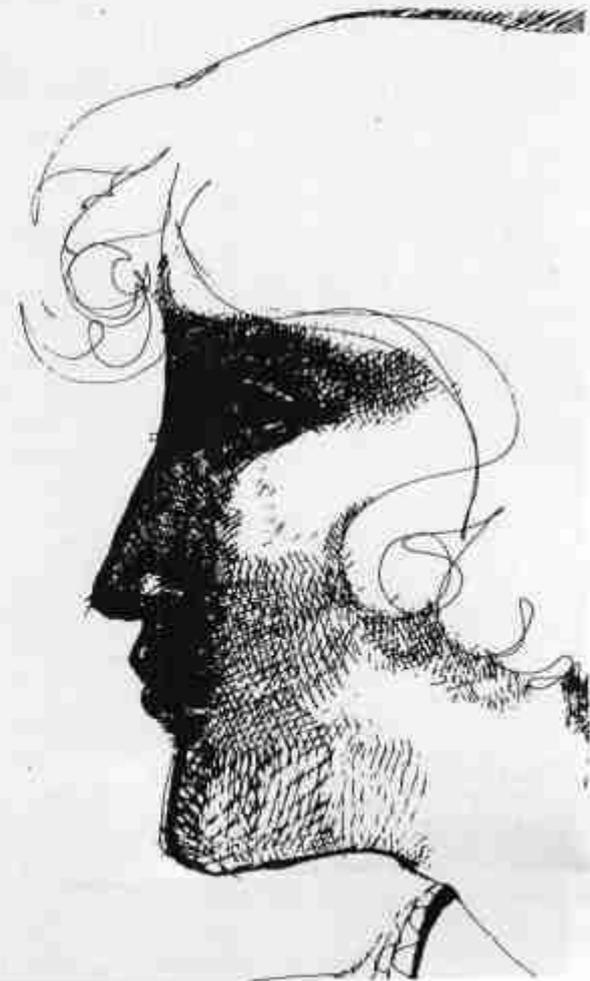
Ella no me vió
pero su imagen
penetró en mí
como flecha morena
impregnada
de fê,
de amor
y de esperanza.

Después
fuimos amigos,
fuimos amantes,
ángeles y demonios,
en espiral
de vértigo.

Nos iluminó
el rojo naranja
del sol,
nos inundó
el plateado dulce
de la luna,
la lluvia
cristalizó el aire
para nosotros
y le dió
olor humano
a la tierra.

Muchas veces
el aire
se coronó
de flores
y de hojas
*para danzar
ebrio de placer.*

Y en el misterio
de las noches



oyose
el palpar
de dos corazones
unidos
en el ritmo
del palpar
del mundo.

Linda rama
de durazno
en flor
que con el alma
dibujé
múl veces
entre mis llamas,
sediento
de gozarla
eternamente.

Un año de pasión
voló sobre nosotros
raudamente
y al final
la mano gigantesca
del destino
la quitó
de mis brazos
y de mis ojos
de manera desgarrante.

Así desapareció
esa rama,
esa tierna rama
que le dió vida
iluminada
a la sombra
de mis sombras.

La luz
se convirtió

en noche ciega,
perdida
en el espacio.

Aquel día fatal
un terremoto
sin piedad
dejó a la ciudad
decapitada
y a mi corazón
sangrando
para siempre.

LA TRECE CALLE

Que se calle
la trece calle,
que se queden mudos
los muros de San Francisco,
como peñas
o como riscos,
sin habla y sin señas.

No quiero recordar,
de mi amada,
su manera de andar
ni su dulce mirada
que en la trece calle
yo veía,
al rodear su talle,
cuando ella sonreía.
No quiero que ese templo,
que antes fué testigo
de lo que ya no contemplo
y que hoy es mi castigo,
diga que nosotros dos,
entonces todavía,
creíamos en Dios.

EL INFORME

Excelentísimo Señor
Don Rubén Darío:
aquí ya no hay una flor,
aquí ya no hay un río.
Sus cisnes y sus ninfas han muerto,
su león se ve taciturno.
Ahora lo cierto
es que los jefes de turno
son lagartos gigantes
y jaurías de lebreles
salvajes y espantosas
que pisotean los laureles,
los mármoles y las rosas.

MUSICA ORFICA

Orfeo,
deja de tocar
para la fauna;
para ella
tu lira es mágica
pero de momentáneo trauma.

Los animales
se aplacan
oyendo tus mensajes
mientras los emite
la gracia de tu lira,
pero a los pocos instantes,
vuelven a ser tan bestias
como lo eran antes.

El arte es para los locos
y para los cuerdos
pero nunca, jamás,
para los cerdos.

EL ARBOL PODRIDO

En medio de la selva
un árbol muy grande,
muy viejo y podrido,
cargado de musgos,
lianas y parásitas,
manchado por los pájaros
y los buitres
y con muchas ramas quebradas
por el peso de los ahorcados,
cuyos esqueletos brillan abajo
entre las enormes raíces y la hojarasca,
es el árbol podrido, Cuauhtemallán,
el palacio de la soledad y la tristeza.
Pero ya llegará el día
en que se oiga una voz de trueno:
¡Traed el hacha, compañeros,
el fuego y la alegría!

LABORIOSIDAD

El carpintero
pacientemente
cepilla las tablas,
que mañana serán
los muebles del hogar
de una mujer bella,
mientras Hölderlin
pule, quizá, sus versos para ella.

SAN MIGUEL

San Miguel Arcángel
con su capa azul y oro,
peto, casco y espada
con bello damasquinado,
y sus piernas
de muchacha quinceañera,
de tentador y dulce rosado tono,
abre sus alas y sonrío
por tener al dragón humillado.
Pero estamos seguros
que este dragón,
bajo sus pies,
finge estar dominado,
solo por ver,
desde allí,
sus hermosas formas de mujer.

RANITA ENCANTADA

Una ranita
fina y delicada,
de color verde jade
me miraba y me miraba.

Pensé besarla
para substraerla
de aquel estado,
ofreciéndole
mi corazón
enamorado.

Sin embargo,
cerrando los ojos
apreté el paso
y seguí de largo.

Dios santo,
tú bien sabes
que por un encantamiento
yo he sufrido tanto.

Ella,
aquel amor
de antaño,
era así,
y con el beso
de amor
se convirtió
en una joven
morena y galana,
pero por dentro
siempre
siguió siendo rana.

FETICHISTA

En esta noche, triste y lánguida,
bajo un claro de luna y de jazmín,
mujercita de mi alma,
veo en el lazo
mis pantalones negros,
tendidos en el patio,
danzando a la par de tu camisa
color malva.

Hay algo de Beethoven en el aire,
y la luna y las estrellas
me mirán a la sombra de tus calzones
en lila y azul.

Y bañado por la luna,
acompañado por el silencio
y el aire fresco de la noche,
yo beso suavemente
tus ropas
de tela transparente.



TERQUEDAD

Yo siempre he querido
que Darío sea mi maestro.
Es claro,
Darío realmente es un joyero,
¡Dios mío!
ante él
yo soy únicamente
un humilde obrero
con barbas
y patas de macho cabrío.
Si escribo
es porque llevo dentro
un diablo suelto
y un ángel
(que casi nunca encuentro
porque con frecuencia
se mantiene
en la luna de Valencia),
pero insisto,
porque soy terco:
yo quiero que Darío
sea mi maestro,
pero sin cisnes
ni mármoles olímpicos,
y que yo siga siendo,
siempre, un mal cabestro.

UN DOMINGO EN LA CARPINTERIA

Aquel domingo,
en el silencio del taller,
ella era un bello cuerpo
de caoba desnuda,
a lo largo
del banco de carpintería.
Sobre esa caoba
pasé la garlopa
de mis manos de conacaste,
dejando amontonada
en su cabeza,
en sus sobacos
y en su pubis
la viruta fragante
de su pelo.

Poco a poco
aquella caoba
se fue mezclando
con la caricia sexual
del conacaste,
y nuestros cuerpos
rendidos y jadeantes
acabaron entrelazados
sobre las tablas
pulidas y sedosas.

Así quedamos
a la vista del cedro,
del pino,
del matiliguete,
del guayacán
y del ciprés,
quienes nos perfumaron
de la cabeza a los pies.

ALGO SOBRE LAS BOLAS DE PIEDRA

Elena,
siempre
veo mentalmente,
cuando pienso en tí,
las bolas de la Vereda del Brujo,
allá donde te conocí.

Siempre
asocio tus formas
redondas y puras
con aquellas hermosas
y redondas piedras duras,
precolombinas y famosas.

Y siempre
tendré presente
en mis manos
y en mi mente
esos volúmenes hermanos
que, allí, en El Alto Cabagra
hicieron de mí un sátiro
montado sobre una cabra.

PRIMAVERA

¡Divina primavera!
¡Mujer!
¡Divina primavera!
Las flores de durazno
han dejado caer
sus pétalos
en tu cabellera.

MAGNOLIA

Una noche,
cuando la luna llena,
con su suave luz de ópalo,
alumbraba la belleza
de una joven magnolia,
hermanándola con su imagen,
un terremoto terrible
derrumbó el muro de piedra,
gigante y vetusto,
que rodeaba el jardín,
sobre los lirios,
las rosas y los jazmines.

El único árbol
que se salvó
fue el de magnolia,
como un símbolo de consuelo
entre las ruinas.

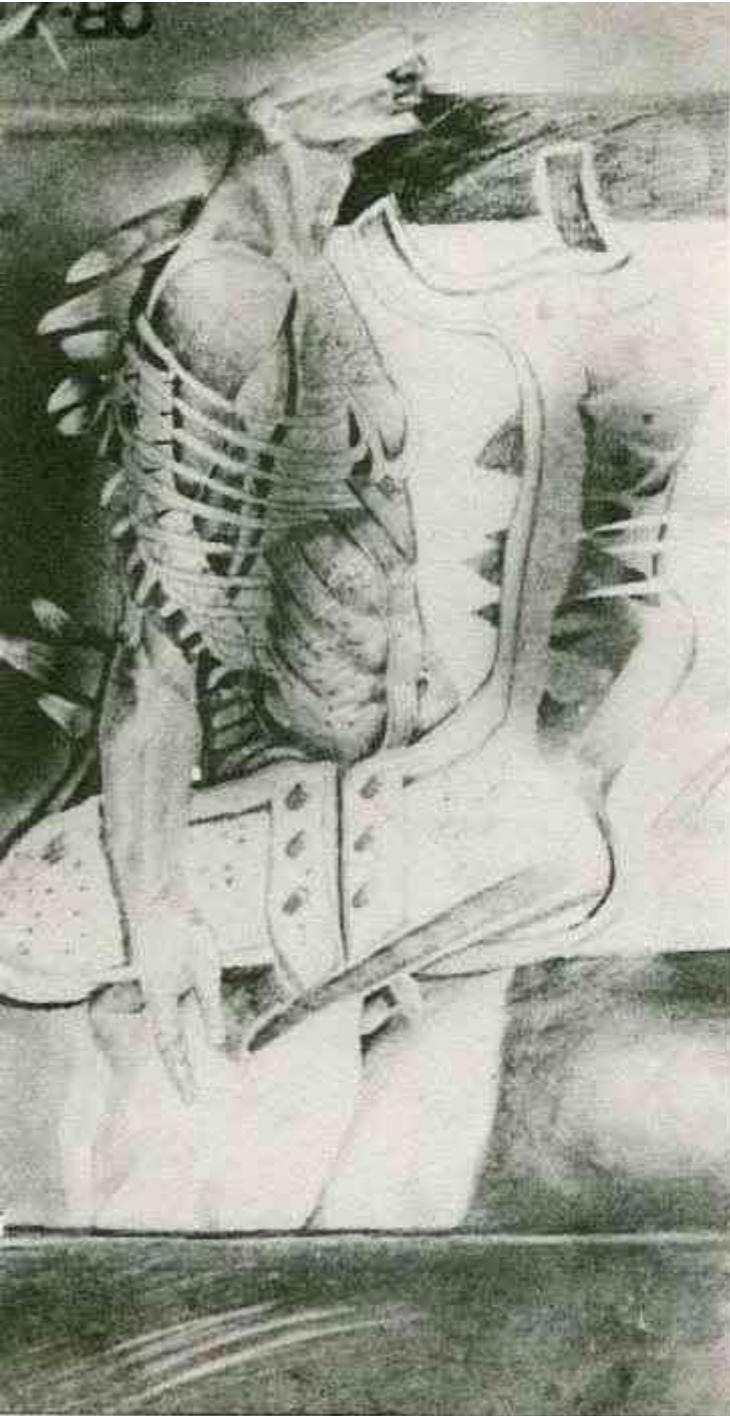
Pero a los pocos días
unos hombres rústicos
vinieron a talarlo,

dándole muerte
a esa bella y fragante magnolia
que en una época llenó de poesía
al mundo que la rodeaba,
perfumada
con los rayos de la luna.

MANZANA"

Cierto día,
cuando alegre
tenía yo
entre mis manos
una hermosa manzana,
descubrí en ella
unos cuantos gusanos.

Desde entonces
yo como manzanas
solo de noche
para no ver
gusano alguno
y no maldecir, jamás,
a mi destino
y vivir en paz.



HAMLET

De pié,
al borde
de la zanja-sarcófago,
tierra, arena y lombrices,
Hamlet oyó
el eco de su propia voz
que subía
por la escalera
de su esqueleto,
para ver la calavera
que florecía
en manos del enterrador:
"Ser o no ser,
he aquí la cuestión".
Pero en cosas filosóficas
los enterradores
son sordos,
las zanjas
y las calaveras también.

Por tanto:
Hamlet entra solo
a la zanja,
sereno, frío
y sin llanto.

HOSPITAL DE NIÑOS

Hospital encalado
de leche.
Paredes blancas,
cielo raso blanco,
pavimento blanco,
mesitas blancas,
carnas blancas,
sábanas blancas,
Hermanas de la Caridad
y enfermeras, blancas,
médicos y practicantes, blancos,
y dolores negros
dentro de niños negros.

Niños enfermos.
Esqueletos
fornados de pieles arrugadas,
abdomenes enormes,
brazos y piernas de araña.
Cabezas gigantes
pegadas a cuerpecitos torturados.
Ojos profundos
que interrogan
al silencio.

Quejidos
de almas inocentes,
recién llegadas a la vida
y que sienten
ser arrastradas hacia la muerte.

En un rincón de la sala
una lámpara votiva
hace palpar su llama inquieta,
lámpara que alumbrá suavemente
un cuadro grande,
que clavado en la pared,

adornado con flores de papel blanco
y cintas de tela blanca,
muestra la imagen de Jesús,
joven y bello,
vestido de blanco,
rodeado de niños
rubios y robustos,
con una leyenda bíblica que dice:
"Dejad que los niños vengan a mí".

Paredes,
cielo,
piso,
mesas,
camas,
sábanas,
Hermanas,
enfermeras,
médicos,
practicantes,
flores,
y Jesús,
blancos, blancos, blancos,
pero los niños enfermos,
los dolores y la muerte,
negros, negros, negros,
completamente negros.

SOLEDAD

Soledad,
que triste estás
entre la Piedad
y la Dolores.

De verdad,
te pareces
a la Virgen de Soledad,
entre puñales
y flores.

DOS VIDAS EN TIKAL

—Creo que he vivido
dos veces en Tikal,
en la de antaño
y en la actual.

A los pies de un templo
muy grande y antiguo,
que aun contemplo,
me quedé adormecido
no recuerdo cuando,
en misterio de selva,
en tiempo indefinido.

En los graderíos
de los templos
ví que subían
grandes filas de sacerdotes
en multicolores ríos.
Oí resonar grandes tambores
y el bramar

de recios caracoles
como el rugir del mar.

Y vi danzar a una mujer bella,
entre otras bellas,
que con su mirada
me brindó una estrella.

—Los sacerdotes que creíste ver
no eran más que hormigas
que subían a los árboles,
en donde te adormeciste ayer.

El sonido de instrumentos
que tú oías era el ruido
de los monos y de los pájaros
en los árboles corpulentos,
y la mujer graciosa
que te hechizó con la mirada,
quizá fue una mariposa.

—No, mujer, todo eso fue cierto,
lo dicen tus ojos, tu risa,
tu piel morena, tu cabellera negra
y tu cintura nerviosa,
ahora que estoy despierto.

LOLA

Lola,
la morena
que cantaba,
encerrada
en su cuarto,
desnuda y sola.

Lola,
la encantadora mujercita,
que cual gitana española,
no se bañaba en el río
desnuda y sola.

Hoy,
la dulce Lola
ya no cantará nunca
en su cuarto,
desnuda y sola.

Ahora
es una estatua
morena,
muerta
con un puñal en el pecho
y una gran amapola.

INFINITO AZUL

Cielo sereno y nocturno,
untado de silencio,
espacio infinito
donde la existencia
es un puro mito,
y la no existencia, también.

Azul oscuro
claveteado de diamantes,
signos eternos
de múltiples interrogantes
de la inmensidad.

Luna pálida,
nácar y ópalo,
fantasmal espejo
donde vive dormida
la imagen del conejo,
estampada por los mayas.

Vida que no es vida,
muerte que no es muerte.
Dados lanzados
al espacio,
a la pura suerte,
o en cálculo desconocido.

Cielo donde yo bebo
con ojos de espanto
la luz de las estrellas,
sin placer y sin llanto.



ASI FUE, ASI ES Y ASI SERA

En el sufrimiento
de los niños de Vietnam,
en el de los de Bangladesh
y en el de los de Panzós,
según parece,
nunca se fijó Dios.

El no quiso saber nada
del dolor de esos seres.
Recordemos que así fue
cuando Herodes,
el día de los inocentes,
mandó matar
a aquellas gentes.

¿Por qué? .
Pues, porque Dios
solo se encarga
de las cosas buenas
y el diablo, de las malas.
aunque le sean ajenas.

Esto dijeron los abuelos
y también lo expresaron nuestros padres,
desde antes del diluvio,
cuando Dios era grande,
blanco y rubio.
Y nosotros, asimismo
hemos de decirlo a nuestros hijos,
para no caer
en enredijos.

EL ABUELO

Tostado por el sol
de muchos años,
con la piel
pegada
a los huesos.

Envuelto
en una bata blanca,
tan blanca
como sus barbas,
el anciano,
con la mirada perdida
en la niebla
de sus lentes,
con voz clara
y palabras llanas
me dijo:
no corras,
el tiempo pasa igual,
con tu nerviosismo
o sin él.

Fijate bien:
nacer y morir
son las dos puertas,
entre ellas
está tu vida,
lo demás
es infinito,
y en ese infinito,
cuando logres
pasar el umbral
de la segunda puerta,
encontrarás la luz.

¿Y usted abuelo,
le dije,

cree en eso
de la luz? .
No, me respondió,
pero
esa es la tradición,
y además
es un consuelo.

AZUL

Azul cielo,
azul mar,
azul río.
¿Y por qué no:
azul Rubén Darío?

MANO DE MUJER

La mano femenina
es protectora y cariñosa
para el niño,
segura para el hermano,
amable para el amigo,
amorosa para el esposo,
y ardiente para el amante,
pero para la rival,
un puñal.

EL HOMBRE: UN PUENTE

—El hombre
no es completamente
un animal,
ni un Dios.

—¿Entonces qué es?

—Un puente entre los dos,
como lo dice Herman Hesse.
Por donde noche y día
pasa el amor
y la alegría,
y pasa la tristeza y el dolor.



LA VENTANA

En plena primavera
en una tarde azul,
llena de sol,
Pedro y Juan
miran por la ventana
a los transeuntes,
que pasan
por la calle
acompañados
de sus sombras.

—Desde aquí
se contempla bien
toda la calle.
¿Ves a esa mujer
tan linda?
Es joven y bella
y tiene las proporciones
ideales
de la mujer actual.
Así era,
indudablemente,
la reina Nefertiti,
así fué Friné,
María Antonieta,
Brigitte Bardot...

Ahora mira
a aquella otra mujer:
jorobada y tuerta,
que tiene las piernas
atrofiadas.

La mujer bella
camina orgullosamente
porque sabe
que con su figura

atrae las miradas
de medio mundo.

La mujer deforme
procura pasar
sin que la vean
porque las miradas
que le llegan
la fustigan
con el asombro,
la curiosidad
o la mofa.

Crees que es justo
que la bella
sienta orgullo
de su belleza
y que la fea
sienta vergüenza
por su fealdad?

—No, porque la belleza
y la fealdad,
en este caso,
son obras
de la Naturaleza.

—¿Y la inteligencia
puede ser motivo
de orgullo,
y la estupidez
de vergüenza?

—No, porque también
son dones
naturales.

¿Y la bondad
y la maldad?

—Son iguales
a lo antes dicho.

—Pero, ¿entonces,
en esto,
de qué debemos
enorgullecernos
y de qué
avergonzarnos?

—De nada,
por dentro
todos somos iguales.

El espíritu humano
es uno,
la diferencia
estriba
en lo físico.

La máquina
dentro de la cual
vivimos
hace las diferencias,
por su forma
y por su función.

Es por eso
que podemos ser
bellos, horribles,
inteligentes,
estúpidos,
cobardes
o valientes.

FRENTE A FRENTE

Frente al chimpancé
del zoológico,
viendo en sus ojos
el esfuerzo
y la tristeza
que le provoca
su impotencia
para aclarar
lo que entrevé
su pobre
entendimiento,
nos damos cuenta
de que muchos
de nosotros
(perdón señor licenciado,
perdón señor ingeniero,
perdón señor coronel,
perdón señor...)
casi existimos
igual que este mono.
Vivimos
dentro de dos jaulas,
la que forma
nuestra sociedad
y la que hace
nuestro propio cuerpo.

Esto,
mujercita de mi alma,
ya sé
que es delicado decirlo,
pero viendo
a este animal,
no aguanto
la tentación
de hacerlo.

Es horrible
que existan gentes
que miren las cosas
desde su incapacidad
para recordar
y para razonar
plenamente.

Muchos espíritus humanos,
desde las ventanas
de sus sentidos,
miran,
igual que lo hace
este mono,
a la naturaleza
que los rodea,
sin llegar
a tener
una noción clara
de lo que ven.

Sin embargo
tenemos confianza
en que llegará
el día
en que ya no nazcan
hombres imperfectos,
y que por selección
artificial
se controle
el tipo
del género humano,
para que este
sea bello,
fuerte,
inteligente
y sano,
y que así
se terminen

estas jaulas
donde ahora
nos encontramos
igual que el mono.

(Perdón señor licenciado
perdón señor ingeniero,
perdón señor coronel,
señoras y señores,
y tu también Zonia,
tu también).



REALIDAD

Todos los días
son redondos.
El mañana
es incierto.
Programa tu vida
para hoy
y realiza tus obras
inmediatamente.
Piensa que naciste
marcado por la muerte
y que para tí
el día de hoy
es lo único que existe.

LA MANO Y LA FLOR

Extiende tu mano,
apúrate,
toma esa flor,
porque mañana, hermano,
puede ser
que ya no exista la flor
ni tu mano.

CIVILIZACIONES

Desde sus albores
la humanidad
ha venido
caminando
entre charcos
de sangre.

Refriegas
fratricidas
crean
los días cortos
de Abel
y las noches largas
de Caín.

Millones
de millones
de cadáveres
de Abeles
hacen
los cimientos
de la historia
del hombre,
en su afán
de obtener
el sustento,
el fuego,
la tierra
y el amor.

Y siempre
habrán Caínes
y siempre
habrán Abeles.

EL ORIGEN

—Quítate la bella capa
vanidosa,
hermano,
y aquí sobre las piedras
y la arena seca
escuchemos a Quirón,
quien tiene mucho
que contarnos.

—¿Quereis saber
qué fue primero,
si el huevo o la gallina?

Esto es como indagar
qué fue primero,
¿el garañón
o el semen del garañón?

—Está bien, pero
¿cuál es el origen humano?
y, ¿quién fué primero,
el hombre o la mujer?

—El origen de la vida
está en la célula

Al principio no hubo
sexo masculino ni femenino,
lo positivo y lo negativo
hacían un solo cuerpo,
y con el correr del tiempo
estas fuerzas se separaron,
pero quedaron
con la atracción constante
de la una hacia la otra,
porque el macho
siempre conserva

algo de hembra,
y la hembra,
algo de macho,
el uno es complemento
del otro.

—¿En qué lugar
surgió la vida?

Podemos ver
que el principio
de la vida
de la flora
y de la fauna entera:
la flor,
el pez,
el ave,
la serpiente,
la pantera,
al igual
que el ser humano,
tuvo su origen
en la podre
del pantano.

Híncate hermana,
híncate hermano,
ante las moléculas
del agua,
del amonio
y del metano.

DESAYUNO

Sobre una servilleta blanca
una manzana roja,
en un cesto de mimbre
una hogaza de pan,
junto al cuchillo
una jarra de leche,
sobre un plato de porcelana
un queso.
Y, abajo de tu cabellera perfumada,
tus hombros suaves
donde yo pongo un beso.



BAJO LA LLUVIA

En la calle, a la lluvia terca y fría
yo miraba caer sin gracia
y llena de melancolía.
¡Era una desgracia!

Miles de maldiciones lanzaba yo
abajo de mi paraguas
cuando la ví venir bien mojada,
huyendo de las aguas.
La belleza de su cuerpo divino
era una preciosa evidencia,
en el vestido húmedo y fino,
en sutil transparencia.
Con mi paraguas, cortésmente
ofrecí protegerla
y ella aceptó nerviosa y sonriente.
¡Todo cambió al nomás verla!

El cielo se volvió de un gris
maravilloso como de perlas fulgurantes,
y la lluvia, de fino matiz,
similar a cristales y diamantes.

PAISAJE EN LA TARDE

Pasa lentamente,
sobre el azul-celeste,
volando en fila india,
una bandada
de patos salvajes,
mientras
el sol poniente
luciendo sus mejores galas
en rojo y naranja,
cadenciosamente busca
los senos turgentes
de las montañas negras.

Y entre la intimidad
del bosque
un rancho pajizo,
exhalando nubes
de humo,
nos atrae
con el aroma
de la leña de encino,
del café caliente
y de algo femenino
de una flor morena y ardiente.

MI PROSA PROFANA

Algún día escribiré
una prosa profana
para una hermosa
mujer cubana,
no rubia color de rosa,
ni de porcelana,
sino que negra pura,
de la piel
más oscura,
pero dulce como la miel.
Igual a una escultura
que siempre he soñado
pero que la realidad
me ha negado.



OTOÑO

Huye de mí,
mujer,
huye inmediatamente.
No quiero que me veas
convertido en monstruo.

La vejez
se está apoderando de mí.
Es triste contemplar
esta transformación terrible.

Odio a la vejez
más que a la muerte,
porque la vejez nos deforma,
y, en cambio, la muerte
nos borra definitivamente.

Huye, mujer, huye,
y llévate el recuerdo
de mis últimas hojas
y ramas verdes.

LECHERIA

En el techo
del cobertizo,
dos palomos
en pleno arrullo;
en el piso,
una gallina
atendiendo
a un gallo,
y en el interior
de la barraca
una mocetona descalza,
entre el olor
de la hierba fresca,
de la leche
y del estiércol,
con un tridente,
muchas pacas de heno,
varias cubetas
y tres vacas.

Ah,
cuando la lechera
se agacha,
sus hermosas piernas
exigen que yo brame
como lo hace el toro,
allá, tras la cerca,
pidiendo a gritos
una vaca.

LA CHINA

Cierto día,
mi amigo,
mi viejo amigo
de bohemia
(de farra,
mejor dicho)
lleno de euforia
quería a toda costa
presentarme
a una amiga suya
a la cual
él quería enamorar.
Era muy linda, decía,
y que trabajaba en un bar.

Conocerla
no me hacía mucha gracia
pues no me interesaba
en absoluto
el tal romance suyo,
pero, en fin,
por complacerlo
al bar lo acompañé,
sin entender
para qué.

Y nos metimos allí
entre las luces,
la música,
la gran nube de humo
de los fumadores,
las risas y las voces
de las mujeres,
de los jóvenes
y de los viejos,
reflejados en los vasos,
en las botellas y en los espejos.

Una mujer joven,
delgada,
morena clara,
pálida
de cabellera negra
y de ojos rasgados,
nos saludó
con una sonrisa dulce
y fina:
le decían
la China.

Era ella
la que tenía hechizado
el corazón de mi amigo,
poniéndolo en desconcierto;
lo cual miraba yo, entonces,
que era muy cierto.

Mis ojos, al encontrarse
con los de ella,
dijeron algo
que fue contestado
con una dulce mirada,
de la que el amigo
no entendió nada.

Luego,
en una pequeña oportunidad,
en secreto, ella y yo,
dos o tres palabras
nos dijimos
y de acuerdo
estuvimos.

¿Una cerveza,
dos, tres?
¿más?

Y al instante,

una disculpa mía,
al amigo,
para dejarlo solo,
un momento,
por algo muy personal,
lo que él atendió,
como era natural.

Afuera del bar,
la China me esperaba.
¿A donde ir?
En la vecindad del bar
había un hotelito anexo
y allí fuimos
muy juntos,
y en éxtasis nos perdimos.

Cuando volvimos
al bar
alguien nos dijo
que el amigo
se había marchado
desesperado,
aburrido
y borracho.

Entonces, nosotros,
sin chistar palabra,
con las cabezas
muy juntas
y agarrados
de las manos,
al cuartito del anexo,
regresamos.

LA MEJOR RECETA

Al verme
tan excitado,
para tranquilizarme,
muy calmado
el doctor
me dijo:
usa alcanfor,
hijo.

Pero, por suerte, Juana
se abrió, ese mismo día,
como una flor galana,
entregándome la maravilla
del verdadero amor,
y así ya no llegué a usar
aquel tal alcanfor.



NO MIENTAS AMADOR

Diálogo entre el Marqués de Sade y un alma inocente.

—Todo el mundo sabe
que yo soy el Marqués de Sade
y me miran como loco
o como diablo,
pero de loco y de diablo
todos, todos
tenemos algo,
y algunos no poco.
Tú mismo
que me miras,
poniendo cara de inocente,
tienes algo latente.

Todos, más o menos,
mezclamos
en el amor,
algún dolor
o en el dolor,
algún amor.
¿No has oído que al ser amado
le llamamos adorado tormento?
¿No has sentido nunca el placer
de sufrir por el amor
de una mujer?

Tú, en alguna ocasión
has sentido la pasión
de sufrir con tu amor.
No mientas.

¿Quién no ha escuchado,
alguna vez,
cerca de su oreja,

que su amada le dice dulcemente:
Me dan ganas de morderte?

¿Quién no ha gozado,
en su espalda,
unas uñas afiladas
que lo hieren con amor?

¿Quién no ha descubierto,
con afecto,
las huellas
de un dulce mordisco
de la noche anterior?

¿Y quién no ha sentido,
teniendo entre sus brazos
a su dueña,
el deseo de atravesarla
con su espada de fuego?

Dí la verdad,
habla con franqueza.

—Perdóname Marqués,
debo confesarte
que todo eso
yo lo he sufrido con placer,
alguna vez.
Y hablando francamente, Marqués:
más de una vez.

LAS HORMIGAS

Arriba,
las ramas del durazno
cargadas de flores
con sutiles gráficos negros,
cubiertos de joyas color de rosa,
sobre de un profundo azul porcelana.

Y abajo,
entre las raíces del árbol
y las piedras cubiertas de musgo,
un rosario de hormigas va caminando.

Desde hace siglos
ellas son atacadas por múltiples seres,
pero saben resistir,
y con paciencia y tenacidad
saben esperar.

Ayer traían los restos
de un escarabajo,
hoy traen los de una serpiente,
y mañana, quizá los de un coronel
¿Y por qué no, compadre, por qué no?

DELIRIUM

Son las cuatro de la mañana
y esta calle triste y sin fin
me lleva somnoliento.

Unas casas son grises
y otras amarillentas:
ceniza y hueso.

El silencio y las luces de los postes
se hermanan con el aire frío
que con filos de hielo
recorre mi columna vertebral,
electrizante escalofrío.

Mi sombra y yo
somos sonámbulos
y mis pasos,
en el pavimento,
suenan como trozos de madera
sobre ataúdes vacíos.

El frío, el cansancio
y una sed de whisky
me atormentan.

Mi salvación está en poder encontrar
un bar abierto,
¡uno, tan solo uno!

Dios me ha oído:
he aquí una cantina,
de mala muerte, pero cantina.
Adentro las luces mortecinas
penosamente alumbran el tugurio.
No veo casi nada,
apenas unas sombras
entre el tufo nauseabundo
de aguardiente, tabaco, kerosina,
sudor, orines y creolina.
Un buho con forma de mujer

surgió atrás del mostrador,
enmarcado por una estantería
llena de frascos y botellas.
Colgajos desteñidos
de papel de china
se mueven con el aire negro.

En ese sueño de la razón
que produce monstruos
oigo mi propia voz
que pide un trago,
mientras mi mano coloca,
en el frío mostrador,
un billete arrugado.
No hay más,
es el único que tengo.

Los movimientos lentos
que hace la cantinera,
son demasiado lentos;
me dan ganas de gritar
y de arrebatarse la botella.
La sed de licor me está matando;
un sudor helado
recorre todo mi cuerpo,
y el corazón me palpita en la garganta.
Al fin tengo el vaso en la mano
y tomo el aguardiente.
El alma me vuelve al cuerpo.
Yo debería tomar más, mucho más,
pero no tengo dinero.
Abandono este lugar
y, nuevamente en la calle,
siento que mis piernas
otra vez son más.
Debo llegar luego a mi casa
antes de perder estas fuerzas.
El frío ya no me parece tan frío,
además todo parece un poco más claro.

Algunos hombres presurosos
y arropados como bandidos,
con gorras de lana
hundidas hasta las orejas,
pasan furtivamente.
Un lechero surge en bicicleta,
sacudiendo las botellas
dentro de la canasta
de alambres y hierros viejos, y desaparece.

Ya no lo veo
pero oigo el tintineo
de las botellas
que poco a poco
se borra en la neblina.
Esto me recuerda
que anoche unas botellas cantaban
cuando lanzaban sus licores en mis vasos,
al compás de la música que atronaba en el burdel.

Mis manos,
que ahora están tan frías,
aún tienen el perfume de las mujeres
que anoche rieron pegadas a mi cuerpo.
Oigo claramente sus voces argentinas,
sus risas y sus gritos de alegría.
Anoche yo era un sultán
rodeado de mujeres alegres,
cariñosas y bellas.
Yo tenía la cartera
llena de billetes.
Hubo música, licores y caricias.
La mujer negra,
que tanto me gustó, era azul,
y la blanca,
que bailó desnuda, amarilla.
Por todos lados
había brillantes,
rubíes y topacios;

los hombres eran sombras,
y las mujeres: luces de fuego vivo.

Mis billetes y mis monedas
atrajeron a las muchachas más bellas
y abrieron muchas botellas
de whisky, ron y cerveza.

En las palmas de mis manos
están presentes todas las curvas tibias
de aquella negra que era azul,
y de todas las demás mujeres
que yo, como río ígneo
pasé acariciando:
piedras redondas y finas
que palpitaron entre las llamas
de mi alegría.

¿Qué más hice?
¿cómo salí de allí?
¿en que diablos gasté todo el dinero?
¿ahora, qué disculpas le daré a mi mujer?
Además: ¿Por qué debo disculparme?
y ¿por qué estoy amarrado a una mujer?

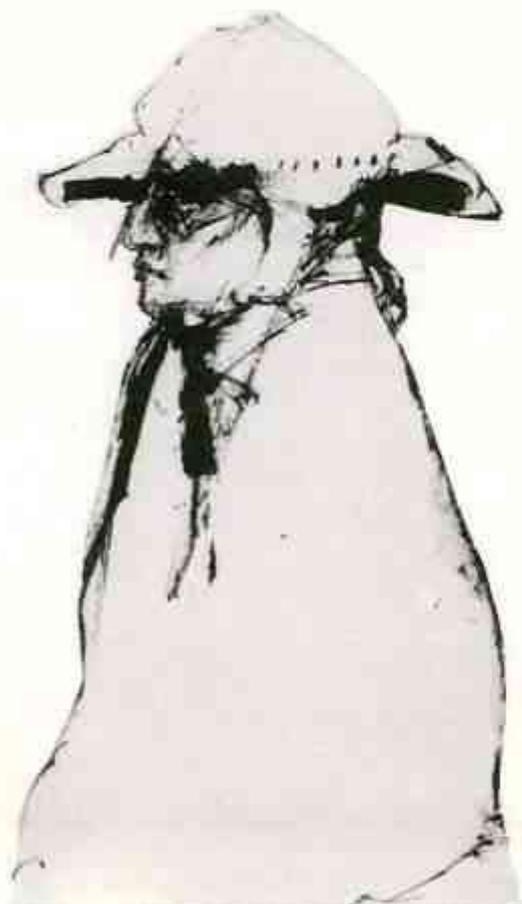
Ya voy llegando a mi casa.
Esta es la puerta.
No tengo deseos de entrar.
Estoy deshecho:
con ganas me acostaría aquí en la calle,
pero tengo sed, una serpiente de sed,
por tanto tengo que entrar
y conseguir dinero, sea como sea.
Necesito una botella de whisky,
¡una botella de whisky!
¡mil botellas de whisky!

Por suerte,
la puerta no hace ruido;

mi mujer está dormida
y yo puedo moverme
sin que ella se de cuenta.
Pero no debo acostarme;
lo que tengo que hacer
es sacar el dinero del ropero.
Lo malo está
en que mi mujer
tiene escondida la llave.

Siento, otra vez,
el sudor frío y la sed terrible.
¡La llave! ¿dónde está la llave?
Pero ¿por qué debe ser necesaria una llave
para abrir el ropero?
Es más fácil romperlo.

En el cajón de mis fierros
hay una llave inglesa,
con ella le daré un solo golpe;
sí, un solo golpe
para que no se dé cuenta
cuando yo rompa el ropero.
Eso es: un solo golpe en la cabeza,
sí, un solo golpe.



MARIMBA DE LOS ALTOS TOCADA POR LOS BAJOS

Ataud indígena
igual que el tun,
que guarda
entre sus tablas
el alma de Tecún.

Horizontal escalera
en donde cuelgan
múltiples tetas
de jícara o de madera,
partes carnales
de Ixquic
y huesos de la calavera.

Esqueleto
de palo de hormigo
aporreado
por los indios.

Tablas y tablitas
que ronronean
hormigueantes,
entre las pitas
y los tecomates
que se despepitan
en notas musicales,
haciendo bailar
a las hormigas
y a los zompopos
el baile del son
de los que son
y el son
de los que fueron
y que ya no son.

A UNA GUANAQUITA

¿Que cómo es Guatemala?
Bueno, pues sin pena
te digo que no es muy mala
pero tampoco es muy buena.
Lo mejor es que vengas a verla,
de cerca o de lejos,
para conocerla a tu antojo,
y veras que tanto al viejo
como al patojo,
sin alharaca,
les encanta la belleza
de la mujer guanaca,
y que en medio
de nuestros males
tenemos tiempo
para oír marimba
y para comer tamales.

AMOR LIBRE EN EL MERCADO

Dos rábanos
en brama
logran unirse
en medio
de la calle.

La amenaza
de un camión
los separa
haciéndolos gritar
al rojo vivo.

Los ojos
de una niña-manzana
brillan
de lujuria, mientras
una anciana-cebolla,
con la señal
de la cruz,
ahuyenta
a los demonios
de los chiles
y de la pimienta.

ROBOTS

Fíjate mujer
que si no se mueve
la hoja del árbol,
sin la voluntad
de Dios,
y si todos
nuestros actos
están regidos
por la predestinación
—que lindo cuerpo
tienes, mujercita—
entonces nosotros
no somos más
que simples robots,
creados,
programados
y manipulados
por el creador.

Si no se mueve
la hoja
sin la voluntad divina,
también
no se mueven
sin ella
tus caderas,
tu cintura
y tu vagina.

Eres una estrella
rutifante
fruta apetitosa,
flor de fuego,
hoja temblorosa,
perfume
de la tierra

húmeda
y palpitante.

Cierra
tus dulces ojos,
mujer,
deja que mis manos
conozcan tu cintura
y abran tus cerrojos.
Piensa...
que somos robots
y que la orden
de poseerte
me viene de arriba,
de lo más fuerte,
de allí,
de donde reparten
la vida
y de donde reparten
la muerte.
Déjate, negra consentida.



AL ALIMON

Julia y yo planeamos aquí el soneto,
cogiendo ambos la forma al alimón,
solitos, a oscuras, en un rincón
y descansando un acabado completo.

Caramba, en el cuarteto segundo
tengo miedo de quedarme inmerso
y sin lograr finalizar... el verso,
pero al fin siento que lo sello y fundo.

Juntamente con esta joven bella,
en el primer terceto yo logro entrar,
sin descansar y a insistencia de ella.

Y aquí el tope llegamos a tocar,
del último terceto que se estrella,
y este soneto... ¡logramos acabar! .

BAJO DE UN CIPRES

Haciendo alarde
de mi fortaleza,
aquella tarde,
yo hice que Teresa
se retorciera abajo del ciprés,
con toda su belleza,
al derecho y al revés,
pero ella, al verme rendido,
poco después,
me dijo al oído:
a que no me lo haces otra vez.

ULTIMO DESEO

Cuando yo muera
no quiero que pongan
en mi tumba
lápidas,
estelas,
cruces o columnas;
yo quiero
que pongan erecto
un gran falo
de mármol negro,
bien pulido,
por si algún día
algunas chicas
quisieran perfumarlo.

PARAISO TERRENAL

La Biblia habla
del paraíso terrenal
pero no dice
dónde estaba
ese jardín maravilloso.

Unos sabios presumen
que quedaba
entre el Tigris
y el Eufrates,
más o menos.
Otros dicen
que no existió jamás.
Sin embargo,
yo sé que existe
el paraíso.
Ese jardín encantado,
el edén de mis ensueños,
está allí
entre tus piernas divinas,
María Noemí.

ANACORETA

En un lugar africano
un viejo anacoreta
dispuso vivir
arriba de una gran columna,
en la que de día y de noche,
ante el mundo,
predicaba,
rezaba,
dormía,
y... hacía lo demás.

Al principio
este santo varón
fue oído y aclamado
por grandes multitudes,
pero a los pocos días
solo perros y buitres lo miraban,
pues la columna de granito,
donde vivía
el viejo anacoreta,
estaca de loro parecía.

CUPIDO A LA VISTA

Ay, si yo pudiera, Ana María,
hablarte muy de cerca y muy quedo,
pero al verte tiemblo y hablar no puedo;
¡cuántas cosas lindas yo te diría!

Por eso hoy te escribo este soneto,
quizá muy mal escrito y enredado,
por estar de tí loco enamorado,
con mucho temor y mucho respeto.

Debes saber que viendo tu belleza
siento que en mudo casi me convierto
y mi pulsación a pararse empieza,

como lo hace la cobra en el desierto
al ver una mangosta en la maleza,
y se pone tiesa. Eso es lo cierto.



MINOTAURO

En llamas y mugiendo contra el viento,
como un toro fiero y testarudo,
a la luz de aquel sol salvaje y rudo
llegué hasta tí, por tu amor, sediento.

Tú me fascinabas con la belleza
de tu cuerpo dulce, joven y bello,
con tus flameantes labios de frambuesa
y con tu laberíntico cabello.

En ese tiempo feliz y ardoroso
en que te poseí intensamente,
fue mi vida de increíble gozo;

después, tú cambiaste toda mi suerte
al darme con el rejón inclemente,
de tu traición, esta terrible muerte.

LA LLAVE

Un beso fue la llave
para abrir la puerta
de los muslos
de la dulce Berta;
alas nacaradas
de nerviosa ave,
que surcaron el espacio
en raudó vuelo
y me entregaron
el cielo.

EL DESEO

—¿Quién eres tú,
que vives inconforme
en medio de nosotros?

—Yo soy un ser
que vino a este mundo,
sin querer,
tal vez
por equivocación
del que hace
los envíos.
Vine sin mi voluntad,
nadie me dijo nada,
ni pidió
mi parecer.
Si yo hubiera sabido
que vendría aquí,
entonces
hubiera pedido,

ser un garañón negro
de dos metros de alto
para que de un solo salto
pudiera montarme
a la Reina Isabel.

—¿A su Majestad Británica?

—No, hombre,
a la lancha
de mi tío Manuel.

'EL GRAN MANDRIL'

1920.
Casa presidencial
del Gran Mandril.
Arquitectura fría,
similar
a la de un ataud
de millonario excéntrico.

Antesala,
soldados
y más soldados,
un oficial
con galones dorados
grandes cejas negras
y grandes
colmillos blancos.
Veinticuatro
ametralladoras
el piso reluciente
y el retrato

del excelentísimo
señor presidente.

Sala de espera.
Soldados en las puertas
y filas de sillas negras,
pegadas a las paredes,
ocupadas por gentes
viejas, avejentadas
y por avejentar,
parecidas a momias
pintadas de colores
de miedo,
astucia,
adulación
y servilismo.
Ninguna de ellas
tenía nada
en sus manos,
pero sí en sus cráneos:
chismes,
acusaciones,
chismes,
informes,
chismes,
delaciones,
chismes,
solicitudes,
chismes,
asesinatos,
chismes
y dos niñas
muy hermosas
para el Señor
Presidente
(obsequio
de un admirador
ferviente).

Y sobre
el muro principal,
el retrato
del general.

La presencia
de este retrato
se repetía
en la sala de oficiales,
en la secretaría,
en el archivo
y hasta
en la guardiana.

Despacho presidencial.
Dos oficiales
de estado mayor
con uniforme
de gala,
muebles pullman
y alfombra
de pared a pared,
cortinajes
y lámparas,
escritorio,
teléfonos
y relojes.
El pabellón nacional,
el escudo
y dos mesitas
con grandes pilas
de papel:
listas de personas
muertas,
de personas
medio muertas
y de las que deberían
morir.
Listas



de las que voluntariamente
se entregaron
y de las que lo hicieron
a la fuerza.

Aquí,
en todos los objetos,
en el piso,
en las paredes
y en el techo
está presente
el espíritu
del Señor Presidente.

(y todos pensamos,
naturalmente,
que también
en el corazón
de sus conciudadanos).

Aquí vienen todos
a rendir pleitesía.

¿Y qué tiene
esto de malo,
acaso no es él
el gran mandril?

En estas salas
todos se ponen
a gatas,
por las buenas
o por las malas.

Así ha sido siempre.
Todo el mundo
es servil
ante su excelencia
el gran mandril.

CARNICERIA

Nuestros corazones
se llenan de gozo
al contemplar
una carnicería,
pensando
en las chuletas
y los asados
que pueden
ser parte
de una mesa
como las que viera
Sancho
en las bodas
de Camacho.
Hablando francamente,
una carnicería
es un depósito
de cadáveres
que vemos
con hambre
y con alegría.

CUESTION DE PROPORCIONES

Si existieran,
cerca de nosotros,
tigres de ocho metros
de alto,
entonces
nos daríamos cuenta
de los malos ratos
que pasan
los pájaros
y los ratones
en presencia de los gatos.

Y si ante nosotros
vivieran
los tiranosaurios,
comprenderíamos,
de veras,
lo aflictivo
de los pollos
cuando caen
en manos
de las cocineras.

Pero,
¿para qué pensar
en estos casos,
si yo vivo mimado
entre tus pechos
y tus brazos?

HOMUNCULO

Sobre sus zapatos
de grandes suelas,
a manera de coturnos,
este hombre enano
que se esforzaba
por ser grande,
acostumbraba gritar
a sus hermanos,
pobres homúnculos
enanos,
igual que él,
engendros de Luzbel.

En cambio,
con los hombres
grandes y fuertes,
parecía una ramera,
amable y zalamera.

Y con las mujeres,
a veces lizonjero,
mordaz y sarcástico,
más bien burlón,
generalmente era un bufón.

El vino dulce
que las mujeres bellas
compartían
con los efebos,
era para él
un veneno amargo y cruel.

Asimismo,
el talento
de otros,
en él fue un tormento.

Amargado y vil,
vivía retorcido y enroscado
como un reptil,
y, sobre los humildes,
en cualquier momento,
descargaba su sadismo cruento.

Así, este homúnculo, nunca pudo ver
ni comprender
el talento, la bondad,
la belleza ni el placer.



CRISALIDAS

Todos hemos sido gusanos.
Ahora todos somos crisálidas
y después todos seremos mariposas;
pero ¿cuándo Señor?
¿Cuándo? .

SUEÑO DE HACHIS

Bajo de un cielo anaranjado,
sobre un campo color corinto,
un grupo de serpientes, verde y morado,
devora flores de jacinto,
y en un diabólico rito
Eva, desnuda y ebria de lujuria,
lanza un grito
que me excita con furia,
dándole a mi lengua y a mi sexo
exigencias de ardoroso fuego,
incendiándome el plexo
y arrastrándome hacia ella, rojo y ciego.

PARIA

Ay, hermano,
este era
un pobre ser humano
que tenía la vida de limosna
y por mujer, su propia mano.

LAS VIEJAS

Santas parecen las viejas
cansadas y diminutas,
con sus canas y consejas,
aunque antaño fueron putas.

ODIO

El manco odia a los mancos,
el tuerto a los tuertos,
el cojo a los cojos
y el jorobado a los jorobados,
pero al normal
lo odian todos los tarados.

EL MARQUEZ DE SADE

El Marquez de Sade, ardiente,
era Gomorra y Sodoma,
pero no estando caliente
era una marisa paloma.

LA VIEJA GLORIA

Y casi siempre la gloria
va llegando con la artritis,
en frío y sin euforia,
con impotencia y gastritis.

DESILUSION

El lugar era propicio,
la mujer: joven y bella.
Yo ya estaba fuera de quicio
al ver la sonrisa de la doncella,
pero la voz del muchacho
derrumbó todo mi anhelo,
me dejó hecho un mamarracho
al gritarme: ¡Abuelo!

MIOPE

Sin anteojos,
una rosa
ante mis ojos
puede ser mariposa,
y tú,
muy hermosa,
Marilú.

GUSANOS

¿Por qué el orgullo de los humanos
frente
a los gusanos,
si finalmente
todos seremos hermanos?

EL VIEJO

En el ocaso,
bandada de pájaros
busca su nido,
y yo lleno de recuerdos
de un mundo ya perdido.

RINA

Un grupo de niños
Boy Scouts
mira que un negro
duerme a otro
a knock outs.

DESGRACIA

Machete caído,
indio muerto,
o por lo menos
manco o tuerto.

SERPIENTE GITANA

Delgada,
morena
y ondulante,
venenosa
y fascinante.

CANTE JONDO

Angustia aguda
y doliente.
Pena que dá pena
a los pies
de La Macarena.

JUEGO

Por desgracia, cierto día,
vió mi tía, con asombro,
que yo con Ana María
jugaba armas al hombro.

HISTORIA ANTIGUA

De la hermosa viuda de Efeso,
dicen que bajo de un tronco de olivo,
suspiraba por su difunto tieso
y sonreía a su amante vivo.



RECORDANDO A SUETONIO

En "El Satiricón" cuenta Suetonio
que un hombre en lobo se convertía.
Yo me vuelvo chucho, y hasta demonio,
cuando tengo muy cerca a la Sofía.

AMANTES POMPEYANOS

En Pompeya dos amantes
entre la lava murieron,
abrazados y calientes,
pues mucho fuego cogieron.

ALVARADO Y TECUN

Don Pedro de Alvarado
era un viejo grandote,
muy canche y colorado,
metido dentro de un bote.

Y el rey don Tecún Umán
era un indio sin igual,
portando una gran lanza
y, hecho sencillo, un quetzal.

DON PEDRO DE LA CABADA

En la época colonial,
mujer soltera o casada
suspiraba por el genial
Don Pedro de la Cabada.

DON JUAN DE LA COSA

Y ese caballero ardiente
rodeado de tanta moza,
bella, bonita y sonriente,
era Don Juan de la Cosa.

MODELOS (primera explicación)

En el arte,
las modelos
para "Las Señoritas de Aviñón"
de Picasso
y las bailarinas
de Lautrec:
flores y frutas,
pero en la realidad:
Putas.
No te asustes Inés,
en la realidad
así es.

CONTACTO

De Alicia,
abajo de la mesa,
con el mimo
de un gato,
siento la caricia
del pié y su zapato.

RECUERDO RURAL

Ana María,
siempre recuerdo
el aroma
del zacate
y del estiércol,
que nos llegaba
del establo,
y tu desnudez
que me calentaba
como el diablo.

ESCULTOR...

Tú, en piedra, en bronce, en cedro o en palo-rosa,
de esta mujer que es digna de admirarla,
su belleza inmortaliza, al modelarla,
ya que ahora con su gracia el corazón nos roza.

Haz una obra que perdure y que sea hermosa,
antes que el tiempo cruel llegue a marchitarla,
aviva manos y ojos para realizarla
y para nada pongas atenciones en otra cosa.

Piensa que esta ha de ser tu obra maestra,
fidel testimonio de tu admiración ferviente
a esa dulce belleza de la mujer nuestra,

que la naturaleza nos dona gentilmente,
por ser ella del paraíso una real muestra,
y con eso ya podrás morir tranquilamente.

GITANERIAS

Aquella noche
yo la pasé
con tres gitanas
bonitas,
alegres y con ganas,
pero al día siguiente
desperté abandonado,
tristemente
sin un centavo.

Recuerdo
que una de ellas
me dijo
que era niña,
otra que era casada,
y la tercera
que estaba embarazada.

Todo fué cantos,
bailes,
risas
y alegría:
una verdadera
algarabía.

Grandes
fueron los placeres
entre el tañer de las guitarras
el vino y las mujeres.

Las tres se acostaron
conmigo
y las tres,
en la madrugada,
me dejaron dormido
y sin nada.

Si señor,
las tres
me dejaron solo
y descalzo,
pero las tres
llevan dinero falso.

AMOR EXTRAÑO

—El era un centauro
y ella era un libro.
Los dos se amaban
con pasión.

—Pero eso era absurdo.
Jamás podrían llegar
a unirse en matrimonio.

—Sin embargo
lo lograron.

—¿Cómo fue eso?

—Ella abrió sus páginas
dedicadas a la mitología.
Así pudo él entrar
a unirse en lo más
profundo de su amada.

—¿Y tienen hijos?

—Sí, dos ilustraciones
preciosas.

HERODES Y HERODIAS

Los escandalosos y bíblicos días,
aquellos meros,
cuando Herodes
bailaba en cueros
con Herodías,
hasta que ella acababa
montada en sus rodillas,
hecha una odalisca,
pidiendo
la cabeza del Bautista,
esos eran los meros días
alegres, que en la historia tenemos
de Herodes y Herodías.

SORPRESAS

Hermano,
de una espina
nace una rosa
y de un gusano,
una mariposa.

Y de cualquier
rincón
te puede sorprender
un maricón, como ratón
maquillado
de mujer.



Y ASI FUE

Ella me gustaba,
pero cada vez
que yo la miraba
me daba temor hablarle.

Era tan sutil
como un rayo de luna
sobre las aguas
del lago azul,
como los lirios
y el tul.

Armado de valor
pero temblando,
al fin le dije:
quisiera verla a solas,
deseo decirle, ligero,
lo mucho que me gusta
y lo mucho que la quiero.

Está bien, me contestó
muy contenta,
pero vestida
y que nadie se de cuenta.

Y así me hizo ver,
luego,
que ella era toda una mujer
de fuego
y yo, un tímido mancebo.

LA NEGRITA DEL BONGO

Si el viejo San Antonio,
que vivía
en pie de guerra
en contra
del mismísimo demonio,
se rindió,
¿que puedo
hacer yo,
ante tus encantos,
negrita
culo de bongó? .
Perdona,
Inés,
que te lo diga,
pero tú eres
el demonio
de mi vida.

A LUCIA

El día que yo muera
no digais que estoy muerto,
no, decid que estoy en espera
de volver al huerto
para gozar a la vera
de un sol despierto.

Decid que espero a Lucia
para ver sus ojos gitanos
radiantes de fuego y de poesía,
y depositar mi corazón entre sus manos.

No, no digais que estoy muerto,
decid que espero a Lucía.

FERIA DE ESCUINTLA

Zarabandas
llenar de luces
y de adornos de papel
de múltiples colores.
Hojas de pino
y de pacaya
unidas al son
de la marimba
y a los ramos
de flores.

Indios borrachos
que bailan con las indias,
indias que bailan
con indios
e indios con indios.

Ojos de machos cabríos
que brillan
frente a las risas
de las hembras
perfumadas
y jadeantes.

Pero un solo descuido
entre una mirada
y una sonrisa ajena,
basta
para que los machetes
lancen sus rayos
de sangre
y de muerte.

El calor del trópico,
el del guaro
y el de las mujeres
es para los indios
una maldición.



Cada año
brotan más cruces
en el camposanto,
el día de Concepción.

EL MUSGO Y LA SIEMPREVIVA

Es muy cierto
que el musgo revive,
aun estando medio muerto,
cuando agua recibe,
y que la siempreviva
al contacto del agua
también se aviva,
igual que mi mano bajo tu enagua.

LOS JINETES DE TAMERLAN

Los cien mil jinetes
del Gran Tamerlán,
que desterraron de la India
a los gitanos,
después lloraron
por las gitanas,
recordando
sus cabelleras negras,
sus ojos brujos
y aquellas morenas
y juncales cinturas,
que tan lindamente
sabían bailar
y retorcerse
en los palacios,
en las tiendas de campaña
y en los matorrales.

Así fue
como ellos lloraron
por las gitanas,
de tristeza
y de ganas.

LAS MUSAS

Escultor,
quédate con tu musa
de piedra fría,
que yo prefiero
la mía,
de carne viva
y salvaje,
que me calienta
y aviva,
aunque
con su loca belleza
me turba el alma
confusa.
En fin, qué porfía,
quédate con tu musa,
que yo no suelto la mía.

'CURRICULUM

Ayer
un embrión
repulsivo,
mañana
un cadáver
putrefacto,
pero ahora
un fanático
de la belleza
y del amor.

YO QUISIERA DIBUJAR

Mujer,
yo quisiera
hacer dibujos,
pero no de esos
que hace cualquiera,
sino de los que hacen
los brujos,
los mediums
y los locos,
o como los que hacen
los salvajes:
mujeres desnudas,
diablos
y paisajes,
negros y rojos,
como tus labios,
tus cabellos
tu culo
y tus ojos.

ROPA TENDIDA

Allá en la terraza vecina,
señas hacen las ropas tendidas,
que muy bien pueden ser de llamadas,
o tal vez de tristes despedidas.

ESTAMPA GOYESCA

Entre rezos, aquelarres y embrujos,
diablos, viejas, ajos y cebolla,
una maja de grandes ojos brujos
y, naturalmente, Goya.

CUADERNO DE APUNTES

Aquí, un apunte a lápiz, un dato, .
o a tinta una pequeña nota;
un poema, una rosa, un gato
o una mujercita en pelota.

ELLA EN EL RIO

Cuando ella,
al subir su falda,
subió toda su ropa,
surgió una mariposa negra
sobre una roca.

EN LA CHARCA

La rana,
en la tranquilidad
de la charca,
nadaba
pulcra y parca.

ARQUEOLOGIA

Muro vetusto,
jeroglíficos mayas,
hiedra,
lagartijas
y flores silvestres.

EN EL ALFEIZAR

Jóven,
hermosa
y sana,
sus pechos
en la ventana.



MUJERES

Las sílfides
me embriagaron
con sus rosas divinas
y me hirieron
con sus espinas.

Yo solamente era sátiro
y artista,
pero ellas me hicieron trágico
y masoquista.

CAMPIÑA

El azul-negro
del clarinero,
las flores del durazno
y un sol mañanero.

JUGANDO A LA GALLINA CIEGA

En un descuido,
jugando jugando,
sus pechos
pasé tocando.

TRISTEZA

En esta tarde fría,
un tibio rayo de sol
entra en mi estudio,
y al tocarme levemente,
me recuerda la soledad
que me dejaste.

EN EL PRADO

Dios está
en el cordero
que llena de paz
el paisaje
del prado,
y en el tigre
que se come
al cordero.

RECUERDO

Una montaña
con pinos de Honduras,
tus dulces ojos negros
y tus formas puras.

LO EFIMERO

Tus ojos,
luceros
que mañana
serán despojos.

CRIMINAL

Torvo animal
acorralado
dentro de un cuerpo humano.

CIRCO

En la pista,
una linda muflequita
sobre la ancha seguridad
del percherón.

HOMBRE DEL TROPICO

Tengo,
abajo del sombrero
dos ojos de mero macho,
una barba enmontada,
un puro,
una pistola
y cualquier babosada.

En el rancho
además del perro,
un loro,
un chanco,
una potranca
y una hamaca
con una mujer
guanaca
que me aguanta.

BELLEZA INDIA

Hasta el corazón
me late
fugoso y exigente
al verte
tacita de chocolate,
morena
dulce y caliente.

PIEDRA DE MOLER

Gracia petrificada
del torso
de una mujer.

EN EL MERCADO

Entre tomillo
vainilla y ajonjolí,
dos ojos negros
y una sonrisa
en flor.

PATOJA

Morena,
redondita
y olorosa
a lluvia tropical,
barro de Chinautla.

CINTURA QUEBRADA

Mujer morena y delgada,
aun palpita en mi mano
tu cintura quebrada
y su retorcer de gusano.

ATADOS DE PANELA

**Tentaciones morenas,
dulces y turgentes,
entre escotes indiscretos.**

'PIEDRAS DE RIO

**Feminidades
modeladas
por el agua.**

FRUTAS

**De esas morenas
que de solo verlas
dan ganas
de atraerlas,
cual manzanas,
y morderlas.**



CANELA

Raja de canela
perfumada
y ardiente,
te quiero
y que me importa
lo que diga
la gente.

LLUVIA

Tu paraguas,
tu falda recogida
y el encanto
de tus pies desnudos.

TU RETRATO

Tus ojos,
dos soles negros
y brillantes,
un ramito
de geranios rojos
tus labios
insinuantes
y lo demás,
un dulce perfume
moreno
hecho por satanás.

MUJERES ALEGRES

Mujeres de cantinas,
alegres y calientes,
igual que las gallinas.

POESIA JAPONESA

Haiku
y Haikay,
telegramas
poéticos.

CANICULA

Mediodía de calor.
Atrás de la iglesia
dos perros
haciéndose el amor.

MUERTE

Fila
de hormigas negras
sobre esqueleto blanco.
¡Pobre caballo!

LUCHADOR

El hizo todo lo que pudo,
pero la verdad es que hizo poco,
porque era ciego, sordo y mudo
y además un poco loco.

MI MUERTE

Homenaje a Quevedo.

Quién sabe
cómo me cogerá la muerte,
pero, que me ha de coger
estoy seguro.

Ojalá que me coja
como yo me la quiero coger
a ella,
y que así cogiendo
acabemos juntos,
en el momento supremo
de ser difuntos.

¿POETA LAUREADO?

Poeta,
hombre salvaje,
libre y soberano
nunca intentes
acercarte
a los juegos florales.

Los que llegan a ellos
piensan más
en los quetzales
que en los laureles,
y los jurados calificadores
son formados
por crueles inquisidores
y por fríos
destazadores.

Ten en cuenta
que el olor de los laureles
y el de los quetzales
te causarían
muchos males,
y las formas hermosas
y naturales
de las reinas indígenas,
es seguro,
que ðte incitarían
a montarlas
entre los matorrales,
pero allí,
en el teatro,
tendrías
que morder el freno
y aguantarte
las ganas,
frente a los señores zorros
y frente a las señoras ranas,

que se reirían,
sin empacho
de tu olor a vino
y de tu olor a macho.

A LA ORILLA DEL LAGO

Ella entró al lago,
poco a poco,
con su güipil
color de rosa
y flores carmesí,
y con sus pies descalzos
muy temerosos,
por la arena y el sol,
dejó sus huellas
en forma de caracol.

Pero, al entrar
un poco más a fondo,
el nivel del agua
subió el güipil
hasta su cintura
y ahí entre el azul
del agua cristalina,
las piedras
y las algas:
claras y redondas, ¡Jesús! ,
le ví las nalgas.

PERSONAJES FAMOSOS

¿Quién fue Ahmosé,
quién Maimónides,
Putifar y José?

¿Quién Arún Al Rasshid,
Maquiavelo
y el Rey David?

¿Petrarca,
Miguel Angel
y Calderón de la Barca?

El carnicero no lo sabe,
el zapatero tampoco
y mi vecina dice
que esos nombres
no los ha oído jamás
y que no quiere saberlos;
que la dejemos en paz.

Pero yo insisto
en preguntar por ellos
porque los veo
en este librito
donde aparecen,
dándose la mano,
Teodora
y Justiniano.

De Teodora,
esa hermosa rubia
de cabellera hirsuta,
unos dicen que era santa
y otros, que era... disoluta.

También aparecen



muchos otros personajes,
bonitos unos,
y otros, feos y salvajes.

Pero, volviendo al caso,
mucho gente ignora
hasta quién fue Picasso.

Yo también
no sé de muchas cosas;
apenas recuerdo
que mi abuela
era una viejita
que se llamaba Ruperta,
que mantenía unos ajos
colgados atrás de la puerta,
y que mi abuelo
tuvo mujeres a montones,
hijos e hijas,
en todos los rincones
y en todas las rendijas.

LA TORRE DE EIFFEL (Recuerdo de 1935)

La pantalla del cine
me coloca
en medio de la calle
donde te veo parada
frente a mí,
gigante y digna
del azul del cielo,
con tus piernas
bien abiertas,
negra,
seca,
excitante.

Y en tu invitación
a poseerte,
entre el swing y el jazz,
pasan bajo tus piernas
un ford,
un packard,
un nash
y un studebaker,
oh, negra deliciosa,
hermana
de Josefina Baker.

CUSCATLAN

Volcanes y montañas,
con formas de mujeres
y mujeres
con formas
de volcanes
y de montañas.

Tierra morena
y ardiente,
flor tropical
en la cabellera
de la selva,
que embruja,
con su gracia
de volcanes
y de montañas,
a quien la mira,
para no olvidarla
jamás.

FUMIGACION

Pasaba el avión
la sombra
de su cruz mortal
sobre
el campo,
de algodón,
como si fuera
un murciélago gigante
que violara
a una niña
de "primera comunión".

En aquel campo,
fumigado,
quedaron
los indios
clavados de muerte,
cual si fueran
cristos intoxicados,
a la par
de los insectos
que comían algodón
y de los pájaros
que comían insectos.

Buena fumigación
para el patrón.

REBAÑOS

El cielo
azul Tiziano,
diáfano
y transparente
ilumina
suavemente
el verde veronés
del prado.

Los rebaños
de ovejas
viven ajenos
a cualquier
daño.
Comer,
beber,
copular
y dormir
es todo
su existir.

Las ovejas no tienen
la fuerza del toro,
las garras
del águila
ni los colmillos
del lobo.
Su vida es santa,
su piel es suave
y su carne blanda.

Ellas
no son
como los otros
("la paz
sea con vosotros"),
pero si sus carnes

fueran duras,
y tuvieran garras
y colmillos,
¿qué sería
del pastor,
del perro
y de aquella paz
de maravilla?

Que lindo se mira
el rebaño
que vive
tranquilamente
y que camina
hacia el matadero,
que bello,
que hermoso.

En realidad,
al verlo,
nuestro corazón
se llena de gozo.

Parece
una concentración
de humanos:
feligreses,
obrerros,
monjitas
o milicianos.

EL MINOTAURO SORDO



El minotauro
le dijo al cuervo,
hermano
ya no me acuerdo
si tú también
eres sordo
o si solamente
eres feo
y eres negro.
A lo que contestó
el cuervo,
yo tampoco recuerdo
si soy un instrumento
de cuerda
o un instrumento
de viento,
pero si estoy seguro
que tú eres lerdo
por ser fruto
injertado
y que por eso
tienes el cuerpo
de gente
y la cabeza de bruto.

SAN JUAN

Nuestro helicóptero vuela
adormecido
en un cielo dorado
por el sol,
sobre el desierto
amarillo de amarillos.

En estas horas sofocantes
las dunas
no son pechos morenos,
espaldas,
vientres
ni nalgas
de mujer,
son formas arrugadas
en unos trechos
y aplanadas
en otros.
Cuerpos de momias
petrificados
por maldiciones
bíblicas.

Desde quinientos metros
de altura
vemos que allá abajo
camina un insecto
entre la arena ardiente,
y pronto,
al acercarnos,
nuestra sombra
casi toca,
entre el ruido
del motor,
a aquel coleóptero:
es un hombre
seco y enjuto

que gesticula
y habla solo.
Es Juan
que predica
en el desierto.

No aguanto la tentación,
tengo que hacerlo.
Mi compañero
lo aprueba con los ojos.
La metralla
baña al bautista.

Mañana
sus huesos
aparecerán
sobre la arena.

Las hienas
no entienden nada
de prédicas
ni de bautistas.

Nos vamos
para otro lado.
Así son las prácticas
de tiro,
un negro
puede llegar a ser
un buen blanco.

CORDILLERA DE LOS ANDES

Viajero, aquí en el Sur,
andes donde andes,
siempre encontrarás
la cordillera de los Andes.

Peñascos gigantescos,
peñascos
y más peñascos.
Piedras hermanas del sol
y de la luna,
a la orilla del mar,
dentro del mar,
en la puna
en el desierto,
en la nieve,
en lo vivo
y en lo muerto.
Por doquiera
Cordillera
de los Andes.

Piedras
y más piedras
hechas
de millones de siglos,
de tiempos
que se pierden
en los tiempos.

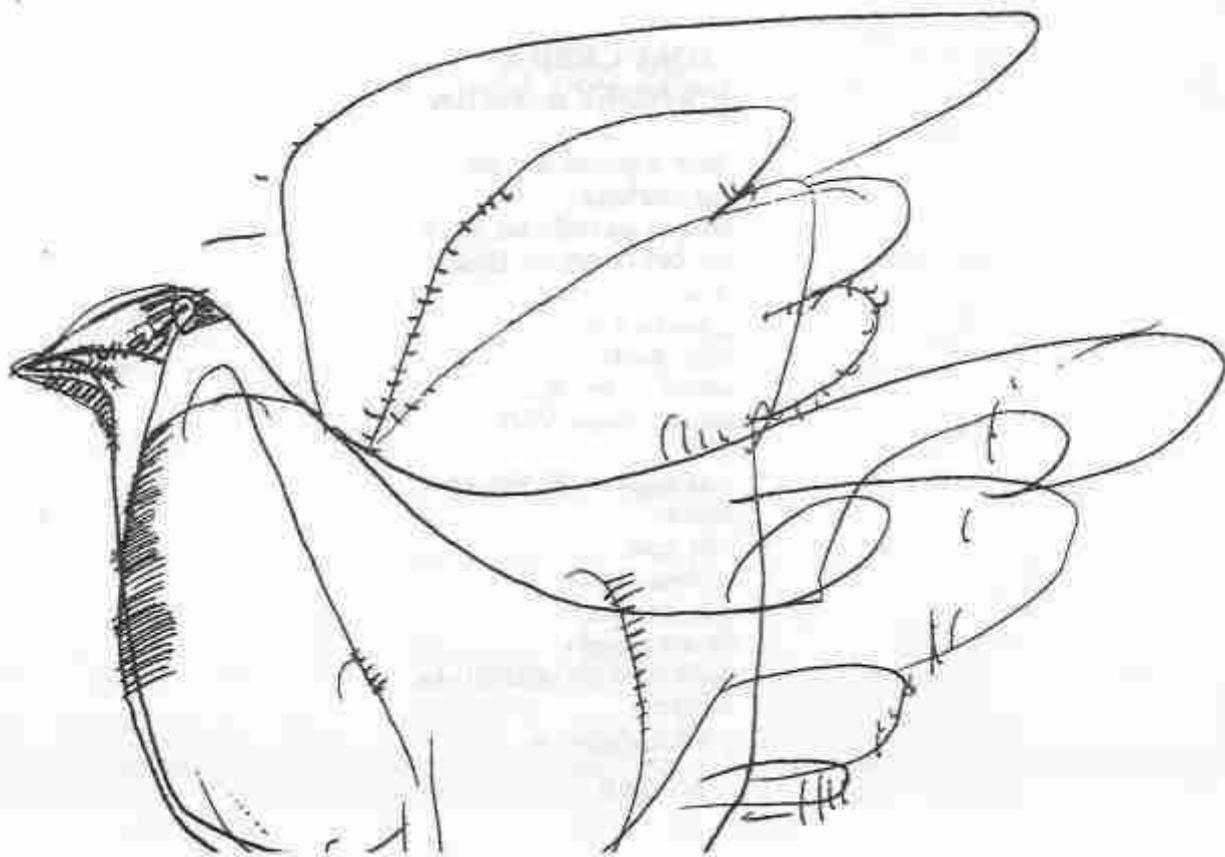
Lagos y araucarias
entre piedras dormidas.
Piedras hermosas
en las que se congela
el mar y el viento.

Piedras sensuales

en las que sueña
una mujer encantada.

Aves que vienen
y aves que van
como ángeles migratorios,
en paisajes de piedra.

Sueños
de indios en vela,
y de retratos pétreos
de Caupolican
y de Gabriela.



ORQUIDEA Y MUJER

Flor de paraíso,
milagro tropical:
pétalos de labio,
corola de primor.
Orquídea dulce
y morena,
perfumada de miel
para el enjambre
del amor.

UNA CEBRA EN NUEVA YORK

Nunca podré olvidar
esa mañana
en que oyendo un disco,
conocí la voz de Diana
Ross,
y junto a tí,
muy junto,
probé el arroz...
no en Nueva York
sino
que aquí en El Salvador,
donde
nos unió
el destino,
a la sombra
de un mango,
oyendo a los cenizales,
a Diana
y a los jilgueros,

en este bello
Plan de Renderos.

Y aquella mañana
nos preguntamos:
¿los cielos
de Diana,
gozarán así
cuando
los tocan los rascacielos?
Pero luego pensamos
que resultaría
extraño,
porque esta tropical alegría
es solo de El Salvador,
y que en el norte
esto sería
igual que encontrar
una cebra en Nueva York.

LA ISLA FELIZ

Mujercita morena
de ojos chinos:
¿Sabes por qué
me aferro tanto
a tu cintura
de bambú
y a tu perfume
de selvas
y amaranto?

Porque creo
que aquí
es donde está
la verdad
y no en el horizonte.

Es aquí
donde estamos
abrazados:
en el monte.

Eso de que
las líneas paralelas
se juntan
en el infinito,
es una ilusión,
un mito.

EXPRESION

Mujercita linda,
escribir es dibujar
y dibujar es escribir.
Déjame pues,
cualquier día,
dibujarte un beso
en plena rabadilla.

EL SEMBRADOR

En el azul-celeste
del cielo diáfano,
el sol ardiente
aprisiona
los pechos
de la montaña india,
y sobre el surco,
que muestra
la entraña abierta,
el sembrador
lanza la semilla
fresca.
Así, como él,
con la talega
al aire,
llena de simiente,
déjame,
Señor,
ser eternamente
un sembrador.

COMPARACIONES

Tus ojos negros
de obsidiana
me recuerdan
a los de Ana.

Tu risa jubilosa
la encuentro similar
a la de Rosa.

Tu cintura nerviosa
y fina
es igual
a la de Cristina,

Pero tu corazón
traidor
es único
en mis recuerdos
de amor,
pues nunca lo ví
en aquellas
ni en Yanira,
Angélica,
Rebeca,
Juana
o en Graciela,
y mucho menos
en Rafaela.

Hago estas comparaciones
con pena
porque la vida
con ellas
siempre fué amena
y sin querellas,
hasta que llegaste tú,
puta cabrona,

a ponerme
esta corona.

MIL Y UNA NOCHES

Jazmín, diamantes,
mirra, rubíes
y pachuli,
y mis múltiples ojos
sobre tí:

La mermelada azul
de tu cabellera dulce,
la guinda
de tus labios,
los bombones
de tus pechos,
y la rosa negra
de tu sexo
entre tus muslos
ambarinos,
voluptuosos,
divinos.

Flotando estoy
como un elefante
rijoso,
sobre tu cielo
delicioso,
oyendo
las mentiras
de tu boca,
transparentes
como cristal
de roca.



Me encantan
tus cuentos,
mujer,
cuéntame más.
No digas, todavía,
"me monto
en un potro..."

No, cuéntame otro.

(esto lo escribí
para la más
mentirosa de
las mentirosas)

HACIA LA META FINAL

**“Cuando nosotros
vivimos no existe
la muerte y cuando
llega la muerte,
nosotros ya no
existimos”**

EPICURO.

Yo siempre
he pensado
que el pubis
es la antesala
del paraiso.

Aquí, en este mundo
está todo,
lo demás
son cuentos.

Por eso,
ahora
que estoy
arreglando
mi pasaporte
para hacer el viaje
al infinito,
recuerdo
con agrado
que luché
hasta el último momento
por obtener
la gracia
de ver
y de gozar

cosas bellas
y voluptuosas.

Los murciélagos
nunca
me interesaron
pero las mariposas
sí.

A las raíces
no les presté
mucha atención,
a las flores
y a las frutas
les puse gran pasión,
aun sabiendo
que muchas flores
eran venenosas
y que muchas frutas
estaban
agusanadas,
porque
eran bellas
como doncellas
enamoradas.

No le temo
a la muerte
porque bien sé
que desde
que nacemos,
nuestra suerte
es empezar
a morir.

Además,
toda muerte
es relativa.
Por esto,
mujercita

de mi vida,
mi pequeña mariposa,
mi fruta prohibida,
mi orquidea venenosa,
olvidemos el pasado
y no pensemos
en el porvenir,
gocemos
del éxtasis,
que nos brinda
el amor,
aquí enredados
en el calor
de tus brazos
adorados.

CONFESION

Yo peçador
me confieso a Dios
todo poderoso...
pero,
¿de qué me acuso?
de unos cuantos pecados
que dan risa,
de esos
que se llaman veniales,
pecados enanitos
sencillos
ridículos y triviales.

Yo nunca
le he sacado
los ojos
a ninguna ancianita;
jamás le he pasado encima
las ruedas traseras
de un automóvil
a ningún niño
recién nacido;
yo no le he cortado
los pechos
a ninguna mujer
joven y bella,
ni he ametrallado
el vientre
de alguna mujer
embarazada.

No,
yo no he realizado
nada de eso,
creo que
ni en sueños,
porque

a mi me vacunaron
con los santos evangelios,
el catecismo
y cientos de oraciones.

Así como los granjeros
le recortan
las alas y el pico
a los pollos,
para que no vuelen
ni picoteen
a sus compañeros,
así me recortaron,
en mi infancia,
las alas
de la agresividad,
por medio
de la religión,
la moral,
la urbanidad
y las buenas costumbres.

Me enseñaron
a temerle a Dios
y al diablo.

Viví rodeado
de demonios,
pecados
en potencia
y tentaciones reales,
pero,
según decían
mis mayores,
resguardado
por un ángel
(que nunca
logré ver
por ningún lado).

Me educaron
para sufrir
para soportar
las flaquezas
de nuestros prójimos,
con la esperanza
de un premio
en el reino
de los cielos
el día del juicio final.
Para eso
me educaron
pero no
para defenderme
y mucho menos
para atacar.

Me obligaron
a vivir
pensando en el castigo,
en el dolor
y en la muerte.

Un infierno
espantoso,
de grandes llamas
y demonios
impedía que yo tocara
las manzanas
del paraíso,
que las niñas
alocadas de primavera,
pasaban
frente a mí.

Para
apartar
la tentación
yo le rezaba



a Dios Padre,
a Dios Hijo
y a Dios
Espíritu Santo,
clamaba
con la virgen,
con los santos,
con el ángel
de mi guarda
y con las almas
del santo purgatorio.

Me obligaron
a admirar
el dolor
y el sacrificio.

De la mano
me llevaban
a la iglesia
para besarle
los pies
a las imágenes
de Cristo
en agonía
de dolor
y de muerte.

Jesús atado a una columna,
Jesús crucificado,
Jesús yacente,
siempre
bañado en sangre
por las torturas
sufridas
terriblemente.

Para mí
todo el mundo

estaba plagado
de temor.
Así crecí
y así llegué
a la pubertad,
y ya lindando
con la vejez,
caminando
en esta ruta
pedregosa,
apoyándome
en el bastón
de la lógica
y la razón,
vi desaparecer
a los demonios,
a los santos
y a los dioses
y vi claramente
al hombre
con sus garras
y sus colmillos,
garras
y colmillos
que jamás
podrán ser míos.



LA PROCESION

El cielo claro
en un azul de fiesta
y un sol de oro
en una mañana fresca.

Ocho de diciembre,
día de Concepción.
Las campanas
de la iglesia
enloquecían
a las palomas
y a los sanates;
otro tanto hacían
las bombas
y los cohetes
con los perros
y los gatos.

Las calles
alfombradas de pino,
y las casas
presentando
sus balcones
con ramos
de flores
y moñas
de papel de china
de múltiples colores.

El pueblo
sentía su conciencia
buena
y el cuerpo limpio
(mas o menos).

Las niñas
engalanadas,

habían sacado
lo mejor
del cofre,
y los muchachos
luciendo
camisas
y sombreros nuevos,
escondían
las uñas
mientras
llegaba la hora
de tomar
el guaro.

Las mujeres viejas
rezaban el rosario,
en doble fila,
custodiando
a la imagen santa,
olvidando
sus diabluras
de antaño
y queriendo
borrar la idea
de la muerte
que se acerca
ogaño.

La venerada
imagen
de la Virgen
era llevada
en andas
por mujeres
piadosas
y contritas;
unas pocas
doncellas
y las demás

preñadas
y bellas
(igual que la Virgen
de Concepción).

Toda la concurrencia
caminaba
entre la humareda
del incienso
que cubría
al señor cura,
a los portadores
del palio, a la Virgen
y a los músicos
de la banda;
nube aromática
que se mezclaba
con la hedentina
de los gañanes
mañosos,
sucios
y torpes
que caminaban
a tientas
y apretujando
a las niñas
y a las sirvientas,
las cuales
no tenían empacho,
al sentir,
de esos rufianes
las manotas calientes,
en mentarles
la madre,
en las espaldas
de las viejas.

Así era,
casi siempre,

la procesión
de la Virgen
de Concepción.

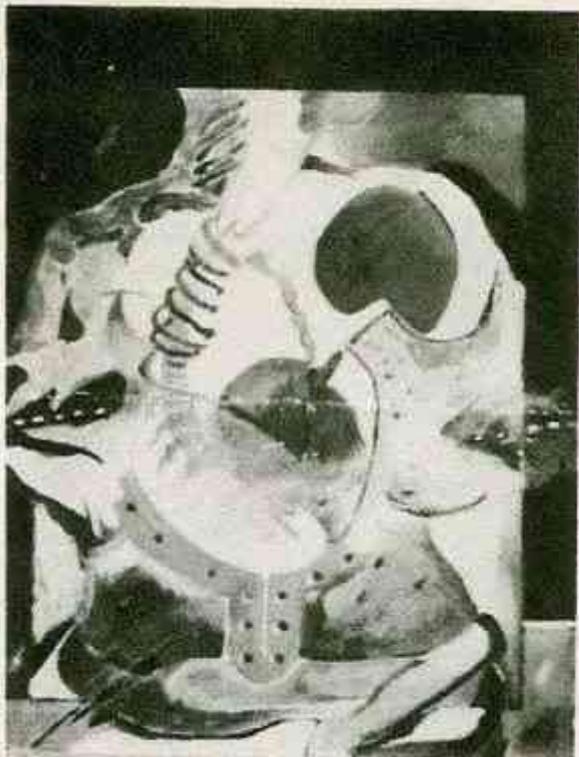
· LAS CAMPANAS DE SAN JUAN

Las campanas
de San Juan
piden pan
y no les dan.

Cadenas
y golpes
sí les dan.

¿Las palomas
de la paz
a dónde van?

A donde
no existan
las campanas
de San Juan.



SUSANA Y LA MUERTE

Mi muerte,
tu muerte,
la muerte de todos,
hasta la muerte
de la misma muerte,
no es lo que tú piensas,
Susana.

No es cierto
que la muerte
sea fría,
flaca
y fea.
No,
no es el esqueleto
de nuestros abuelos
que están
en el cementerio,
tampoco
es el esqueleto
de los tipos
debidamente
clasificados
que vemos
en los museos,
secos,
tostados,
sucios
y feos.

No,
no es eso,
ni el espantajo
tieso
que toda la vida
ha asustado

a los de arriba,
con la artimaña
de la sábana blanca
y la guadaña.

La muerte
es, sencillamente,
una negación
que vive a costillas
de la acción
final
de los seres
vivientes,
pero que
cuando estos
desaparezcan,
completamente,
ella,
la muerte,
también
mirará llegar
su propia muerte.

No tengas miedo
Susana,
tú eres, aún,
joven,
bella
y galana.



MILAGRO

El pensar
en los miles de factores
que se necesitan
para que dos seres
que se aman
lleguen a juntarse,
en este rincón
del mundo sideral,
me obliga
a dar las gracias
a los dioses
por tener yo
la dicha
de verte
ardiente, desnuda
y hermosa,
y enconfirme, ahora,
como un abejorro
encima de una rosa.

ASI

Te quiero tal como eres,
como tenías que ser:
ojos negros, piel morena
nerviosa y juncal cintura
e inquietas caderas,
finas y delgadas piernas
y diminuto pié.
Negrísima cabellera,
pechitos muy desafiantes,
boca dulce y franca.
Mujercita que sabe
muy bien lo que vale
y lo que tiene,
que sabe lo que quiere
y hasta lo que no quiere
que se quiera.

LA CARTA

Mujercita:
antes de leer tu carta,
antes de abrirla,
cierro mis ojos
y pongo sobre mis labios
este estuche
que me trae
tu pensamiento,
con el perfume negro
de tu cabellera
y el aroma dulce
de tus pechos,
y así sueño
que tengo
entre mis brazos
tu cintura morena,
delgada
y palpitante,
tus hermosas nalgas
y tu fino vientre
que me incitan
a la caricia
y al pecado
de infiernos tropicales.
Así, así, demonio,
en esta carta
prisionera en un sobre
con dos sellos postales.

SUEÑO Y REALIDAD

Estando solos
—en un sueño—
tu me cubrías
con la cortina
negra y sedosa
de tu cabellera
perfumada,
mientras
yo acariciaba
tu cintura
delgada,
morena,
tibia
y felina.

Dentro
de ese sueño
de maravilla
me asaltó
una pregunta:
¿esta situación
es una realidad?
y desperté
sorprendido.

Luego,
al verte
junto a mi,
tan bella
y palpitante,
me hice
otras preguntas:
¿Cuál es la realidad,
aquella o esta visión?
y, ¿cuál es el sueño?

No lo sabré nunca,

¿pero que importa,
corazón,
si eres feliz?

EL TIEMPO

El pasado
es una experiencia,
el futuro
una esperanza.

El presente
es la vida.

Lo que se sufre
y lo que se goza,
en este momento,
es lo que vale.

Tus ojos
frente a mis ojos,
tu cintura aprisionada
entre mis brazos
es para mi
la vida,
lo demás no es nada.

FASCINACION'

Me gustaste
desde que te vi salir
de las pinturas antiguas,
egipcias,
mayas
e hindues,
morena,
delgada
y fascinante,
acompañada
de un perro,
de un jaguar
y de una serpiente,
animales
que figuran
en el poste totémico
de mis antepasados:
los monos
inventores
del palo volador,
que es símbolo fálico
de la vida
y del amor.



DIOSA TRIGUENA

Como una diosa viva,
hechicera y fascinante,
apareció en mi vida,
por un instante,
una joven hondureña
bella y graciosa,
esbelta y trigueña:
tropical mariposa,
dulce y gentil,
luna de miel,
en pleno día,
en un mes de abril.

TREBOL DE CUATRO HOJAS

Mira, mujer,
¡un trébol
de cuatro hojas!
un caso tan raro
en este mundo,
como el de haberte
encontrado
aquí,
en este abismo
profundo.

LO REAL

Ni tú ni yo,
mujercita linda,
nada tenemos
que ver
con una estampa
romántica
al estilo inglés
francés
o italiano,
pues ni tu eres rubia
de quince años
ni yo soy
un joven
de abundante cabellera
y soñador
de flores amarillas.
Yo soy un árbol vetusto
y tu eres una fruta
morena y dulce,
bella por fuera
y bella por dentro
con una llama
gitana,
india
y salvaje,
en el mero centro,
que excita
y que levanta
el fuego
que me conserva
como una fuente
de Dionisos,
y que se yergue
lanzando chorros
de amor
y de delirio
a tus formas morenas

de fruta tropical,
de Venus indiana
y de pantera negra
de obsidiana.
Hablemos sin ambages:
bien sabemos que somos
unos salvajes.

TU PRIMAVERA DE MUJER

Solo una vez
habrá fiesta
de primavera
en tu follaje,
mañana tus rosas
serán mustias,
pero tus tesoros
de hoy
quedarán fijos,
en mis trazos,
como testimonio
de que un día
existió la gracia
en esta selva.

TESOROS

Mujer,
tu hiciste
que yo fuera
el hombre
más rico
del mundo.

En un instante
de luz
azul-celeste,
carnífn y ámbar
tuve
en mis manos,
en mis brazos,
en mi alma
todos tus tesoros.

Tu cuerpo
de caoba,
sépia,
azul-violeta,
rojo-naranja,
azul
y verde-jade,
brilló
sobre el oro blanco
de la primavera,
ante mis ojos.

Tus labios
carnesí
bajo tus ojos
negro-alisarina,
diamantes
y luceros,
fueron
musicales,
para mí.



Tu cabellera
de jungla
saltó cariñosa
en cascada
de panteras negras
en las profundidades
de mis anhelos
al poseer yo
todos tus joyeles,
todas tus alhajas.

Sí,
yo fui
el hombre
más rico
del mundo.

Yo tuve
tus tesoros
entre mis brazos.

ANTE LA ESFINGE

Los muertos,
los muertos.
Todos los días
hay muertos.

Siempre mueren
padres,
hermanos,
hijos,
flores y frutos.

¿Pero que son
los muertos?
¿son únicamente
esa materia inerte?
No,
los muertos
son seres vivos
en los recuerdos
nuestros.

ESTRELLA FUGAZ

En esta mi conjunción
de ángel y de mono,
desde la prisión
de mi cuerpo humano,
te vi surgir
del tumultuoso mundo
y llegar hasta mi,
brillante y misteriosa,
igual a una estrella fugaz,
que no miraré más
en mi vida,
nunca, jamás.

UNA TORRE O UNA SALA

Yo no deseo vivir
en una torre de marfil.

A mí me encantaría
estar dentro
de una torre
o de una sala
de cristal
a prueba de bala,
donde no entraran
las uñas
ni las garras
y donde no pasaran
las palabras
de los brutos,
los cantos
de las engañadoras

sirenas,
ni las sombras
de los muertos.
Deseo
una torre
o una sala
desde donde
yo pueda ver
sin oír ruidos,
gritos
ni cantos
de diablos
ni de santos.
Donde se pudiera
ver
todo lo de esta vida
como en una pantalla
igual
a la del cine mudo,
que tanto admiramos
cuando el mundo
nuestro
no era tan rudo
ni tan funesto.
Ese mundo
que yo soñaba,
cuando estaba sobrio
y que yo miraba
cuando estaba ebrio.

SEXTA AVENIDA (Ciudad de Guatemala)

La sexta avenida,
la parte céntrica,
su corazón comercial,
vive en mi mente
como una acuarela luminosa
que muestra,
viva y nerviosa,
a una serpiente
de colores
iridiscentes.

De esa avenida
no recuerdo sonidos,
solamente colores,
colores en las paredes
colores en las luces,
colores en los rótulos,
colores en las vitrinas,
colores en las gentes,
colores en los automóviles;
colores y más colores
que se nos pegaban
en la ropa,
en los ojos
y en el alma.

Pero,
por el amor de Dios,
que nadie mire
esa avenida
a las cinco
de la mañana,
ni a las seis
o a las siete,
porque su aspecto
es triste

y el corazón
lo siente,
los colores,
sus piedras preciosas,
se ven ríal,
además
no hay ni un alma
y el silencio
es sepulcral.

Parece
un disfraz muerto,
de algún arlequín
de lejanos tiempos.
No se por que razón
yo paso, por esta avenida,
a estas horas.

Sin embargo,
en cualquier parte
y a cualquier hora,
aun con los ojos cerrados,
miraré siempre
esta avenida
llena de policromía,
actividad
y gozo,
sintiendote
a mi lado,
mujercita,
como una sombra
esbelta y perfumada,
reflejando,
en tu cuerpo moreno
y en tus grandes
ojos negros,
los colores mágicos
que por mucho tiempo
endulzaron
mi existencia.

Sexta avenida
de mis ensueños.
Aquí comprábamos
los periódicos
y las revistas,
con la vendedora
que se mantenía
en su retablo
de publicaciones.
Todas las tardes
encontrábamos
la cafetería
con su flan de higo,
mirábamos el cine
y el almacén de modas
con sus tentaciones
para enmarcar
tu embrujo,
para regalo tuyo
y para regalo mío.

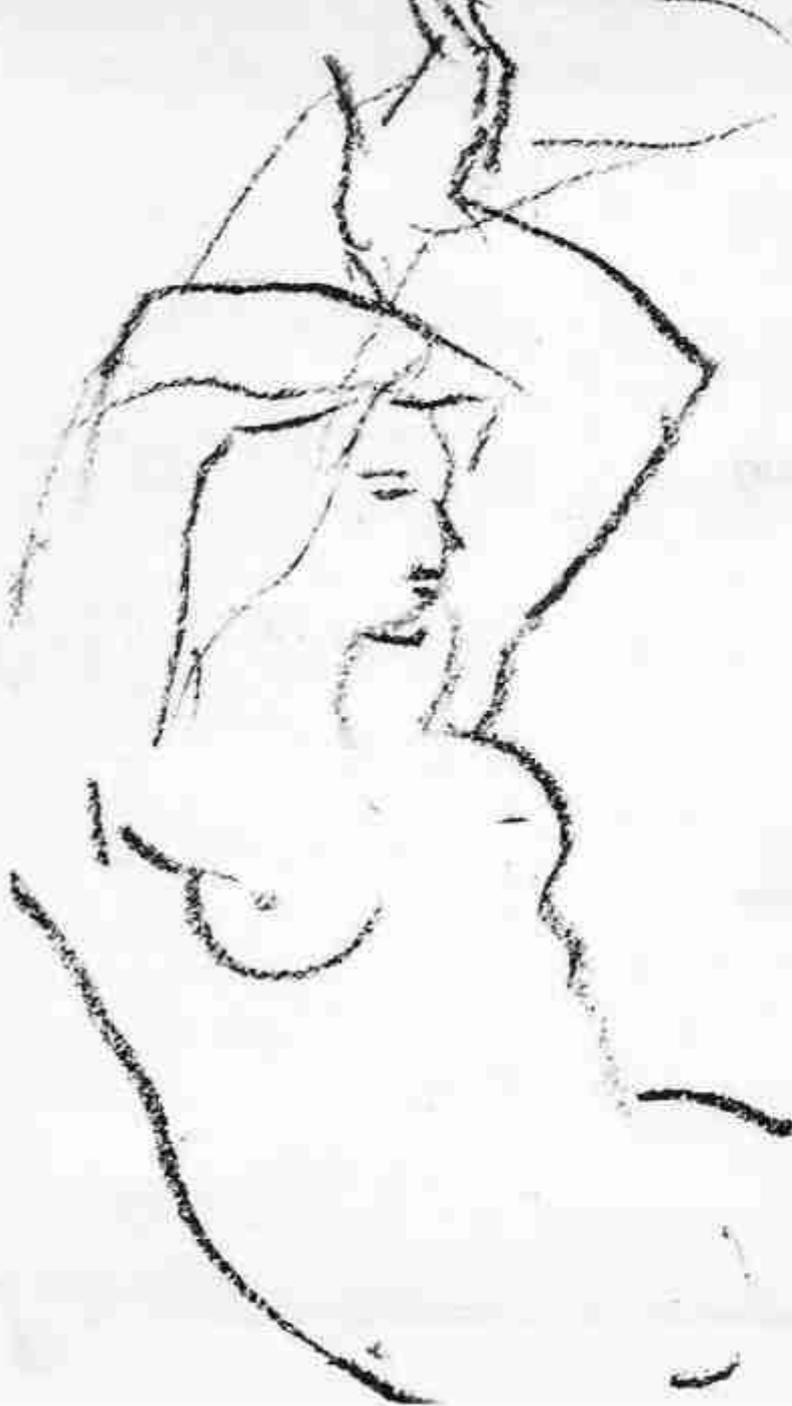
Así recordaré
toda la vida,
a ese mundo
de colores,
donde ya nunca
podremos estar juntos,
desde aquel día
en que se quebró
nuestra alegría.

Ahora,
aunque enfermo
de nostalgia,
lejos de tí,
haré un esfuerzo
para no ver
los colores tristes,
sino que

jubilosos y brillantes,
como cuando
eras mi vida,
aquí,
aquí,
en esta
sexta avenida.

RAMO DE FLORES

Dios te hizo tan linda
como un ramo de orquideas,
claveles, violetas y jazmines,
y así te puso entre mis manos
que te recibieron como gloria,
sin saber que eras efímera,
y que por ello, al instante,
dejaste, al perder
tu salud y tu belleza,
mis palmas
mojadas de amargura.
Y todo esto
ante aquel rostro eterno
e insensible
a la belleza,
a la fealdad,
al amor,
al dolor
y a la muerte,
del dios
que te hizo tan linda,
ante mis ojos,
tan solo para un instante.



EL PUENTE

Mujeres,
cabellos de oro,
ojos de esmeralda,
labios de geranio.

¿Donde estás Florinda
donde estás Liliana?

Pechos limoneros
cinturas juncas,
risas juveniles,
¿dónde están?

Cabelleras negras,
cuerpos de caoba,
sonrisas de marfil,
¿donde están?

Hortencia, Rosa y Violeta,
Margarita y cien más,
flores que se bañaron
en el río,
abajo de este puente,
tal como tu
lo estás haciendo,
mujer,
¿dónde están?

Aquello
es un recordar
dulce y doloroso,
entre las piedras
y el musgo.

Así es,
todo se acaba
con el tiempo,

como está acabando
sobre ti este puente
que mira menguar
el río
que antes
le daba la vida
y que ahora
le hace la muerte.

LIRIO Y MARTIRIO

En la ruta
de mi peregrinaje,
por un instante
contemple
la belleza
de una flor,
para mi inaccesible.

En medio
de un pantano
brillaba
como la estrella matutina
y emanaba
perfume de ambrosía,
pero sentenciada
estaba,
desde su primer día,
a morir
entre los monstruos
verdineros
del pantano,
y a dejar,
para siempre,
su belleza
en mi retina.

PELIGROSA

Morena,
delgada
y peligrosa
como una rosa
pegada
a una espada.

CLAVELES ROJOS

Hoy caminando voy
herido de muerte,
herido por tí,
Eva de caoba
y de pachulí,
a quien adoré
salvajemente,
a quien amé
dulcemente,
con pasión.

Voy herido,
en esta tarde
otoñal
de mi vida,
viendo
tus manos
morenas
con un ramo
de claveles
de sangre,
oyendo
los pasos negros
de la noche

que se avecina,
y presintiendo
el invierno
que nunca
miraré.

Me llevó
tus recuerdos
en la piragua
de mi alma,
para ahogarlos
en el río
del olvido.

CEGUERA

Yo era un ciego
y ella
una mariposa
linda
y caprichosa,
a quien le dí:
amor,
consuelo,
seguridad
y dinero.
La vida entera
le di
con mi corazón
sincero,
y a cambio
de esta muestra
de admiración
y cariño
ella me dio

una sonrisa falsa,
mentiras
y traición,
llegando
al extremo
de que un día
estando ella
rodeada
de bullangueros bebedores
y pintarrajeadas bailarinas,
al verme herido
y con el alma amargada,
encendiendo
un cigarrillo,
lanzó una carcajada.

Entonces descubrí luego
que el dios del amor
también era ciego.



CUCHILLO DE PEDERNAL

Señor, Dios mío,
es para mí
mujer-cuchillo
el instrumento
de muerte
con que me hieres.

Ese cuchillo
tiene el aroma,
el sabor
y las formas bellas
de una mujer sensual.

Y lo peor de todo esto,
Señor,
es que yo amo
a ese instrumento
de dolor y muerte
por el placer
que me dan
sus formas
de mujer
de pedernal.

**ASI ERES, MUJER
(AHORA LO VEO CLARO)**

Tus ojos,
esos dos soles negros
que iluminan
tu rostro gitano
son la prolongación
de tu cerebro (casquivano)

Tu lengua
roja y dulce
como pulpa
de sandía,
es parte de tus víceras
(impía).

Así también
tus dientes,
joyas de marfil,
son parte
de tu esqueleto
(sin gracia y sin arte)
la crudeza
de estas cosas
no me extraña,
pero lo que si me espanta
son tus artimañas
que usas
con la máscara
de tu belleza,
para esconder
lo negro
de tus entrañas
(porque, hablando claro,
mujer,
yo se muy bien
que tu me engañas).

RECUERDOS

Lo que ahora sientes
entre otros lazos
jamás será
como lo que sentías
cuando estabas
entre mis brazos
entornando los ojos,
a veces con rayos negros
y a veces con rayos rojos.

LA CAJA DE PANDORA

Una mañana
cierta maga
hermosa y gitana
me dio una caja
con una flor,
una serpiente,
un corazón sin calor
y una pantera.
¿Recuerdas?
y todo a cambio
de mi vida entera.

EL GURU

A la orilla
del río
se oye
la realidad
misteriosa
y mágica,
recitada
en un lenguaje
de imágenes
claras,
bellas
y musicales,
por un poeta
loco y gurú
que canta
su amor
a su amada,
mientras
una pira
consume el cuerpo
de aquella mujer
bella.

Viendo el humo
y las brasas
de la hoguera,
el gurú loco y poeta,
se recuerda
de los monos lujuriosos,
de las vacas sagradas,
de los elefantes blancos,
de la flor de loto,
de la serpiente cobra
y de los templos fálicos
donde florece
el linga
sobre el yoní

y el yoní
sobre el linga.

Mira mentalmente
las leyes del yoga,
del Karma
y del Kamasutra
a los pies de Brahma,
a los de Siva
y a los de Visnú,
en la cama
y sobre la piel
de tigre
en donde,
miles de veces,
gozó su vida
con aquella mujer
joven y bella.

Y ahora,
anonadado y loco
ante la tragedia,
sin pestañar
siquiera,
arroja su corazón
en esa hoguera.

¿Ese poeta
loco y gurú
no sería yo?

¿Y esa mujer hindú
no serías tú?

INMOLACION

Semejante a una estatua
de Buda
un bonzo medita,
sentado en una plaza.

Todo su pensamiento,
todo su corazón,
todo,
completamente todo:
sus huesos,
músculos,
sangre,
uñas
y piel,
meditan en él.

Su vida entera
se va hacia el nirvana,
un galón de gasolina
y un fósforo
hacen lo demás.

El bonzo arde
como una tea.

Hace algún tiempo
Dios le dio pan,
placer
y amor,
ahora le ha dado
gasolina,
fósforo,
fuego,
dolor
y muerte,
para que entre
en otra vida.



¿otra vida,
mejor,
igual
o peor?

DETERMINACION

¿Fue algo casual
que en un paraíso
apareciese
una hermosa Eva,
cual fruta tentadora,
y un Adán apolíneo
y ganoso,
y se unieran
con pasión?

Ahora
nos dicen
que no,
que en Eva
y en Adán
ya estaban,
desde antes
de surgir
el paraíso,
los genes
directores
que debían conducirlos
a la dulzura
del amor.

¿Y el paraíso
acaso no se hizo
de antemano

para delicia
de ellos dos?

Si paraíso,
fruto,
apetito
y satisfacción
fueron determinados
con antelación
al mundo,
queda abolida
la existencia
del cielo
tan deseado
y la del infierno
tan temido.

Dante,
es mejor
que borres
tus círculos
y que pongas
en lugar
de ellos
un interrogante.

LOS DIOSES

Los antiguos dioses
se retiraron ya
de la mente
del hombre actual.

Las religiones
mueren.
La ciencia
no da ninguna esperanza.

Y la humanidad
camina ciega
en una noche eterna,
sin nada;
ni siquiera
con una mentira piadosa.

Pero
debemos caminar.
Serenamente
hacia el abismo,
seguros
de que los dioses
son el abismo mismo.

DE REGRESO

Igual que Ulises
guardo en mi memoria
el recuerdo triste
de lo que fue Troya,
por culpa de una Helena
inventada por los dioses,
para destruir
a los hombres.

Recuerdo amargamente
la muerte
de mis seres queridos,
de manos de cíclopes
criminales y torpes,
y la dolorosa situación
de muchos
de mis amigos
al convertirse
en cerdos
por el afán
de enriquecerse
o de enviciarse.

En alta mar
oí el canto
de la sirena,
(aún lo sigo oyendo).

Todavía siento
sus labios dulces
reclamando amor,
sus cuerpos
brindando
múltiples encantos
y sus manos finas
desplumando
con agilidad
de malabaristas.

Después de tantas
y tan variadas
aventuras,
luchas sin razón,
en las que me jugué
la vida,
las más de las veces
tontamente,
regreso a Itaca
donde todo ha cambiado,
se ha transformado
o muerto.
(No hay quien
detenga al tiempo,
Josué
era un mentiroso).

Solamente
los enemigos
no han cambiado mucho,
se mantienen
amargados
rumiando
sus venganzas,
mostrando
sus dientes afilados.
Ellos gozan
al ver
mis sufrimientos
y las huellas
de mi vejez.
Que alegría
sería
para esas hienas
ver mi cadáver
al aire libre.

Ellos ignoran
que la muerte

es mi deseo
porque ella
nunca
podrá ser
mi muerte.

Si ahora
estoy cansado
y triste
es por encontrarme
ajeno
en mi propia casa,
con la cabeza
llena de fantasmas
queridos,
y portando
el recuerdo
de haber perdido
a mi Calipso,
esa divina amante.

Además,
ahora miro
a mi Penélope,
aquella joven
dinámica
y atractiva,
que otrora
fuera mi ilusión,
todavía fiel
tejedora
de labores, rutinarias,
pero hecha un monstruo:
vieja, deforme y terca.

También
mis amigas,
ángeles
en otros tiempos,

hoy se me presentan
horribles:
unas,
fieras y agresivas
y otras,
taciturnas,
lerdas y chochas.

Aquí veo,
por doquier,
perros muertos
enemigos sucios,
mujeres y hombres
locos,
las naves rotas
y mi corazón transido.

Oh, dioses
del Olimpo
ordenad mi muerte
para que mi alma
pueda regresar
al lugar de origen:
la verdadera Itaca.

MUTACION

¿No será parte
del cuerpo divino
de Friné
ese lirio
que ahora
vemos
junto al río?

¿Por qué no?

¿Acaso tú
no estabas,
hace poco,
nadando
bajo de agua,
con un cuerpo
que era
solo cabeza
y cola?

¿Y, dentro de poco,
no es cierto
que has de ser
un puñado de polvo
barrido por el viento?

MI HERMANO

Tu sabes,
querida,
que yo
no tengo
hermanos;
sin embargo...
Bueno,
mejor es
que te cuente
el caso
que me trae
temblando
a tus brazos
amorosos:
Hoy, en la calle
al acercarme
a mi casa,



y al ver allí
frente a ella
a un grupo
de hombres
y de mujeres,
noté que había
algo raro.
Es cierto
que este día
es fin de año,
pero
¿porqué esa aglomeración
frente a mi casa?
De inmediato supuse
que alguien
estaba herido
o muerto;
algún transeunte
Al aproximarme
pude ver
que no había
nada de eso,
las gentes
se dirigen,
entran
y salen de mi casa,
ese era el foco
del asunto.
Entonces pensé
en mi familia,
y con dificultad,
nerviosamente,
logré entrar
hasta mi dormitorio,
viendo con sorpresa,
tendido
sobre mi cama,
el cadáver
de mi hermano.

Aquello fue terrible
para mi alma
atormentada.
Mi hermano
tenía puesta
la misma ropa
que yo tengo,
tenía mi cuerpo,
tenía mi cara,
y mi nombre
aparecía impreso
en las esquelas
prendidas
en los ramos
y en las coronas
de hojas
y de flores tristes.

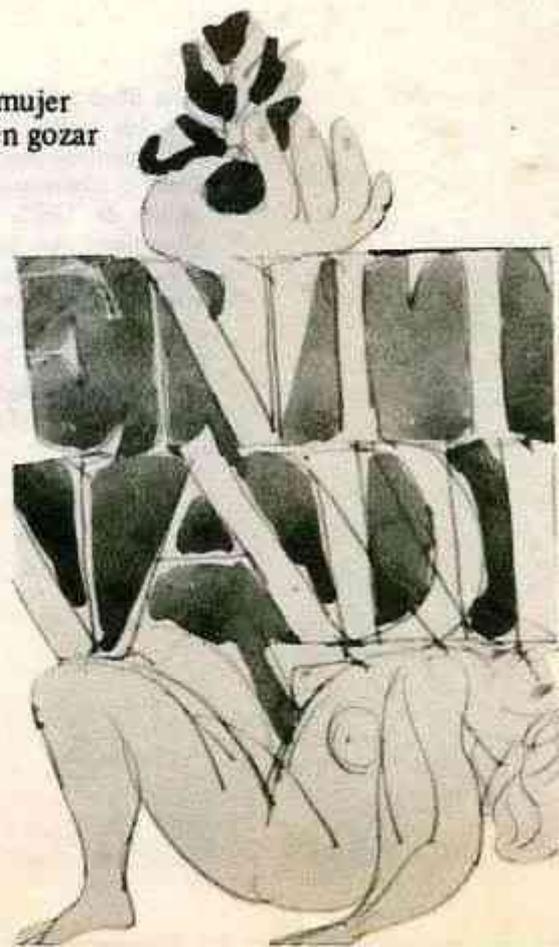
Pero lo peor de esto
estaba
en que yo nunca
había visto
a nadie
tan ridículo
como a ese hombre
amarillo,
inerte
y frío
que apretaba
entre sus brazos
tu retrato
en blanco y negro.

Atropellando
a medio mundo
saltando
y aquí me tienes
en busca de consuelo,
en tu regazo,

tierra querida,
madre y amante
de nuestra
pobre humanidad.

GUINOS

Cenit
y nadir,
azur
y zafir.
Ojos de mujer
que hacen gozar
y sufrir.



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Serviprensa
Centroamericana, 3a. Av. 14-68
zona 1, Guatemala, el día 16 de
mayo de 1983. El tiraje: 1000
ejemplares, en papel bond de 80
grs., 30 ejemplares con portada de
papel Fabriano, 50/100 de
algodón numerados y firmados
por el autor y Erwin Guillermo.
El cuidado de la edición estuvo a
cargo de Zipacná de León.

He aquí un libro con el pensamiento —prosa y verso— de Jorge Manuel Margadeli, uno de los escritores de los años 40, en el que vemos desfilar muchas imágenes dentro de los espejos convexos y cóncavos de la literatura expresionista, que tanta falta hacía en el mundo de las publicaciones guatemaltecas.